



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año III. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.^o Madrid 24 de Julio de 1859. Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. Núm. 10.

DIRECTOR PROPIETARIO, DON EDUARDO ASQUERINO.	Sres. Bona (Félix). Borao (Gerónimo). Borrego (Andrés). Breton de los Herreros (M). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martín (Pedro). Caicedo (J. M. Torres). Campoamor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P). Castelar (Emilio). Castellanos (J. de la Cruz). Castro (M. Fernandez). Cánovas del Castillo (A). Catalina (Severo).	Sres. Castro y Serrano (José). Corpancho (Nicolás). Cazurro (M.º Zacarias). Colmeiro (Manuel). Coronado (Carolina). Sra. Duran (Agustín). Eguilaz (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escosura (Patrio de la). Eulate (Manuel). Estévez Calderon (S.). Estrada (Luis). Fernandez Cuesta (Nemº). Fernandez y Gonzalez (M).	Sres. Ferrer del Rio (Antonio). Fernan Caballero. Figuerola (Laureano). Flores (Antonio). Gana (Guillermo B.). García Gutierrez (A.º). Gayangos (Pascual). Gener (José). <i>Jimenez Serrano (José).</i> Gomez Marin (Manuel). Gonzalez Bravo (Luis). Graells (Pedro). Güell y Renté (José). Hartzenbusch (J. Eug.º). Janer (Florencio).	Sres. Lafuente (Modesto). Larrañaga (G. Romero). Lasala (Manuel). Lastarria (J. U.). Lobo (Miguel). Lorenzana (Juan). Mocanáz (J. Maldonado). Madoz (Pascual). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Bar.º Martos (Cristino). Mata (Guillermo), Chile. Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º). Navarro (Cárlos).	Sres. Ochoa (Eugenio). Olavarría (Eugenio). Olózaga (Salustiano). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Pellon y Rodriguez (J.). Paula Madrazo (Fr.º de). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M). Ribot y Fontseré (Ant.º). Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María).	Sres. Romero Ortiz (Ant). Rosell (Cayetano). Rosa Gonzalez (J. de la). Ros de Olano (Antonio). Ruiz Aguilera (Ventura). Sagarmínaga (Fidel de). Samper (José María). Selgas (José). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florent.º). Segovia (Antonio María). Trueba (Antonio). Vega (Ventura de la). Velaz de Medrano (Ed.º). Viedma (Antonio).
--	---	--	---	---	---	--

SUMARIO.

Política europea, por D. Francisco Muñoz del Monte.—*La paz de Italia y la Economía política*, por D. Felix de Bona.—*Estados de la Plata*.—*Sueltos*.—*La liga y la exposición hispano-americana*, por Goete y el Fausto, (continuación), por D. Antonio María Fabié.—*Historia constitucional de Inglaterra*, de D. Patrio de la Escosura, por D. Manuel Ortiz de Pinedo.—*Brasil* (art. 2.º), por D. F. de Paula de Federico.—*Geografía histórico-militar de España y Portugal*, por D. Alejandro Planell.—*Causas de la expulsión de los moriscos*, por D. Florencio Janer.—*Poesías de Don Manuel Cañete*, por D. Eugenio de Ochoa.—*La Voluntad de Dios*, (novela), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—*Amaruras y Esperanzas*, (poesía) por D. Manuel Eulate.—*Sueltos*.—*Revista mercantil y económica de ambos mundos*, por D. Eugenio de Olavarría.—*Revista de la quincena*, por D. Nemesio Fernandez Cuesta

LA AMÉRICA.

POLÍTICA EUROPEA.

I.

La cuestión de Italia ha terminado!—Hé aquí el sentido y la declaración solemne de los actos oficiales.

La cuestión de Italia está en pie!—Hé aquí el resultado verdadero y la significación íntima de los hechos realizados.

En la solución dada por los emperadores Napoleon y Francisco José al problema italiano, la pompa de la forma oculta la exigüidad de la sustancia. La paz de Villafranca recuerda el manoseado parto de la montaña.

¿Cuál era la cuestión?—La independencia de la Italia. ¿Cuáles fueron las promesas del emperador de los franceses?—Emanciparla del yugo austriaco desde los Alpes hasta el Adriático.

¿Qué azares ha ofrecido el curso de la guerra?—Todos favorables á las armas franco-sardas. El águila imperial y la cruz de Saboya han recorrido un camino triunfal desde el Pó hasta el Tesino, desde el Tesino hasta el Mincio. Las ciudades abrían sus puertas: las guarniciones austriacas desamparaban las plazas fuertes. Montebelo y Palestro, Magenta y Solferino, hacían olvidar á Lodi y á Castiglioni, á Arcole y á Marengo.

Una ó dos batallas mas! Y la Italia era independiente, y los austriacos repasaban los Alpes, y el caudillo francés cumplía sus promesas.

¿Cómo cambió de súbito la escena? ¿Qué varita mágica, que *Deus ex machina*, vino á desenlazar el nudo del drama y precipitarlo á una peripecia inesperada? Sabenlo por ahora Dios y el emperador de los franceses. Mas adelante lo sabremos todos. No prejuzguemos de un modo inapelable el móvil de la solución imperial.

Una punta del velo, que oculta el misterio, se ha levantado ya. Pronto nos será dado sondear la profundidad de su seno y asentar nuestros juicios sobre datos incontestables.

Entretanto, cúmplenos solamente discurrir sobre los hechos patentes y tangibles, apreciar su significación, graduar su alcance, calcular su influjo sobre los destinos de la Europa. Los hechos son inflexibles como

los números, irrefutables como la evidencia, impasibles como la fatalidad.

¿Qué nos dicen, qué nos enseñan los simples y desnudos hechos coronados por la paz de Villafranca!

El Austria declaró la guerra al rey del Piamonte, no al emperador de los franceses, que solo concurrió á ella como auxiliar. Sin embargo, la paz se ha concertado entre los dos emperadores con exclusion del rey del Piamonte, á quien se hacia la guerra. El actor principal ha desaparecido, y el actor secundario le ha usurpado su personalidad en el final de la acción. En esta comedia de nuevo género se han violado todas las reglas del arte.

La guerra tuvo por objeto la independencia total de la Italia. Y no obstante, el Austria queda dueña de la línea del Mincio; dueña, por consiguiente, de una parte de Lombardia; dueña del famoso cuadrilátero y sus inexpugnables fortalezas; dueña de las provincias venecianas; dueña, en fin, de las llaves de la Península, cuyas puertas puede abrir y cerrar á su placer. Esta formidable y amenazadora posición del Austria es la espada de Dámocles pendiente de un hilo sobre el cuello de la humillada Italia.

El fin confesado de la contienda no fué solo la expulsión del Austria del territorio lombardo-veneto, sino tambien y muy principalmente la eliminación del preponderante influjo y avasalladora presión ejercidos por la corte de Viena sobre los demas estados peninsulares soberanos en el nombre, y feudatarios del Austria en realidad. Para amparar esta idea, la paz de Villafranca proclama la confederación italiana. ¡Otra decepción mas! El Austria es dueña de Venecia, y en la dieta federal de Italia, Venecia será representada por el Austria. La poderosa voz del grande imperio apagará siempre el débil eco de los pequeños estados federales. Los cañones del cuadrilátero y las flotas de Trieste votarán por la esposa del Adriático en la asamblea ficticia de la antigua Ausonia.

La presidencia honoraria de la federación se confiere al romano Pontífice. ¡Prez y loa á la generosidad de los emperadores estipulantes! La Italia está de enhorabuena: los principes italianos batirán las palmas. Poco á poco, señores. Aflojad un tanto las cuerdas del entusiasmo. La presidencia es *ad honorem*, que eso quiere decir *presidencia honoraria*. La presidencia efectiva la tendrá.... ¿quién?—el que tenga mas ejércitos y mas cañones. La cuestión de la presidencia se resolverá pura y simplemente en una cuestión de fuerza. La fuerza es la última razón de los que no la tienen.

De donde resulta que el concierto de los emperadores, celebrado sin anuencia de los interesados y sin participación de la Europa, no es una solución, ni menos una tregua, ni siquiera un aplazamiento:—no es mas que un simple escamoteo de la independencia italiana, que ha desaparecido bajo los dos cubiletes de la agregación de la Lombardia al Piamonte y de la confederación de los estados peninsulares.

Lo mas original del caso es que el *libertador* les dice á los italianos en su proclama de 12 del corriente en Valeggio:—*El objeto principal de la guerra está conseguido. La Italia va á ser, por la primera vez, una na-*

cion. Es cierto que el reino Veneto queda bajo el cetro de Austria: pero será una provincia que formará parte de la confederación. La Italia, en adelante, dueña de sus destinos, solo podrá culparse á sí misma, si en el porvenir no adelanta por la senda del orden y de la libertad.—Cuando el emperador Napoleon escribía estas palabras, ¿pensaba lo que decía, ó decía lo que pensaba?

Como quiera que sea, huyendo de Scila, ha caído Italia en Caribdis. Fué á pedir al emperador de los franceses el remedio de su lamentable dependencia, y aquel la ha remediado confirmandola y ratificándola. Es el caso de aquella coplilla.

*A mí me llaman peneque.
Señor Alcalde, ¿qué hare?
Vaya usted con Dios, peneque:
Que yo lo remediare.*

Aquí el alcalde es el emperador de los franceses, y la Italia es el peneque. Véase ahora por qué, al principiar, dijimos que la *cuestión de Italia ha terminado, y que la cuestión de Italia está en pie*. Dos afirmaciones contradictorias, que, sin embargo, son respectivamente ciertas, aunque á primera vista parezcan excluirse.

II.

La Italia ha perdido en el juego. Hasta aquí vamos de acuerdo con todas ó casi todas las opiniones desde la radical absolutista hasta la radical democrática.

Pero ¿y la Europa? ¿Y la civilización? ¿Y la libertad razonable y posible? En este punto disintimos de una gran parte de la prensa, en especial de la prensa exageradamente liberal ó resueltamente democrática.

La Europa ha ganado un doble beneficio: el bien soberano de la paz, al cual va unido el progreso constante de la civilización; y el enfrenamiento de la idea revolucionaria, del cual es inseparable el desarrollo no interrumpido de la libertad razonable y posible.

La guerra de Italia encerraba el germen de la guerra europea. El germanismo habia dado la voz de alarma: el ejército de la confederación se aproximaba á las orillas del Rin: la Rusia acordonaba sus tropas en las fronteras de la Hungría y de la Galitzia: la Inglaterra aumentaba el número de sus bajeles, duplicaba el personal de sus equipages, comunicaba ardoroso impulso á la inmensa labor de sus astilleros. Todo se preparaba. La guerra habria sido inevitable y general. ¡Ay entonces de los intereses sagrados del trabajo! ¡Ay de la industria y del comercio, de las ciencias contemplativas y de las pacíficas artes! ¡Ay de la civilización!

La revolución, por otro lado, asomaba en Italia su cabeza erizada de serpientes como la Gorgona de Medusa. La sangre habia corrido en las calles de Plasencia y de Parma: las Legaciones y las Marcas se substraían á la obediencia del Pontífice: ardía Roma en un fuego inextinguible de intemperante libertad, contenido apenas por las bayonetas francesas: las sociedades democráticas minaban el suelo volcanizado de la antigua Hesperia: Mazzini era invocado en público y en secreto: oíase el rugido, y de un momento á otro el crater retemblante podía vomitar la escondida lava.

De aquí nacia un terrible dilema para los aliados. Reprimir la revolución con la fuerza de las armas, era la guerra civil, la lucha fraternal, el triunfo infalible del principio austriaco sobre las ruinas sangrientas del inconsciente patriotismo italiano. Hacer alianza con la revolución, era la abdicación de la iniciativa franco-sarda, el libre pasaporte para todas las anarquias posibles, el sacrificio de las ideas en el altar de las pasiones, el escándalo de los gobiernos cultos, el ludibrio de la Europa, el escarnio de las gentes.

Napoleon no podía escapar á la indeclinable alternativa, que él mismo había creado por imprevisión ó por cálculo. Los dos términos del pavoroso dilema lo apremiaban, lo urgían, lo estrechaban, como dos electricidades contrarias aprietan los flancos de la nube preñada de rayos y tempestades.

Era preciso optar, y optó por desembarazarse del dilema en lugar de resolverlo. Nuevo Alejandro, cortó el nudo que no le era dado desatar. El tratado de Villafranca ha sido para el *elegido del pueblo* lo que la espada de Arbela para el vencedor de Dario.

Así considerada, ¿bien venida sea la paz ajustada por los dos emperadores! No que amnistemos, por un ciego amor de la paz, las flagrantes irregularidades del tratado, y la violación de solemnes promesas, y la humillante preterición del valiente rey del Piemonte: no que, en lo íntimo de nuestra alma, no nos dolamos de la incomprendible fatalidad, del destino implacable y misterioso de esa bella Italia, condenada

A servir sempre, ó vincitrice, ó vinta,

como ha dicho uno de sus grandes poetas. No: nuestras simpatías por la noble causa de la independencia italiana son harto conocidas, y en nuestras revistas quincenales las hemos consignado repetidamente con todo el fervor de la mas profunda adhesión. Pero antes que la independencia italiana está la paz europea: sobre los intereses de la Italia deben prevalecer los de la humanidad y la civilización.

A la altura á que habían llegado las complicaciones de la cuestión, la total independencia de la Italia solo podía comprarse con la sangre de la Europa y el sacrificio de sus mas vitales intereses de actualidad. ¿Era demasiado caro el precio!

La política se alimenta de necesidades, no de sentimientos. La razón práctica subordinará siempre estos á aquellas.

Italia continuará sufriendo, si bien mas modificada, la fatídica presión del Austria. Es la ley histórica de su destino: es el resultado de su posición geográfica: es la consecuencia de la división de sus estados: es, por último, la expiación de sus veleidades revolucionarias.

No se alucine la Italia. Mientras no realice el completo divorcio entre la causa de su independencia y las utopías democráticas, la Europa mirará con recelo toda aspiración patriótica exhalada del seno de la Península. El terror de todos los intereses conservadores de la sociedad europea á la disolvente intervención de la idea revolucionaria es el escollo de las mas útiles é imperiosas reformas.

Sin la insurrección de las Legaciones, sin la agitación de los ducados, sin la efervescencia de Roma, sin las deplorables maquinaciones cotidianas del mazzinismo, la política de Napoleon habría sido acaso mas expansiva y despejada, mas generosa y consecuente. Tanto como la perspectiva de una conflagración europea, ha influido tal vez en su ánimo la pesadilla de la idea revolucionaria alentada por la lucha de la independencia y favorecida por la embriaguez de un patriotismo irreflexivo. En el curso de sus gloriosas victorias, entre el horroroso estruendo de la artillería, bajo la tienda de Magenta y de Valeggio, el espectro de la revolución turbaba las meditaciones y hacía fruncir el entrecejo del hombre del dos de diciembre. Los designios mas generosos iban quizá á perderse en la nebulosa lontananza de las futuras barricadas.

La revolución es como las Harpías descritas por Virgilio que, al batir sus negras alas sobre la mesa del festín, destilan el letal licor y corrompen los manjares sanos.

¿Cuántas veces ha comprometido Italia sus destinos, cuántas veces se ha enagajado las simpatías de la Europa por quemar un triste incienso ante el Moloch de la democracia! No la culpemos sin embargo. Su error es natural, y excusable su alucinamiento. Siglos há que la pobre víctima vive solo de sus recuerdos: del recuerdo de la república romana dictando leyes al orbe; de la de Venecia poblando el océano con sus flotas; de la de Génova reuniendo al pié de sus palacios de mármol todas las riquezas del Oriente; de la de Florencia apropiándose todas las maravillas del renacimiento, concentrando en su propia vida toda la vida de la antigüedad clásica, agrupando á la sombra de su gigantesco Duomo las estatuas de Miguel Angel, los lienzos de Andrea del Sarto y la Divina Comedia de Dante Alighieri.

¿Qué mucho que, confundiendo tiempos y trasponiendo fechas, haya aspirado la infortunada Italia á una imposible palingenesia, en que retorne viva y palpitante la espléndida serie de sus glorias pretéritas?

¿Qué mucho que busque en las cenizas de su pasado la chispa que debe animar la rehabilitación de su existencia presente, y que en el fervor de sus ardientes aspiraciones no haya podido comprender que la república de Mazzini imita á la república de Catón como el mono imita al hombre?

Como quiera que sea, la experiencia se ha hecho una vez mas! No la olvide la Italia! La ayuda del extranjero y la pasión por las teorías democráticas son igualmente impotentes para devolverle la integridad de su independencia.

Hoy es independiente solo á medias. No es el todo; pero es algo, y ese algo es un progreso. Bien que cohibida y mermada y por mas que amenazada y vacilante, la autonomía de la Italia está consagrada por el tratado

de Villafranca, y forma ya parte del derecho público europeo. Al derecho seguirá el hecho como el efecto á la causa, como la consecuencia al principio. El derecho acaba siempre por vencer. La plenitud de la nacionalidad italiana será mas ó menos pronto un hecho consumado por la razón sencillísima de que en lo adelante no podrá ser un derecho controvertido.

Y hé aquí la principal ventaja, cuando no la única acaso, del concierto celebrado por los emperadores bajo la tienda de Villafranca.

III.

De esa paz, hoy objeto de tan opuestas interpretaciones, no conocemos todavía mas que los preliminares, las estipulaciones elementales, que no pueden por sí solas determinar el alcance de un convenio tan grave. Es preciso conocer circunstanciadamente el reglamento orgánico, que ha de adaptarse á las bases sumariamente anunciadas. Los principios, con arreglo á los cuales se redacta el pacto federal de la Península italiana, darán al nuevo organismo su verdadera significación política. Sin esos datos toda apreciación sería hipotética y por consiguiente aventurada.

¿Qué forma se dará á la autoridad federal? ¿Cómo serán representados los Estados en la Dieta? ¿Dónde se reunirá esta? ¿Cuáles serán sus atribuciones? ¿Hasta dónde se estenderá su facultad de intervención en la administración interior de los Estados, que hasta ahora han gozado de su soberanía independiente? ¿Qué gobierno tendrán Toscana, Parma y Módena? ¿Y los Estados Pontificios, y Nápoles, y Venecia? ¿Cuántas cuestiones, que deben ser sucesivamente resueltas y sobre las que no es prudente aventurar ningún juicio hasta que no se conozcan en su total conjunto las disposiciones reglamentarias de la convención de Villafranca! Limitémonos por tanto á las consideraciones generales que se desprenden de ese célebre pacto concertado personalmente por los dos emperadores sin el rutinario y siempre dilatorio vehículo de los agentes intermediarios.

Un hecho por demas notable y digno de meditado estudio domina á todos los que precedieron y concurrieron á los tratos de Villafranca. La propuesta del armisticio y la iniciativa de la paz han partido del victorioso emperador de los franceses, el cual, en vez de aprovecharse de su triunfo y de imponer duras condiciones á su adversario, le ha otorgado mucho mas de lo que podía esperar despues de su derrota.

Y no se diga que la situación de ambos combatientes estaba equilibrada, y que la posesión de las formidables plazas del cuadrilátero permitía al Austria continuar ventajosamente la guerra, en tanto que la agitación de la Alemania y las disposiciones belicosas de la Dieta hacían efectiva la cooperación de los estados federales en apoyo de las pretensiones del emperador Francisco Jose. Una interpretación semejante sería contraria á la notoriedad de los hechos que acaban de pasar á nuestra vista y cuyo sumario recuerdo basta para refutar sin réplica tan trivial argumento.

Las derrotas del ejército austriaco fueron terribles, prontas, consecutivas. En pocos dias se vió obligado á evacuar la Lombardia y retirarse detrás del Mincio y el Adige al amparo de sus fortalezas. Allí, diezmado por los combates, desmoralizado por los reveses, desalentado por la perseverancia de su fortuna adversa, su acción se reducia á una defensiva desesperada. La escuadra francesa iba á atacar á Venecia y desembarcar un ejército en el territorio veneciano. ¿Cuáles eran los recursos del emperador Francisco José para continuar una lucha, cuyo fatal resultado era inevitable? ¿Los buscaría en el interior de sus dominios? ¿Los encontraría fuera de su imperio? Ni dentro ni fuera le era dado alcanzarlos sino á trueque de sacrificios dolorosos é inaceptables para la altivez imperial.

En el interior, su autoridad estaba amenazada en Hungría. No podía exigir nuevos esfuerzos de sus pueblos sin renunciar á un sistema de gobierno que excita tan grave oposición en sus mismos Estados hereditarios, sin hacerles concesiones liberales, sin entrar en capitulaciones imposibles para la sombría y meticulosa política de la cancillería austriaca.

En el exterior, la Rusia se alegraba de sus reveses y de su angustia: la Inglaterra le declaraba que no podría auxiliarla en la cuestión de Italia: y la Prusia, su confederada, su segunda en la dieta federal, en recompensa de un auxilio precario y harto retardado para ser oportuno, exigía que el Austria abdicase su antigua supremacía en Alemania y le cediese la hegemonía en el seno de la confederación.

Así, vencida en Italia, repelida hasta su último atrincheramiento, amenazada de disolución en el interior, y no encontrando en las grandes potencias neutrales sino la malquerencia ó el desvío, la indiferencia ó la falacia de un socorro, sobre ineficaz, interesado, el Austria ha debido recibir con alegría, á par que con reconocimiento, las pacíficas insinuaciones del emperador de los franceses.

Por donde se vé que el pretendido equilibrio entre las fuerzas materiales y morales de Francia y las del Austria no da la explicación del misterio. ¿De dónde, pues, provienen la generosidad y la abnegación inauditas del vencedor de Montebello y Solferino?

Mientras que el tiempo, ese gran revelador, no rasgue el velo que cubre el arcano, estamos autorizados para deducir de la significación visible de los hechos la causa que los determina. Si nos equivocamos, si los sucesos ulteriores desmienten nuestras apreciaciones hipotéticas, no nos sorprenderemos por ello. ¿Quién puede jactarse de no haber errado hoy en sus cálculos y previsiones? Los mas hábiles pensadores, los publicistas mas acreditados se ven forzados á reconocer que en estos momentos toda afirmación política es necesariamente conjetural. Los gabinetes de Londres, de Berlin y de San Petersburgo, ¿no han errado una y otra vez, en uno

y otro período de la cuestión italiana? ¿No les cogió de sorpresa el inesperado ultimatum del Austria? ¿No les ha sorprendido todavía mas la inesperada paz de Villafranca?—Si erramos, erraremos al menos en buena compañía.

IV.

Recorriendo los comentarios que se han hecho y se hacen para explicar el repentino cambio de frente del emperador Napoleon, encontramos que el espíritu de casi todos puede condensarse en las siguientes afirmaciones.

«La cuestión de Italia no ha sido para el César de Francia la cuestión principal: ha sido la cuestión accesoría. No ha sido el motivo, sino el pretexto. Sus fines son mas vastos y transcendentales. Trasponen los Alpes para revelarse en otro teatro. El primer acto se ha representado bajo el claro cielo de la Italia: el segundo lo será probablemente entre las sombrías selvas de la Germania: el tercero acaso dará punto al través de las nieblas de Albion. Waterloo necesita un vengador, y Santa Elena una expiación. Las cuatro grandes potencias, que inmolaron al vencedor de la Europa, deben pagarla con las setenas. Se las ejecutará en detalle para escapar al riesgo de ejecutarlas en conjunto. La Rusia satisfizo ya su deuda bajo los muros de Sebastopol: hoy la satisface el Austria entre el Tessino y el Mincio: mañana llegará su turno á la Prusia en las orillas del Rhin, y muy luego el suyo á la Inglaterra sobre las azules ondas del Océano. Venciéndolos, convertirá Napoleon á sus antiguos enemigos en amigos nuevos, que á su vez le servirán de escabel para completar su venganza sobre los demas. Mientras estos destinos no se cumplan, no estará restaurada la gloria de la Francia, ni se habrán aplacado los manes del grande emperador. La sangre corrió para inmolarlo: fuerza es que la sangre corra tambien para satisfacerlo. El fallo irrevocable de Napoleon III es la respuesta del adivino Eurpylo á los reyes griegos reunidos enfrente de la sagrada Ylion.

Sanguine placastis ventos,.....
Cum primùm Iliacas, Danaí, venistis ad oras,
Sanguine querendi reditus.....

En estos y otros conceptos puede resumirse la múltiple serie de interpretaciones, á que ha dado ocasion la inopinada *volte face* del emperador de los franceses en los precisos momentos en que todos creían que sus repetidas victorias inauguraban la próxima expulsión de los austriacos y el pleno rescate de la Italia.

Nosotros, con perdon sea dicho de los que la opinión contraria sustentan, nosotros por la inversa creemos que Napoleon ha sido sincero en sus declaraciones y ofrecimientos: que ha emprendido la guerra con ánimo deliberado de substraer la Italia al yugo austriaco: y que la mezquindad del resultado no prueba concluyentemente contra la verdad del propósito primitivo. La supresión del influjo germánico en la península itálica es un interés actual de la Francia, así como siempre ha sido su tradicional política. Sea para su propia seguridad, sea para la estabilidad de su influencia, la Francia necesita que el Austria no se extienda del lado acá de los Alpes. Todas las dinastías francesas han acariciado esta idea: el primer Napoleon la realizó. ¿Cómo podía abandonarla su continuador? Si, al acometerla, la ha suspendido en la vispera misma de su consumación, es mas equitativo buscar la causa en las condiciones peculiares del problema que en la existencia de misteriosos planes fundados en meras suposiciones.

Las guerras de nuestra época son diferentes de las antiguas. En otro tiempo las inspiraban el capricho ó la pasión: hoy las anima siempre un pensamiento político. El Austria de hoy no es el Austria de Carlos V. Harto logra con vivir organizada para su propia defensa. El papel de potencia ofensiva ha acabado para ella: pero su conservación como gran potencia europea, es igualmente provechosa á la Francia y á la Europa; porque la Europa y la Francia tienen evidente necesidad de que un grande Estado en el centro del continente haga contrapeso á la Rusia. A la Francia, bajo otro aspecto, le importa sobremanera que permanezca vivo siempre é irreconciliable el dualismo germánico representado por la Prusia y el Austria. Ese antagonismo de las dos principales potencias de la confederación es un obstáculo insuperable á la unidad de miras y de acción del inmenso cuerpo germánico; unidad, que sería una constante amenaza para la Francia y una rémora invencible para su futuro engrandecimiento. Estas obvias verdades no podían escaparse á la sagacidad de Napoleon. Contemplando al Austria abatida y desamparada de todos, vió que no convenia á los fines de la política francesa debilitar en mayor escala el imperio austriaco y, como lo ha dicho en su proclama de Valeggio, *detuvo sus ejércitos victoriosos cuando la lucha iba á tomar proporciones que no estaban en relacion con los intereses de la Francia en tan formidable guerra.*

Ademas, y simultáneamente con los progresos de la guerra de Italia, elaborábase un plan de mediación en el gabinete de Berlin. El embrion había crecido al calor de la Inglaterra y la Rusia: aproximábase el instante del alumbramiento, y la Prusia creía ya tocar al término decisivo. El emperador de los franceses, que por su cuenta y bajo su sola responsabilidad había hecho la guerra y alcanzado de la fortuna las ventajas de la victoria, se resistía naturalmente á prestarse á capitulaciones, que habrían tenido la apariencia y recibido la interpretación de condiciones impuestas. Prefirió por tanto entenderse directamente con su adversario y otorgarle lo mismo, ó mas acaso, de lo que pudiera haber conseguido en favor del Austria la mediación de las grandes potencias neutrales.

Pero no son esas las únicas razones, que explica, la ventajosa paz ofrecida al Austria por el emperador Napoleon. Uno de los mayores obstáculos para la solución

de la cuestión italiana existía en la Italia misma, en donde, paralelamente con los lances naturales de la guerra, se desarrollaba una serie de acontecimientos políticos, que embarazaban el libre y regular ejercicio de la cooperación francesa.

En el seno de la cuestión italiana, cuestión de independencia nacional, se agitaban otras cuestiones más complicadas, las cuestiones de organización política. Era la fiebre de la libertad que se exacerbaba como consecuencia de la inflamación de la guerra.

Toscana, Módena y Parma estaban huérfanas de sus respectivos príncipes, prófugos desde los primeros movimientos dirigidos contra su autoridad. La revolución preludiva en aquellos Estados sus primeras tentativas. Los pretextos sobaban. La excitación del sentimiento de independencia y las aspiraciones de anexión al Piamonte se complicaban con los manejos incansables de los centros y asociaciones democráticas que pululaban en las grandes poblaciones de la Italia.

Más el terrible tropiezo, el máximo estorbo para la continuación y satisfactorio éxito de la guerra debía ser y era efectivamente la cuestión romana. Después de la lucha contra la dominación austriaca y la cuestión nacional de la independencia, la más persistente é irresistible de cuantas tendencias hierven en la Península itálica es la aspiración de la Rumania á sustraerse al gobierno clerical. Pero en este punto la política del emperador de los franceses se estrellaba contra una flagrante implicancia. Por una parte, en su proclama de Milán había exhortado á todos los italianos á alistarse bajo las banderas de Víctor Emmanuel, animándoles á concurrir hoy como soldados para ser mañana ciudadanos libres de un gran país:—por otra, en su proclama de 5 de mayo á los franceses, había declarado solemnemente que no iba á Italia á quebrantar el poder del Padre Santo. ¿Cómo concordar tan contradictorios compromisos?

Habiendo proclamado el Sumo Pontífice su neutralidad entre la Francia y el Austria, las poblaciones de la Rumania no podían asociarse á la guerra de la independencia sin resistir abiertamente á la autoridad de su soberano temporal: pero por otra parte, llamados como los demás italianos por el emperador Napoleón y arrastrados por el estímulo del ejemplo y del entusiasmo nacional, les era imposible permanecer fríos é indiferentes espectadores de la noble lucha mantenida por sus compatriotas. De aquí nacieron los movimientos insurreccionales de las Legaciones y las Marcas: de aquí las sangrientas y lamentables escenas de Perugia: de aquí la supresión de todos los signos de la autoridad pontificia en las provincias insurrectas: de aquí, en fin, el doloroso espectáculo del Padre Santo obligado por la fuerza de los acontecimientos á revindicar, con el concurso de las armas y con la efusión de sangre, las prerogativas de su poder temporal desconocido y á dirigir á la cristiandad católica por su última encíclica un prolongado y penetrante grito de angustia.

Al producirse en Italia estas dificultades al lado de los palpitantes azares de la guerra, han debido causar graves embarazos y vacilaciones en el espíritu de Napoleón. Y no porque dudemos que la reforma del gobierno temporal del Papa no sea uno de los más antiguos y persistentes propósitos del emperador de los franceses, sino porque este sabía muy bien que es más fácil extinguir la influencia austriaca en Italia que obtener reformas en el gobierno pontificio. Para vencer y arrojar al Austria, basta la fuerza: contra las preocupaciones tradicionales de la corte de Roma, la fuerza es impotente. Del Sumo Sacerdote del catolicismo nada se puede ni se debe exigir sino por la persuasión. El empleo de la fuerza contra el jefe supremo de la Iglesia sublevaría el sentimiento de todas las naciones católicas. Napoleón no podía salvar este escollo sino por medio de una pronta paz.

¡Raro y singular fenómeno! Vencedor en todos los campos de batalla, el César francés no podía salir de sus apuros y dificultades sino enarbolando la insignia de la paz.

La prolongación de la guerra hubiera recrudecido la crisis romana y arrastrado acaso á las más violentas extremidades. La resistencia del Papa á los consejos de la Francia hubiera crecido en la proporción de esas violencias mismas, que la habrían justificado. Hasta podía temerse la repetición de las sangrientas catástrofes de 1848 y 1849. Hasta podía augurarse una nueva humillación á la tiara, un nuevo destierro á Gaeta.

La paz, por el contrario, tenía la ventaja de conjurar tan temibles cuanto fundados peligros. La paz, ofrecida al Austria bajo condiciones honrosas y favorables, la ligaba á la Francia por este eminente servicio. La paz aseguraba la eficaz cooperación del emperador Francisco José cerca de la corte pontificia para el arreglo de la cuestión romana. Napoleón debió mirar y miró en efecto en la realización de la paz la mejor solución de los compromisos y dificultades que le había creado el desarrollo de la guerra.

Hé aquí el secreto de su inconsecuencia, la causa de su moderación, el móvil de su generosidad, la razón de su desinterés y el estímulo poderoso de su aparente abnegación.

El mismo no ha dudado de reconocerlo así, dirigiendo la palabra á los Grandes Cuerpos del imperio, que en 19 del corriente pasaron á felicitarlo por su regreso. «Para triunfar era preciso, les dijo, decidirse y romper resueltamente los obstáculos suscitados por los países neutrales. Era preciso apoyarse abiertamente en todas partes en la revolución. Era preciso arriesgar lo que á ningún soberano es permitido exponer, sino cuando se trata de la independencia de su patria.»

Si, después de tan irrecusable testimonio, insisten algunos órganos de la opinión nacional y extranjera en dar otra interpretación á las paces concertadas en Villafranca y en atribuir á Napoleón profundos y pavorosos planes en detrimento del sosiego de la Europa, naba más añadirnos. Apelamos al tiempo, que confirmará ó revocará nuestro juicio.

V.

Ora empero lo revoque, ora lo confirme, el resultado neto de la guerra en su relación con los intereses generales de la Italia, es el establecimiento de una confederación como signo de su independencia y símbolo de su nacionalidad. Carecemos de datos, según antes digimos, para apreciar debidamente el carácter de la proyectada federación. Tampoco sabemos si todos los soberanos de la Península mirarán con buenos ojos esa nueva combinación, aunque no parece inverosímil que sus repugnancias cedan á la presión de las influencias reunidas de la Francia y del Austria.

Lo que sí creemos con toda la profunda convicción de nuestro entendimiento, es que la confederación italiana no será eficaz y útil al progreso de la Italia sino a condición de que sea una verdadera representación del espíritu nacional, y no una mera asociación de príncipes.

Si solo los príncipes han de tener voz y voto en la dieta italiana, el Austria tendrá en ella la unanimidad; porque todas las casas reinantes en Italia están ligadas por la sangre ó por el interés, á escepción del Piamonte, con la familia de los Hapsburg.

Si solo los príncipes están representados en la dieta, la confederación reemplazará con ventaja para el Austria á los antiguos tratados con los ducados, cuya anulación ha sido uno de los principales objetos de la guerra.

En tal caso, el Austria dominaría la Italia en nombre de las decisiones legales de la autoridad federal. En tal caso sería más preponderante en la Península que lo que fuera antes de la guerra: la Italia caería en el más intolerable de los círculos viciosos: y la paz, negociada por la Francia, sería ridícula y absurda, irrisoria y odiosa.

Una federación de estados soberanos, obligada á respetar los derechos de las soberanías particulares que la componen, no puede tener por órgano sino una asamblea, en que los mismos soberanos estén directamente representados. Si los estados italianos continúan bajo el régimen absoluto, solo sus príncipes soberanos estarán representados en la dieta: y si solo lo estarán estos, ¿cómo podrá representar la dieta el espíritu y la opinión de Italia?

No hay más que un solo medio de resolver el problema, uno solo:—Que los gobiernos particulares de Italia sean la emanación y la expresión de las diversas fracciones de la nación italiana.

Los gobiernos no adquieren ese carácter sino por medio de las instituciones liberales lealmente concebidas y sinceramente practicadas.

Dos son sus condiciones esenciales é indeclinables: la primera es la libertad de las manifestaciones de la opinión afianzada con garantías legales: la segunda es la participación del país en la dirección de la política general por el intermedio de las asambleas representativas.

De donde se colige que, para que el sistema federativo no sea una añagaza ó un lazo tendido á la independencia italiana, es preciso que los diversos estados de la Península gocen de las dos garantías positivas é imprescindibles de la libertad; á saber, la libertad legal de la prensa y la reunión de asambleas revestidas de una verdadera iniciativa política.

De otro modo, nada habrá ganado la Italia, ni el Austria habrá perdido nada. La situación respectiva de ambas será la misma que antes de la guerra. Solo que ahora se llamará confederación italiana lo que antes tenía el nombre de preponderancia austriaca. El terrible dilema, el dilema de tantos siglos, la lucha indefinida ó la sumisión incondicional; ese dilema pavoroso é implacable revivirá palpante, intransigente, amenazador, enconado por el recuerdo de las recientes derrotas, envenenado con los vapores de la sangre vertida en los campos de Magenta y Solferino. La Italia luchará, y luchará por tiempo indefinido entre las intermitencias del desaliento y de la confianza: ó bien, postrada, desfallecida, exangüe, sin fé en las fuerzas propias, sin esperanza en el socorro ajeno, cederá á la misteriosa ley de su incomprensible destino y doblará la cerviz lastimada bajo la férrea manopla de su inexorable tutora. Entonces el Austria, llevando en una mano el tratado de Villafranca y aplicando con la otra la mecha á los cañones del cuadrilátero, repetirá las fatídicas y desolantes palabras del viejo Metternich:—¡La Italia no es más que una expresión geográfica!

FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.

LA PAZ DE ITALIA Y LA ECONOMÍA POLÍTICA.

Bajo la tristísima impresión que nos produjo la noticia de la horrible carnicería de Solferino, escribimos el artículo que con el epígrafe *La guerra de Italia y la Economía política* publicamos en nuestro número anterior. A los pocos días la noticia del armisticio y después la de la paz de Villafranca, vinieron á demostrar-nos que los principales actores de aquel sangriento drama, afectados por sus consecuencias, sin duda más vivamente que el resto de Europa, habían comprendido la necesidad de ponerle un término.

Más la paz firmada, lejos de producir un grande entusiasmo, ha sido recibida con frialdad y hasta con disgusto por la inmensa mayoría de los periódicos que representan la opinión pública de Europa: es una paz que ha despertado sospechas de que sirva de preliminar á otras guerras más generales y sangrientas: es una paz que no permite todavía á las grandes potencias reducir al minimum deseado sus presupuestos militares y marítimos, es una paz que mantiene vivos los temores de trastornos revolucionarios, ó de guerras nuevas promovidas por immoderadas ambiciones; es, en una palabra, una paz que parece transitoria, efímera, preñada de inconvenientes y dificultades.

Este juicio general que procede de distintos raciocinios, según el espíritu de cada partido ¿es exacto? Tal es la cuestión que nos proponemos examinar bajo el

punto de vista de la moderna doctrina económica-política.

En nuestro artículo anterior dijimos que ante la ciencia económica pesaba una grande responsabilidad sobre el Austria que había dado ocasión á la guerra, siendo así que esta se preveía desde hace mucho tiempo, así como debía serle bien conocido el medio de evitarla, reducido á dar á sus posesiones italianas una vida propia é independiente del resto del imperio; hoy, hecha la paz, debemos examinar si los términos en que ha sido estipulada, comprenden ó aseguran la aplicación de ese medio.

Hemos dicho también anteriormente que la sociedad, ante la Economía política, no era otra cosa que la forma de realizar la división del trabajo, el socorro de los hombres entre sí y el cambio recíproco de productos morales y físicos.

En este concepto, toda nacionalidad constituye una gran asociación, un gran medio de división de trabajo, de cambio de servicios, de auxilio y socorro mutuos, y para que produzca sus naturales y saludables efectos, requiere que sea realmente productiva.

De esta doctrina eminentemente cosmopolita, liberal y humanitaria, se desprende lógicamente que el agrupamiento de cada nacionalidad debe apoyarse en la conveniencia mútua de sus individuos, en la reciprocidad natural de sus intereses: de aquí nace además un nuevo derecho de gentes, una nueva política colonial, que repudia toda guerra de conquista, todo sistema de dominio metropolitano que no tenga por punto de partida la imperiosa necesidad de poblar y civilizar una comarca atrasada, conduciéndola gradualmente á su futura autonomía.

Es decir que hoy la Economía política, auxiliada por la estadística, ha demostrado que la colonización y la conquista, lejos de aumentar el poder nacional de cada Estado, lo debilitan, salvo el caso en que los países colonizados ó conquistados lo sean de buen grado y con el consentimiento de sus habitantes.

Así se explica que la parte italiana que poseía el Austria fuera para la metrópoli la principal causa de sus enormes gastos, y en consecuencia la que más ha contribuido á la ruina de su Hacienda y al estado permanentemente de bancarrota en que se halla dicha nación.

Para dominar el Lombardo-Veneto tenía Austria que sostener su enorme presupuesto de la guerra y el de la policía destinada á vigilar y reprimir todo conato revolucionario. Se aproxima á la enorme suma de mil ciento cincuenta millones de reales lo que exigía en 1856 el mantenimiento de su ejército al pié de paz, y puede calcularse en más de un doble el coste al pié de guerra. Cuatrocientos mil hombres en tiempo de paz y cerca de ochocientos mil en tiempo de guerra para una nación que solo cuenta treinta y nueve y medio millones de almas, dan por resultado más de dos soldados improductivos por cada 100 almas y uno por cada seis hombres adultos y hábiles para el trabajo; ó lo que es lo mismo, el Austria, para conservar sus Estados y provincias en orden y subordinación, tenía que consumir cerca del diez y siete por ciento de las fuerzas vivas productivas de la nación, además de gastar en su mantenimiento la totalidad de los mil cuatrocientos ochenta millones que recauda por la renta de aduanas, la contribución de consumos, la sal, el tabaco, los derechos de timbre y demás judiciales, la renta de lotería, la de correos, derechos de puertas y demás impuestos indirectos.

De aquí el enorme déficit que constantemente abruma á su tesoro y que, en 1855, ascendía á mil trescientos millones de reales y en 1856 pasó de seiscientos veinte. De aquí también que á pesar de tanta fuerza pública la estadística criminal de 1856 registró ciento cincuenta y cuatro crímenes de lesa-majestad cometidos contra el Emperador ó su familia.

De consiguiente, antes de principiar la guerra era ya insostenible por mucho tiempo, la dominación del Austria en Italia: el imperio no podía continuar largos años desangrándose para conservar unas provincias cuya fuerza y productos no compensaban tan enormes dispendios: la manunición de Italia se aproximaba en virtud de la fuerza incontrastable de las leyes naturales económicas.

Sentados estos hechos, basta examinar si la paz de Villafranca salva al Austria de su angustiosa situación rentística para comprender que ante la economía política esa paz ofrece todavía mucho que desear.

Austria conservando á Venecia y á una parte importante de Italia, continúa en la necesidad de mantener su enorme ejército y su desproporcionado presupuesto, con la desventaja de tener menos pueblos contribuyentes. La posesión de esa parte del territorio italiano podrá satisfacer una cuestión de amor propio más ó menos importante para el emperador de Austria; pero en realidad arruina al imperio; amen de colocarle bajo el riesgo constante de que una revolución general italiana le arrebatase esas efímeras posesiones, la compromete en una nueva guerra é introduce en sus demás provincias el germen de la insurrección y la consiguiente desmembración ó más bien disolución del imperio.

No es esto solo. El imperio austriaco, como miembro de la Confederación germánica, tiene unos intereses comerciales y económicos que no es probable pueda conciliar con los de la Confederación italiana de que también forma parte. El rey de Cerdeña ha dado ya un decreto de unión aduanera entre el Piamonte y la Lombardia; probablemente surgirá otra unión aduanera para toda la Confederación, y el Austria se hallará entre el *Sollferin* prusiano y el italiano sin poder conciliar sus diversas tendencias.

En este concepto la paz no resuelve radicalmente la cuestión; la resuelve solo á medias.

Pero para apreciar bien los efectos de esa paz, hay que atender á otro orden de consideraciones. Empeñada el Austria en la guerra, con fuerzas todavía para prolongar

garla algunos meses, dispuesta la Prusia á intervenir en ella, ¿convenia á los aliados aventurar lo ya conseguido para completar la obra, ó era mejor aceptar desde luego unas proposiciones como las admitidas?

En nuestra opinion no cabe duda de que los aliados han procedido con prudencia.

Bajo el punto de vista revolucionario, es preciso proceder radicalmente: si la guerra hubiera sido iniciada ó apoyada por una revolucion general en Italia, no deberia haberse firmado la paz hasta que ya no quedara un austriaco en la Peninsula; pero comenzada la guerra cuando en el reino de Nápoles impera el absolutismo y en los Estados Pontificios la teocracia, los gobiernos francés y sardo no podian sostener por mas tiempo la lucha sin promover la revolucion en toda Italia, y despues en toda Europa, dando por lo menos otra batalla como la de Solferino que dejó 40,000 hombres fuera de combate.

En revolucion la responsabilidad de los desastres que sobrevienen es colectiva, corresponde á la nacion entera: en las guerras emprendidas por los gobiernos la responsabilidad pesa toda sobre las individualidades que se hallan al frente de cada potencia beligerante.

¿Se podia exigir del gobierno francés que promoviera la revolucion en Nápoles y que consintiera la anulacion del poder temporal del Papa? Indudablemente hubiera sido pedir al imperio que se suicidara y el suicidio jamás puede exigirse. Por otra parte la continuacion de la guerra, promoviendo la revolucion general en Europa, hubiera ocasionado una perturbacion tambien general en el órden económico, habria abierto la tumba á muchos millares y quizás á millones de personas, sin que aun despues de asegurado el triunfo pudiera pronosticarse que el éxito correspondiera cumplidamente á la magnitud del sacrificio.

Se comprende que un pueblo arrostre los gravísimos inconvenientes y sufra las dolorosas consecuencias de una revolucion, cuando la opinion pública se halla suficientemente preparada para sacar todo el fruto de su arroj, mas no puede concebirse que se paralice la produccion, se destruya la riqueza acumulada y se sacrifique en la lucha una gran parte de la juventud para obtener por resultado una serie de acciones y reacciones, de luchas fratricidas, de convulsiones revolucionarias que retrasan el afianzamiento de la libertad y de la justicia en lugar de apresurarlo.

La raza latina se ha distinguido hasta hoy de la anglo-sajona en que sus movimientos revolucionarios aspiran siempre á plantear de repente un optimismo constitucional que jamás puede consolidarse como no se apoye en una buena base social. Donde el trabajo está esclavizado y envilecido, los ciudadanos ni sienten un entusiasmo permanente por los derechos constitucionales, ni saben defender su posesion porque quien carece de independencia para producir, quien está acostumbrado á vivir bajo tutela, no puede, ni sabe aspirar al gobierno. Para hacer á un pueblo libre políticamente, es pues, preciso comenzar por dar vida propia en la esfera económica. De manera que en materias de reformas políticas la division del trabajo conviene tanto como en cualquier otra clase de produccion.

Así se observa que mientras los ingleses reformistas concentran sus esfuerzos políticos enderezándolos en cada período á la consecucion de un solo objeto, tal como una reforma arancelaria, la emancipacion católica, la admision de los judíos en el parlamento ó la ampliacion del sufragio, los reformistas políticos del continente lo pretenden todo y cuando triunfan no pueden ó no saben plantear nada.

En esta diferencia social entre la conducta de los partidos radicales anglo-sajones y la de los partidos radicales de la raza latina estriban precisamente las dificultades que Italia encuentra para conseguir su completa autonomia, á la par que por ella se justifican hasta cierto punto las concesiones hechas al Austria en la paz de Villafranca.

Revolucionariamente, los austriacos debian ser arrojados por completo de Italia; pero despues del triunfo ¿cómo se arreglaba la nueva confederacion? ¿Podia esta constituirse sin una base social y económica que garantizara su futura existencia haciéndola bastante rica y poderosa para imponer respeto?

La revolucion supone en Italia la abolicion del poder temporal del Papa, la del absolutismo en Nápoles, y como forzosa consecuencia, el establecimiento de una ó dos repúblicas. ¿Era esto fácil en la actualidad? ¿Puede pasar un pueblo desde el extremo de la centralizacion de poder al de relajacion total del principio de autoridad sin antes adquirir la costumbre de gozar, usar y defender su libertad económico-política?

Por nuestra parte creemos que no. Un pueblo acostumbrado á que el gobierno lo haga todo, y lo fiscalice é intervenga todo, apenas acierta á vivir sin esa tutela y no puede sostener una forma de gobierno democrática porque carece de la dignidad y energía que presta la costumbre de ser libre, y sus hábitos de obediencia pasiva le conducen á ser victima de dos ó tres ambiciosos que alternan en la dictadura con el nombre de cónsules ó presidentes de la república.

Con semejantes hábitos en Roma y Nápoles, seria utópico en la actualidad pensar en constituir una confederacion italiana por el camino revolucionario, aun dando por seguro el triunfo de la revolucion.

Por el camino de la guerra iniciada por el Austria y sostenida por la Francia y el Piemonte, las cosas habian llegado al punto de que, ó dicha guerra se extendia á las fronteras del Rhin, ó habia que estimular la revolucion, y aun cuando esto no ocurriera, hubiera sido casi imposible formar una confederacion sobre la base del *statu quo*, poniendo á la cabeza al rey de Cerdeña, porque Nápoles y Roma la habrian resistido con todas sus fuerzas.

De forma que la paz de Villafranca, apesar de que

deja tanto que desear, hay que convenir que las circunstancias la han hecho forzosa.

Esta paz, sin embargo, puede ser, á la par que duradera, la base, la constitucion de la gran nacionalidad italiana, siempre que comience por apoyarse en grandes medidas económicas. La primera debiera ser la union aduanera de toda la peninsula. El Austria, por su propio interés, convendria que se separara del Veneto, dando á ese Estado Italiano un príncipe aceptable que convocara un parlamento constituyente, y que á beneficio de la libertad del trabajo asegurara el órden público, á la par que reanimara el movimiento mercantil de aquel pueblo. Establecidas estas bases lo demas vendria por sí mismo; ni el gobierno pontificio, ni el napolitano podrian permanecer estacionarios, la libertad económica invadiria sus propios territorios facilitando el planteamiento de todos los demas derechos y libertades políticas y la paz apoyada en tan firmes bases, seria duradera y la nacionalidad italiana quedaria en pocos años consolidada.

Mas si el Austria continúa pretendiendo que Venecia sea una de sus provincias gobernándola con la ley del sable, si en Roma continúa sin secularizarse el gobierno y en Nápoles, Toscana y Módena se restablece el antiguo sistema, la paz de Villafranca no solo es el preliminar de una nueva guerra, sino que debe considerarse como el primer triunfo de una revolucion que pondrá ántes de mucho en una completa conflagracion á toda Europa.

La Economía política aconseja la paz: el trabajo libre es la mejor garantia para su conservacion; pero no hay libertad de trabajo donde el trabajador carece de seguridad personal, donde el ciudadano se halla espuesto á ser vejado á cada momento. Ante la Economía política la paz no es sólida entre una metropoli que tiraniza y una colonia que es tiranizada: ante la Economía política la paz armada es mas costosa á la larga que una guerra decisiva: ante la Economía política la paz de Villafranca será peor que la continuacion de la guerra sino se completa con grandes y radicales reformas económicas y políticas; por mas que en la actualidad y atendidas las circunstancias, deba considerarse como un gran bien el que se haya firmado.

FELIX DE BONA.

ESTADOS DE LA PLATA.

Hemos recibido nuevamente noticias sobre los acontecimientos que se preparan en el rio de la Plata. Entre los hechos de que no teniamos conocimiento, hay uno sobre el que llamamos especialmente la atencion del comercio europeo y la de los gobiernos que tienen la mision de protegerlo. Hé aquí de qué manera lo refiere *El Comercio de la Plata* de Montevideo:

«El vapor inglés, *Pampero*, paquete de S. M. B., que zarpó de este puerto el 25 del actual en direccion á Rosario, llevaba á bordo 22 cajas de armas destinadas á aquel país, las cuales fueron despachadas por nuestra aduana sin oposicion. El vapor *Pampero* ancló en Buenos-Aires para tomar pasajeros, y fué objeto allí de parte del gobierno de procedimientos que no esperaba; sufrió una visita, lo retuvieron, y le ocupó la autoridad las 22 cajas de armas que llevaba, adoptándose contra él otras medidas igualmente atentatorias contra sus derechos. Este suceso, de una trascendencia incalculable para el comercio y altamente injurioso al pabellon de la Gran Bretaña, introduce de hecho una limitacion al comercio marítimo de estas comarcas que solo puede tolerarse en desprecio de todos los principios y de todos los usos establecidos.»

El Comercio de la Plata se estiende largamente sobre esta cuestion: se queja con dolor del proceder del gobierno de Buenos-Aires que viola todas las leyes conocidas sobre la materia. En efecto, aunque las relaciones de la provincia de Buenos-Aires y la Confederacion Argentina, dice dicho periódico, no son amistosas, no están en guerra abierta y declarada; por consiguiente las mercancías de guerra puestas á bordo del paquete inglés y destinadas á Rosario eran inatacables.

A pesar de su indignacion, el periódico de Montevideo no ha comprendido toda la estension de exceso cometido por el gobierno de Buenos-Aires; habla de él como si estuviese investido de los derechos que dá la soberanía, habiendo desconocido solamente los principios del derecho de gentes aplicables á los neutrales antes de la declaracion de guerra. Aun en semejantes condiciones, la medida de las autoridades de Buenos-Aires con respecto al paquete inglés *Pampero* es un abuso de mucha gravedad, que constituirá *ipso facto* un *casus belli* con Inglaterra y aun con Francia, pues creemos que la mercancia ocupada iba con la consignacion de una casa francesa, á no ser que se dé al pabellon británico satisfaccion inmediata y completa, y se restituya la mercancia á los propietarios, y aun así no se termina el asunto.

Efectivamente, la provincia de Buenos-Aires no es nacion; ninguna Potencia la ha reconocido como tal; ella misma no se ha atribuido jamás francamente los derechos y las prerogativas. No existe por su parte ninguna declaracion de independencia; por el contrario, siempre ha dicho que pertenecia á la nacion argentina y que no queria apartarse de ella. Todos sus actos públicos, especialmente su Constitucion, justifican lo que consignamos. Hasta el día, la provincia de Buenos-Aires solo es, pues, á los ojos de las potencias extranjeras, una fraccion del territorio argentino, en desacuerdo momentáneo con el gobierno nacional del país; ni aun puede pretender ese privilegio de tolerancia que las naciones europeas conceden muchas veces á los gobiernos de hecho que nacen de una insurreccion, atribuyéndose, aun en presencia de otro gobierno mas antiguo, todas las prerogativas de verdadera soberanía.

De manera que Buenos Aires no puede en ningun caso reclamar para sí el beneficio de las leyes de neutralidad que el derecho de gentes estipula con motivo de una guerra declarada, con arreglo á las formas ordinarias, entre dos naciones reconocidas. En la situacion ambigua en que se halla, ora ataque ó se defienda, solo puede hacer á la Confederacion Argentina una guerra civil ó insurreccional, y bajo este título, no tiene derecho á ningun respeto de parte de las potencias extranjeras. Estas por su miramiento podrán imponerse una neutralidad voluntaria, y creemos que así sucederá; pero Buenos Aires no tiene derecho ninguno á reclamarla de ellas. Entretanto, los buques extranjeros que anclan en su puerto pueden y deben oponerse, en nuestra opinion, á toda pretension de visitarlos estraordinariamente, y con mas razon á que ocupen y capturen dichas mercancías de guerra que tienen el encargo de trasportar á la Confederacion ó á otra parte.

Sabemos que se han dirigido reclamaciones á las autoridades de Buenos Aires, por el hecho de la ocupacion en litigio, por una casa francesa, habiéndose encargado de presentarlas nuestro cónsul general. Creemos que el representante de Inglaterra reclamará á su vez por el insulto hecho al pabellon de

su soberanía; pero estos sucesos pasaron en los dias en que zarpó el paquete que llevó la noticia á Montevideo; ignorándose lo que ha pasado. El correo próximo nos anunciará el resultado de ese conflicto inesperado.

Este hecho estraño muestra una vez mas la inesperienza y la precipitacion de los hombres que gobiernan la provincia de Buenos Aires. No queremos decir nada de su desprecio á las formas y á la equidad, pues no podemos suponerles la intencion determinada de querellarse con Inglaterra y Francia; sin embargo, les ha sucedido ya tantas veces el olvido de los derechos de los extranjeros, que puede acensárselos de haber adoptado un partido de hostilidad hácia Europa; al efecto parece que continúan la política del general Rosas. Por lo demas, no saben lo que se deben á su país ni lo que deben á los extranjeros, siendo esta realmente la causa de su disidencia con la nacion á que pertenecen. Desgraciadamente dispone de cierta fuerza, — *El Pampero* acaba de espermentarla, — y abusan de ella. Este estado de cosas, contrario á todos los principios recibidos, á la dignidad del pueblo argentino y á sus intereses mas apremiantes es el que el gobierno federal, al término de su paciencia y longanimidad, se propone hacer cesar.

Hemos dado á conocer la cuestion que divide á Buenos-Aires y á la Confederacion argentina; pongamos de manifiesto ahora sus términos principales.

Algunos se figuran que Buenos-Aires se encuentra hoy en frente del general Urquiza como estuvo en otro tiempo Montevideo delante del general Rosas. Es un error grande. Hemos dicho lo que es la provincia de Buenos-Aires; Montevideo es la capital de una república independiente, reconocida por todas las naciones, y cuya independencia está consagrada por tratados internacionales.

La situacion anormal de Buenos-Aires, que no es ni la independencia ni la sumision, fué dada y está conservada por sus partidarios con el ánimo de volver á los monopolios que aquella ciudad poseia antes: entretanto, las autoridades de Buenos Aires percibian indebidamente las rentas de su aduana que pertenecen á la Confederacion argentina. El gobierno federal solo ha tolerado esa situacion en la esperanza de un arreglo pacífico por el que ha hecho numerosas pero infructuosas tentativas. Hace seis años que dura esto. Hoy la opinion pública está fatigada y pide por via de súplica que la cuestion se arregle *de grado ó por fuerza*. El general Urquiza, jefe de la república argentina, nombrado por la mayoría de la nacion, no puede negarse á obedecer á semejante intimacion; debe á su país y se debe á sí mismo no dejar mas tiempo dividida á una nacion que él salvó de la tiranía; la historia le censurará tan larga tolerancia en lo que la política no tolera en ningun país del mundo.

Hemos dicho que esta guerra solo puede ser una guerra civil, y por consiguiente, que no puede dar por parte de los extranjeros á ninguna intervencion ni aun á declaracion de neutralidad. Todo induce á creer que será corta, si antes de estallar, Buenos-Aires no hace prudentes concesiones para evitarla. La situacion de hoy no es la que fué en 1852 y 1853; gran número de ciudadanos de Buenos-Aires, los mas notables, y una parte considerable de los pueblos de la campaña piden la reconciliacion con el poder nacional.

Los triunfos de los aliados en Cochinchina continúan produciendo excelentes resultados. Representantes de muchas poblaciones se presentaban en Turana á ofrecer la sumision de aquellas, y un crecido número de jóvenes indígenas solicitaban engancharse en el ejército aliado por el término de un año.

La batalla de 8 de mayo honra estraordinariamente á las tropas hispano-francesas. Los enemigos habian acudido de todas partes con una audacia de que no se les creia capaces, estableciendo mas de treinta baterías, levantando montañas de arena que coronaban de cañones. En un espacio de mas de dos leguas cuadradas habian amontonado defensas de todas clases.

El campo de batalla era una verdadera fortaleza de bambús puntiagudos y fuertemente atados unos con otros. Todo este terrible campo fué tomado y destruido en el espacio de tres horas, quedando cubierto de muertos.

En la ruptura de relaciones con el gobierno de Santo Domingo por la anulacion de un papel que casi enteramente habrá pasado á manos extranjeras, han obrado de concierto todos los cónsules menos el de los Estados-Unidos.

Las últimas noticias recibidas de Méjico, nos anuncian que se han devuelto al general Santa Ana todos sus títulos, honores y condecoraciones, reponiéndole en su empleo de general de division, y colocando su nombre en el sitio que le corresponde en el escalafon de aquel ejército.

LA CRÓNICA de Nueva-York, dice, que el decreto expedido por S. M. la reina con fecha 22 de febrero anterior convocando á una exposicion pública en Madrid de productos agrícolas, artísticos é industriales de la peninsula y de los pueblos hispano-americanos, ha merecido la acogida mas favorable en la generalidad de las gentes de nuestra raza en aquella parte del mundo. Hasta con entusiasmo, añade, lo aplauden algunos diarios de las vecinas repúblicas, que han llegado á nuestras manos, haciendo votos porque se lleve felizmente á cima un pensamiento que de seguro habrá de ser fecundo en beneficios de grande entidad para unos y otros, siquiera por lo que así podrán estrecharse mas y mas los vínculos de familia con que están unidos.

Las noticias que recibimos de Chile por el último correo, continúan siendo favorables al gobierno. La revolucion habia sido vencida por completo. Los vapores *Maipú* é *Independencia* que llegaron á Valparaiso con procedencia de Caldera y Coquimbo, llevaron la importante noticia de la completa pacificacion del Norte, habiendo ya las fuerzas del gobierno apoderádose de Huasco, Caldera y Copiapó.

La certeza de esta noticia pone fin al temor que algunos abrigan de que los revolucionarios se hicieran fuertes en Copiapó, como no ha faltado quien lo asegurara en los primeros momentos de la llegada de esos vapores.

De cartas y periódicos de Coquimbo que tenemos á la vista, extraetamos las siguientes noticias.

Segun el *Comercio*, el comandante del 2.º de línea, teniente coronel D. José Antonio Villagran, llegó á Vallenar el 6, donde se encontró con 60 hombres y cinco cañones, que desde Copiapó se conducian hácia la Serena para reforzar la division de Gallo cuya derrota ignoraban. Apenas avistaron á las tropas pacificadoras y despues de algunos tiros, se dispersaron los enemigos, dejando abandonadas las cinco piezas de artillería y quedando prisioneros 12 individuos.

El comandante Villagran continuó su marcha al Norte, se apoderó de Caldera sin resistencia alguna, y siguió hácia Copiapó, cuya ciudad tomó el 12 á las doce del día despues de tres horas de escaramuzas.

No queremos privar á nuestros suscritores de la lectura del siguiente notable artículo que *El Mercurio* de Valparaíso ha publicado en su último número, relativo á la Exposición hispano-americana que ha de celebrarse en Madrid en 1862. Al propio tiempo, aprovechamos esta ocasión para tributar á los redactores del mencionado periódico nuestro cordial reconocimiento por las lisonjeras frases que consigna al ocuparse de la persona de nuestro director, el Sr. D. Eduardo Asquerino.—Hé aquí el artículo:

LA LIGA Y LA EXPOSICION HISPANO-AMERICANA.

La España se despierta!—Esta antigua señora del mundo quiere volver á ocupar su puesto; quiere recuperar sus glorias, y hoy hace un llamamiento á todos los pueblos que le han debido el ser.

La España se despierta! Pero ya no es la espada de sus famosos conquistadores la que hace ruido; ya no son sus ejércitos ni sus flotas las que nos anuncian su nueva vida: es la trompeta de la concordia con que nos llama; es la oliva de la paz con que nos brinda....

La España se despierta! Y los descendientes de Cortés, Pizarro y Valdivia deben á su vez escuchar sus acentos fraternales. Ya no es la antigua dominadora que nos manda, sino la querida madre que nos acaricia; ya no quiere despotizarnos, sino unirse y juntar al rededor de sí las dispersas fuerzas de sus hijos; ella quiere estrechar por un pacto santo los rotos lazos, convidándonos para que concurremos al sagrado templo de la industria, para que cada uno vaya á poner su ofrenda en el altar de la civilización, para rendir el verdadero culto al Dios de la fraternidad.

La España se despierta! Noble y antigua patria de nuestros antepasados, ella se duele de nuestras desgracias, lamenta nuestros extravíos, trata de poner término á nuestros errores, de enjugar nuestras lágrimas, de extancar la sangre de nuestras numerosas heridas, diciéndonos:—Pueblos de la América, el tiempo de los odios ha pasado para dar lugar á los de la reconciliación; la paz debe suceder á la guerra, el amor á la venganza, la unión á la discordia. Nuestros intereses son los mismos, nuestra vida es idéntica, nuestras virtudes iguales, y aun nuestras preocupaciones y vicios se confunden ó identifican; de consiguiente, todo, todo nos llama á la fraternidad; todo nos conduce á la armonía, á la unidad social á que el mundo rápidamente avanza, á que los pueblos se encaminan, movidos de una sola aspiración, de un solo deseo: el progreso y la libertad. Venid: nosotros vamos á levantar un palacio á la industria, un pórtico inmenso por el que pasarán triunfantes los productos de nuestros descendientes; y Méjico, Centro-América, Nueva-Granada, Bolivia, el Ecuador, el Perú, Chile, la Confederación Argentina, la Banda Oriental, el Paraguay, etc., vendrán á deponer en este templo erijido al progreso, los frutos de su industria. Venid, si: mostrad al mundo, que os mira en poco porque no os conoce, las pruebas inequívocas de vuestro adelanto y civilización.

Hé ahí el deseo de nuestra madre patria al llevar á cabo esta obra inmensa que trata de realizar para el año 1862, á la que Isabel II ha dado gustosa su aquiescencia, y á cuyo llamamiento, no lo dudamos, responderán todos los pueblos de Sud-América.

El Sr. Asquerino, iniciador de este noble pensamiento, ha tenido la gloria de hacerse oír, arrastrando tras de sí todas las simpatías. ¡Y cómo no! su hábil pluma ha trazado un cuadro hermosísimo en el que se ven unidas las elevadas aspiraciones del patriota al fuego sagrado y arrobador del poeta; la filosofía y el entusiasmo se hermanan en su escrito, sin que falté tampoco la lógica del estadista.

Sus recuerdos, al hablar de nuestra jóven América, al echar una mirada retrospectiva sobre los días que pasó entre nosotros, al contemplar con la imaginación nuestras ciudades y nuestras florestas, nuestros volcanes y nuestros valles, vírgenes y silenciosos, pero animados de la grandeza de Dios, en los que se ve nuestra profusión su magnificencia infinita, y adonde el alma se arroba en una contemplación vaga, indefinida, pero dulce, suave, melancólica, grande como el espacio y la eternidad; en una contemplación que no necesita ni de altares, ni de templos, ni de sacerdotes para que el alma se abraze en el fuego de esa religión pura y sublime que no tiene otro dogma ni otro código que el amor y el agradecimiento. Los recuerdos, decíamos, del señor Asquerino, están impregnados de una afección simpática, de un deseo ardiente por nuestra felicidad mútua: están descritos en un lenguaje sencillo y fuerte, elegante y perfumado, al mismo tiempo que firme y convincente, con todo el nervio de una lógica severa y la aérea dulzura de la poesía, pudiéndose con propiedad decir que sus recuerdos no son mas que un himno dedicado á la América y á la España, un canto consagrado á nuestra futura alianza, á nuestra próxima fraternidad... Por esto vemos espresarse al Sr. Asquerino en términos tan halagüeños como elocuentes sobre las dulces impresiones que esperimentó su alma al abordar nuestras playas.

«Cuando después de surcar la inmensidad de los mares, dice, y á tres ó cuatro mil leguas de la Península, tocamos á una tierra fértil arrancada á la idolatría, donde en vez de recibirnos como extranjeros, nos abraza como hermanos, cuyo descubridor ó civilizador se llamó Valdivia ó Cortés, cuya religión es la de Cristo, cuyo idioma es el habla de Cervantes, y cuyos pobladores llevan el apellido de nuestros padres, el corazón henchido de orgullo y regocijo, esclama: esto es España, esta es mi misma patria!»

Pues bien; quien fué capaz de sentir estas emociones, quien posee estos sentimientos, no podía por menos de ser el iniciador de la idea de que nos ocupamos, idea

progresista que está en armonía con la civilización que alcanzamos, con el espíritu de los pueblos, con los intereses de nuestra raza, con el progreso á que estamos llamados, con el rol que debemos desempeñar entre las naciones.

Las tendencias de la época son muy distintas á las que nos han precedido: ayer se llamaba á los pueblos á un palenque de sangre para hacer ostentación de la fuerza bruta; hoy es también un palenque al que se nos convida, pero la lucha es diferente: ahora son los esfuerzos de la inteligencia los que se disputan la palma, es la creación del pensamiento la que obtiene la victoria.

Antagonismo santo de la civilización, que tendrá por resultado la concordia; cuyo fruto es la paz universal, la desaparición de las animosidades entre las naciones, la gloria de la idea, la unidad de la especie!

Antagonismo santo, que va á tener por teatro á Madrid, y en donde los diversos pueblos de la raza latina, de esta raza que es toda amor, toda desprendimiento, toda magnanimidad, van á esponer los frutos de su industria, lo variado y rico de sus producciones!

Supongamos que nuestra exposición no sea comparable á las de Londres y París. ¿Qué importa? Ella nos hará conocer por nuestros infinitos y escondidos tesoros, nos hará salir del olvido en que estamos, y servirá de vínculo para estrechar nuestras relaciones, para amalgamar nuestros intereses: ella despertará nuestro patriotismo, dirigiéndolo hácia un punto verdaderamente útil: ella quizá será el principio que venga á esterminar nuestras fratricidas discordias; y para valernos de las expresiones del mismo Sr. Asquerino, será: «la liga, para hacernos fuertes; la exposición, para darnos á conocer y para que se sepa lo que valemos: la liga, para crear lazos de fraternal alianza; la exposición para estrechar esos lazos.» Y nosotros iremos todavía mas lejos: será el comienzo de una nueva era, que nos facilitará el poder ostentar nuestras virtudes, sirviendo de correctivo á nuestros vicios.

El Mercurio, al llamar la atención sobre la exposición de Madrid, al hacer patente sus ventajas y sus resultados, tiene por objeto invitar á toda la prensa americana, para que por su medio se haga popular esa idea en cada uno de los países, para que se haga nacional en cada pueblo, y para que así todos concurren gustosos al llamamiento de la madre patria.

Hoy no hemos hecho mas que hacernos órganos del pensamiento, después hablaremos sobre sus incidentes.

LAS EXPOSICIONES Y SUS RESULTADOS.

Al hablar ayer sobre la *exposición hispano-americana* que debe efectuarse en Madrid, no hicimos mas que aceptar la idea sin tomar en cuenta sus incidentes, sin ver nada mas que sus consecuencias, por decirlo así, morales; pero hoy nos circunscribiremos al elemento material, al elemento productivo, y aun cuando el uno es inseparable del otro, sin embargo, se puede considerar en una clasificación distinta.

La exposición iniciada por la España tiene dos grandes fines: el uno, la fraternidad de una raza; el otro, el desenvolvimiento de sus infinitas producciones, para afianzar esa misma fraternidad.

Nadie ignora los inmensos resultados que traen consigo las exposiciones: el adelanto de la industria en todo sentido y en todo género, el conocimiento perfecto de los diferentes métodos, de los sistemas mas aplicables, mas económicos y mas productivos, del grande vuelo dado al pensamiento y á la ciencia, de los diversos usos de la materia, de sus cualidades múltiples explotadas en sentidos diferentes; y todo esto espuesto á los ojos de los pueblos, que, movidos por el resorte del interés privado, obran en favor del interés público, y ese interés privado que parece tener por norma el egoísmo, sirve para el mas grande de los pensamientos, la perfección humana, estableciendo la solidaridad de la especie y encaminándonos, por decirlo así, de la fracción á la unidad, del aislamiento individual á la mancomunidad social.

Todo se eslabona en este mundo; y aquellos mismos que creen no trabajar mas que para sí propios, se engañan, porque trabajan para el conjunto; trabajan para el hombre en la absoluta acepción de la palabra.

La España cree ahora servir á los intereses de su raza y sirve á los de la humanidad entera. Un sentimiento de antagonismo, que no criticamos de ningún modo, la ha impelido á hacer un llamamiento á todos los pueblos que tienen el mismo origen y las mismas tendencias, y en esta idea, que nace quizá de una impulsión rival, se llevan á cabo, sin pensarlo, los secretos y altos designios de la Providencia.

En efecto, la España desea su engrandecimiento propio y el de los hijos de las repúblicas de Sud-América (santo y noble egoísmo que en vez de criticar alabamos); quiere hacer una ostentación de nuestra fuerza y de nuestra riqueza, de nuestros medios y de nuestros recursos, y nos llama para que concurremos todos con el contingente de nuestra industria, con los tesoros de nuestras producciones; pero estas mismas armas que ella cree asestar contra el enemigo, le aprovechan á aquel, y esto mismo que emplea para la desunión, que espone como su provisto parque de guerra, serán el vínculo que mas tarde las una á las demas naciones, y que se realice en una época no muy lejana el verdadero pensamiento de Dios, el verdadero destino del hombre, la unidad de los pueblos.

¿Y quién lo duda? Cuando en esa grande exposición que prepara la España se presenta ella en primera línea con sus ricas producciones agrícolas, con sus manufacturas diversas, con todos esos tesoros, aparecerá el mas fértil y rico país de la Europa; y cuando se presente en seguida la América con su infinidad de productos, resultado de la diversidad de sus terrenos, de la variedad de sus zonas; con tantas materias primeras todavía desconocidas, con tantos tesoros pertenecientes á los tres reinos,

¿cuánto no ganará entonces la ciencia? ¿Qué progresos no obtendrá la mecánica? ¿Qué nuevos descubrimientos la física y la química? ¿Cuánto no adelantarán las ciencias naturales, tales como la geología, por los fenómenos volcánicos que se presentarán, por la clasificación y descripción de los terrenos, por las muestras de los creadores metalíferos? ¿Cuánto la mineralogía, por los caracteres físicos de las diversas clases de minerales que encierra nuestro suelo? ¿Cuánto la botánica por la infinidad de vegetales y de plantas desconocidas aun? ¿Cuánto la zoología por la diversidad de animales mamíferos, de aves, reptiles, insectos, que sería preciso ver y estudiar? ¿Cuánto la conchología por tanta clase de moluscos que no se han observado todavía? Y en fin, ¿cuánto la medicina, la farmacia, por el conocimiento de plantas, cuyas virtudes ó propiedades se ignoran? y todas estas cosas no vendrían por necesidad á servir para las otras naciones? ¿No sacaría todo el mundo provecho? De consiguiente, estos adelantos influirían, no solo en bien de la España y de la América, sino de la especie humana en general: tal es la magnitud de sus resultados.

Y aun cuando no existieran estas ventajas inmensas, que sin duda alguna operarán un cambio en el porvenir del hombre, ¿no es verdad que obtendríamos otros bienes no menos grandes, tales como el conocernos recíprocamente, el estrechar nuestras relaciones, el estirpar nuestros odios, el unir nuestros intereses, el dar un nuevo giro á nuestras ideas, una nueva forma á nuestras instituciones, un nuevo sentimiento á nuestros pueblos; y todo esto adquirido por medio de la experiencia, por el aprendizaje indispensable que se opera en cada uno de nosotros con el contacto de los demas?

¿Cuánto no han progresado las ciencias, las artes, la industria en Inglaterra, en Francia, en los Estados-Unidos, en Bélgica, en España, etc., desde que se construyeron esos palacios de exposición abiertos al genio de todas las naciones? ¿Y cuánto no han contribuido también á destruir esa barrera de nacionalismo, esos odios inveterados de pueblo á pueblo, sucediéndose en su lugar la admiración y el aprecio?

La exposición de Madrid no contará quizás con esa variedad de objetos manufacturados; pero creemos que ella será mas interesante y tal vez mas digna de estudio por la riqueza y variedad de los productos; tal vez mas curiosa por lo desconocida; tal vez mejor para la investigación del sábio, porque contará con materias que le sea necesario estudiar, dando pábulo á su ilustrada curiosidad; tal vez mas provechosa, porque enriquecerá el caudal de nuestros conocimientos. Así es que, bajo cualquier punto de vista que la consideremos, no podemos menos de confesar que esta idea es tan hermosa como grande, y que no solo interesa á las naciones Sub-americanas, sino también al mundo entero.

Nos complacemos, pues, en recomendar nuevamente el pensamiento, y aunque él es bastante por sí solo para despertar el interés general, nosotros tenemos á honra el hacernos órganos de ese interés, tratando de llamar la atención de nuestros pueblos hácia una idea que envuelve toda una transformación y todo un porvenir.

El secretario de la redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.

GOETHE Y EL FAUSTO.

II.

(Continuación.)

El Fausto es uno de esos libros que tienen el singular privilegio de ocupar por larguísimo años la atención de las gentes; bajo este punto de vista, solo conocemos dos obras que se le parecen, la *Iliada* y el *Quijote*. En efecto, estas creaciones han vencido los obstáculos del espacio y del tiempo, han sido traducidas á muchos idiomas y dado materia á las mas contradictorias críticas y á la admiración mas unánime: vergüenza es decir á este propósito que solo las galas de nuestra habla castellana han sido negadas á las ideas é imágenes del gran poeta (1), solo se han traducido algunos fragmentos; alguna vez y como de paso se la cita, pero nadie, que sepamos, ha puesto mano en ella para vertirla á nuestro idioma ni se ha ocupado en el asunto con el detenimiento que por su importancia merece. Cosa es esta que estraña, tanto mas cuanto que si bien estamos en deplorable atraso con relación al desenvolvimiento científico de la Europa, por lo que toca al literario y al político, llevamos cerca de medio siglo de constante y pasmosa actividad: ademas, aunque nos divida largo espacio de la nación alemana, y por mas que las circunstancias de su clima, localidad y origen difieran notablemente de las nuestras, no es menos cierto que nos unen estrechísimas relaciones, que hay en el carácter de ambos pueblos notables rasgos de semejanza y una simpatía estraordinaria en sus sentimientos; digalo sino el amor y el entusiasmo de que son allí objeto nuestros escritores principalmente los dramáticos; compárense los productos del arte correspondientes á distintas épocas en ambos países; por último, hasta ciertas tradiciones y cuentos presentan entre sí una semejanza pasmosa, como lo prueba el fragmento de la noche romántica de Walpurgis que mas abajo insertamos: el *Broken del Harz* es de la familia del aquelarre de Zugurramurdi, y lo que refiere Goethe de aquel, es idéntico á lo que cuenta la Tia Camacha en el diálogo de los perros de nuestro Cervantes: á nadie pueden ocultarse los motivos de estas relaciones y semejanzas, pues todos saben que la raza goda se asentó por largos años en el territorio de la península, amalgamándose al cabo completamente con sus habitantes, siendo desde el reinado de Recaredo una su religión y unas mismas sus leyes y sus costumbres, levantándose como testimonio de eterna unión el monumento imprecadero que llevó por título *Liber judicum*, obra de los

(1) En este particular trataremos mas adelante, porque hemos visto una traducción del poema hecha en estos últimos tiempos, que merece especialísima mención.

sapientísimos obispos gótico-españoles, que por razón de circunstancias que ahora no podemos detenernos a estudiar, se hallaban á la cabeza de la civilización en aquel período. Algunos siglos después, los electores del imperio volvieron sus ojos al sabio rey D. Alonso para levantarle emperador, y por último, en el décimo sexto ocupó el trono de los reyes católicos el gran Carlos, que vino á la península rodeado de una corte tedesca: repugno la nación este suceso, pero no por eso dejó de sentir la influencia teutónica, cuyo efecto se aumentó indisputablemente en virtud de la larga permanencia de nuestros tercios en aquellas regiones cuando sostuvimos las interminables campañas de Flandes.

Si no bastaran estas razones para mirar con especial predilección todo lo que se refiere á la civilización alemana, fueranlo sin duda alguna las que se deducen del importantísimo papel que está representando esa gran nacionalidad en los tiempos modernos: á pesar de lo que otros aleguen en contrario, es indudable que las ideas que recorren la Europa, allí han tenido su origen; ninguna novedad de importancia ha ocurrido en los diferentes ramos del saber, que no haya partido del lado de allá del Rhin, fenómeno que se nota con mas evidencia en lo que dice relación á la filosofía y al arte: así es que Cousin y los de su escuela, cuya efímera existencia demuestra su escaso valor, fueron unos rapasodas de Kant, Fichte y Schelling, mientras que Victor Hugo y Dumas no hicieron mas que seguir la senda trazada por Schiller y Goethe; y supuesto que nos lanzamos en pos de aquellos por el camino del arte, bueno será conocer en su origen y fundamento la revolución literaria que ha pasado á nuestra vista.

A la caída del imperio romano sucedió un período, cuyo estudio es de la mayor importancia; supónese por muchos que aquella grandiosa civilización fué destruida por completo y que mas tarde se levantó otra nueva y vigorosísima, pero distinta; los hechos, que nada son por si mismo interpretados, partiendo de supuestos quiméricos y absurdos, parece que dan algun color á esta opinión; pero examinados á la luz de la sana crítica evidencian su absoluta falsedad. En efecto, hoy nadie ignora por poco empeño que haya puesto en el estudio de la historia, que el advenimiento de los pueblos del Norte no fué un suceso imprevisto, y que se verificó en un largo período de tiempo; por lo tanto, las mesnadas godas no fueron un torrente que arrasase á su paso los monumentos y las instituciones occidentales, al contrario, casi siempre dejaron sus reyes y caudillo que los pueblos conservaran sus leyes, sus tradiciones, sus costumbres, y hasta el dominio privado del territorio, si bien en esta parte fué donde se llevaron á cabo por aquel tiempo alteraciones mas notables: en prueba de nuestro aserto citaremos, porque son mas generalmente conocidos, dos clases de monumentos, 1.º el breviario llamado de Aniano, resumen de la legislación romana anterior á Justiniano y que era el código de los antiguos pobladores de nuestra península, y los concilios españoles, aunque escasos en número, celebrados por aquellos tiempos, y 2.º las obras de San Isidoro y de otros escritores; en vista de estos testimonios nadie podrá dudar que todos los elementos romanos persistían después de la invasión conservándose intacta hasta la lengua, que solo mas tarde se corrompió para dar lugar á los idiomas modernos; lo que sucedía en verdad por aquellos tiempos, era otra cosa de explicación muy natural y sencilla, la idea categórica que presidía á la civilización romana estaba ya agotada, habia realizado en hechos sorprendentes sus consecuencias positivas, dando ocasion á una organización social vigorosísima y alcanzando en casi todas las especialidades que constituyen la civilización, extraordinarios adelantos; pero llegada á este punto culminante, en virtud de su propia fuerza (de su dialéctica), la idea habia de tender á su destrucción, presentando en hechos no menos notables todo su lado negativo, todas sus consecuencias contradictorias; por eso, aun antes de la irrupción de los bárbaros, el imperio amenazaba ruina, todas sus fuerzas estaban agotadas, y solo esperaba una ocasion para venir á tierra aquel edificio levantado á tanta costa; ofreciósele el violento empuje de los pueblos del Norte; pero estos solo fueron poderosos á destruir las formas antiguas, la parte puramente estéril de aquella civilización; quedaron sus gérmenes y la idea que habia de dominar en el período siguiente tenia necesariamente que ser la anterior mejor definida, comprendiendo elementos nuevos porque la humanidad no procede en su marcha por vía de eliminación, sino sumando y transformando sus elementos: los que traía en su seno la nueva raza, estuvieron latentes por largo período, empezando después á desenvolverse y llegando al cabo á adquirir tan extraordinario vigor, que oscurecieron los antiguos, predominando alguna vez de un modo excesivo en la vida de los pueblos y dándoles su carácter particular; pero la influencia antigua era tan grande y necesaria, que después de la fusión verificada entre el elemento germano y el latino tal como existía en la parte meridional de Europa, vino andando el tiempo á presentarse de nuevo, para que recogiese la Europa toda la herencia que le habian legado sus pasados dominadores, y á partir del undécimo siglo, la civilización romana fué el objeto constante de los estudios y cuidados de todos los pensadores, entrando las ciencias, la política y las artes en el período de su renacimiento. Ni la índole de este trabajo, ni las circunstancias actuales permiten exponer los hechos característicos de esta época; baste decir que por motivos especiales reapareció en Europa la civilización antigua, llegando á ser el ideal á que aspiraban las naciones; ciñéndonos á nuestro objeto, diremos que la poesía estuvo limitada á la imitación de los modelos clásicos, á cuyo constante estudio se dedicaban los hombres de letras de aquel tiempo, mientras que el vulgo conservaba los tesoros de la suya propia apartándose de aquella senda que desconocía y que adornaban flores que

no podia apreciar, porque eran exóticas y no estaba acostumbrado á sus perfumes: en el siglo décimo cuarto un ingenio gigantesco verificó la primera fusión de estos elementos; Dante, creyendo seguir el camino que le trazaba Virgilio, dió á luz su poema que representa fielmente la civilización en aquel período; á partir de la *Divina comedia*, el verdadero clasicismo ha vivido raquítico, como una planta de los trópicos alimentada en una estufa; mientras el arte en su forma romántica ha producido genios de la talla de Dante, Shakespear y Calderon, los clásicos no cuentan entre sus representantes mas que á los soporíferos poetas elegiacos y bucólicos que lanzaran al aire sus suspiros y sus quejas en medio de la indiferencia del pueblo que no los comprendian.

En el arte se habia de manifestar del modo mas ostensible una tendencia del espíritu humano en virtud de la cual buscamos el remedio de los males presentes en las ideas y en las instituciones y formas de lo pasado, porque las creaciones artísticas se presentan bajo la forma espontánea de la intuición, y no suele ser la reflexión la cualidad mas notable de los ingenios; por eso en vista de las formas groseras de la poesía vulgar la miraron con el mas profundo desden, y no conociendo el rico tesoro que debajo de aquel terreno escabrosísimo se encubria, solo aspiraron á imitar los acabados modelos que nos legaron los pueblos antiguos.

Pero debemos tener presente en primer lugar que en todos los órdenes, en todos los fines que se propone la humanidad y cuyo conjunto forma la civilización, los errores, los males que sentimos en cada momento no se corrigen volviendo atrás por el camino de su desenvolvimiento, evocando las sombras del pasado, sino buscando nuevas y mas perfectas soluciones á los problemas que de continuo estamos llamados á resolver.

Ademas, así como los sistemas filosóficos relativos á cada época constituyen la forma abstracta de su civilización, las grandes, las verdaderas obras artísticas nos dan su forma sensible, y como cada uno de los grandes períodos en que puede considerarse dividida la historia está regido y caracterizado por ideas dialécticas distintas, si bien todas ellas constituyen una serie ó progresión, claro es que ni los sistemas filosóficos ni los artísticos de uno pueden reinar en otro: los hechos nos demuestran la verdad de estas proposiciones; en filosofía, por ejemplo, se pretendieron resucitar las doctrinas platonías por los teólogos de Alejandria; pero inmensa es la distancia que separa al antiguo del nuevo platonismo y en general todos los sistemas, aunque partiendo de idénticos y poco numerosos puntos de vista, ofrecen de notable que los últimos son el complemento, la perfección de los primeros que dejan á largo espacio detrás de sí en la solución de todas las cuestiones; compárese á Epicuro con Loke y los modernos frenólogos, y á Aristóteles y Platon con Kant y Fichte.

En el arte pasa un fenómeno análogo si bien distinto, porque considerada en si cada creación, debe ser la expresión fiel de la *idea* de su tiempo bajo uno de sus infinitos puntos de vista, es decir, revistiendo una de las innumerables formas que puede afectar; así como la filosofía, el arte se divide en tres grandes períodos que corresponden á los de aquella, la *idea* afecta como primera forma sensible, el símbolo: este es el arte de la época panteísta, porque identificándose en ella la *idea* (Dios) y la creación (el universo) claro es que han de aceptarse como sus formas mas perfectas, como las únicas entonces posibles, las que muestra la naturaleza; por eso tambien en los períodos primitivos el lenguaje y la escritura no son todavía fonéticos, sino gergolíficos; sin duda Goethe, que era decididamente panteísta, se apoyaba en esta creencia para decir «las obras de la naturaleza son palabras de Dios recién pronunciadas,» (1) y en otro lugar afirma que la palabra humana es un instrumento imperfecto del pensamiento y que un *ser* espresa por si mismo lo que no podrian millares de ellas.

Inmediatamente después el *yo* se reconoce como fuerza y centro independiente del universo, y en su virtud la filosofía pasa al período péricoligoso mientras que el arte reconociendo al hombre fisiológico y moral como la mas perfecta de las formas creadas, se manifiesta en su período clásico; después la *idea* tiende á revestir su forma absoluta, y esta aspiración que precede en la esfera del arte muchos siglos á su manifestación científica, constituye el momento romántico que es la última expresión sensible de la *idea*, porque en él la materia es lo accesorio, es simplemente un signo, y de aquí la indiferencia de la forma que caracteriza el romanticismo.

Es de notar, que en cada uno de estos tres grandes períodos, se desenvuelve y domina aquella arte, que está con él en mas completa armonía; así por ejemplo la arquitectura es la que mayor incremento toma en la época oriental, porque en ella la materia es el principal, tal vez el único elemento artístico, y la belleza se muestra bajo sus formas primitivas y menos importantes, esto es, como regularidad y proporcionalidad: la escultura caracteriza el período clásico ó griego y en ella la *idea* afecta la forma superior que consiste en la sujeción á una ley, en la manifestación de una fuerza ó virtualidad interna: por último, la pintura y la música, sobre todo, son propias del momento romántico, porque en estas artes, la materia, ó no existe, ó es completamente absorbida por la *idea*, que se presenta como tal, valiéndose del elemento sensible como medio de expresión, como mero signo.

La poesía es el arte absoluto que comprende en si todos los demas, teniendo sobre ellos la ventaja de que su elemento objetivo es la palabra, forma natural del pensamiento, y por lo tanto la menos rebelde á su influjo y la menos material de todas las posibles; pero la poesía se presenta de modos diversos en los distintos períodos de la humanidad, apareciendo en primer lugar como

epopeya cuya esencia consiste en que el elemento divino se nos muestra obrando directamente y conduciendo por medio de sus agentes los héroes, los destinos de los pueblos; por eso la epopeya verdadera, la que reúne todos los caracteres de tal, se mostró en la India en la *Ramayana* y *Mahabaratta*; en ellas hasta el poeta es el ciego instrumento de la Divinidad que canta las proezas del héroe, que tiende á su Dios que le llama, viniendo con su influencia los obstáculos que el mundo le ofrece: el poema griego, la Iliada, presenta ya un carácter mas bien trágico que épico, es indudable que en esa creación se trata del destino del pueblo Helénico que llega á sus fines con la intervención de los dioses; pero en primer lugar, estos aparecen secundando las miras de los héroes, como auxiliares suyos, permaneciendo soberana su voluntad; y hasta la musa obedece al poeta y no este á aquella. «Canta, ó musa la cólera de Aquiles», dice el inolvidable ciego de Smirna; ademas el elemento divino aparece ya en este poema como pasión interna. No pretenderemos nosotros por esto quitar á la Iliada el carácter épico que todos sin distinción le reconocen; pero hemos querido notar su tendencia trágica, porque es el anuncio de esta manifestación poética, de esta nueva forma del arte; claro es que á partir de la época clásica, la verdadera epopeya que solo llega hasta sus confines, ó no era posible ó debia presentarse de una manera especial y distinta; de todas maneras las formas poéticas mas adecuadas y características de este período, eran la lírica y la dramática en su especialidad trágica, y esta última anunciando ya el advenimiento de un nuevo período artístico, en que habia de dominar y presentarse como característica, porque la lírica y la escultura, revelando el momento en que el *yo* se reconoce como fuerza, son las artes propias del momento subjetivo de la humanidad, y la tragedia antigua, mas bien que el movimiento dramático, hijo de la colisión de grandes fuerzas internas, aparece como la relación de diversas individualidades, y se asemeja, por su unidad y carácter plástico, á los grupos de estatuas de aquella época; estas esplicaciones nos manifiestan claramente porque han fracasado todos los ensayos épicos posteriores á la Iliada, pues nadie habrá que no reconozca la inmensa distancia que la separa de la Eneida y de los otros poemas que vieron la luz al terminar en Europa la edad media; solo la Divina comedia se presenta con los caracteres fundamentales de la epopeya, porque nos dá la forma sensible del período en que apareció, y nos presenta á la Divinidad obrando, pero de modo distinto que en el antiguo poema, pues su misión es posterior á los actos humanos que se producen con entera libertad limitándose á juzgarlos y recompensarlos.

El Fausto, como la *divina comedia*, nos dá la idea abstracta de la civilización, afectando una forma imaginaria, y por esta razón se nos presenta con un carácter fundamental de la epopeya, pero carece de todos los demas. Por otra parte, la soberana independencia del héroe le acercan algun tanto al drama; pero la multiplicidad de la acción nos revela que no puede colocarse tampoco en esta clase con la que, sin embargo, tiene mas relaciones que con ningun otro género poético; es, en una palabra, esta obra de aquellas que revelan un período de transición, y como demostraremos en lo restante de este ensayo, no puede verificarse en otra forma superior, porque no hay ya ninguna posible; el arte dejará de ser un fin, y revistiendo la *idea* su forma verdadera, que es la de lo absoluto, se conservará como accidente ó cualidad de todas las obras humanas.

ANTONIO MARIA FABRIÉ.

HISTORIA CONSTITUCIONAL DE INGLATERRA

DESDE LA DOMINACIÓN ROMANA HASTA NUESTROS DIAS,
por D. Patricio de la Escosura.

Escribir la historia general de una nación extranjera, es una de las empresas literarias mas difíciles que conocemos, y si en el caso presente no se tratase de D. Patricio de la Escosura que tiene hechas ya todas sus pruebas en el palenque de las letras, no vacilaríamos en calificarla de insuperable y temeraria. Todos los géneros literarios han ido cediendo el puesto de honor á la historia, que ha concluido por llenar el objeto á que tantas veces aspirara en vano la antigua epopeya. Grandes y relevantes dotes de estilo, generales y profundos conocimientos, sano criterio, elevadas miras, maduro juicio y otras muchas circunstancias, necesita reunir el que aspire á ganar el laurel de historiador, hoy que el arte de narrar y juzgar los sucesos ha llegado á adquirir ese carácter filosófico y remontado vuelo que todos conocemos. Y cuando á todas las dificultades ordinarias se junta la necesidad de conocer un idioma extraño como si fuera el nuestro propio, de estudiar las instituciones, descomponer los sucesos, analizar la legislación, empaparse en la literatura, en los usos, en la índole, en el géneo de un país en que no hemos nacido, cuya atmósfera nacional no podemos respirar, cuya vida histórica no forma parte de nuestra vida intelectual, si nos es permitida la frase, lo difícil se convierte en punto menos que imposible.

Solamente contando con la extraordinaria aptitud, con la facilidad verdaderamente pasmosa de familiarizarse con toda clase de estudios, de pasar de los mas amenos á los mas áridos, de los mas ligeros á los mas graves, de los mas fáciles á los mas abstrusos, que caracteriza el talento del Sr. Escosura, es como se puede emprender con seguridades de éxito una nueva historia general de Inglaterra.

Orador y poeta, militar y político, hombre de gobierno y de ciencia, teórico y práctico, el Sr. Escosura reúne todas las fases del talento y su irreprimible é infatigable actividad, le obliga á cultivar todos los géneros y á invadir todos los campos. Su manera de trabajar no es tampoco comparable á la de ningun otro obrero literario. Apenas anuncia una nueva producción cuando ya le vemos en vias de dar cima á su tarea. A los pocos dias de leer el prospecto de su historia ya teniamos sobre la mesa el primer tomo escrito casi todo en el tiempo que ha mediado entre una y otra entrega. No parece sino que los dias son de mas horas y que el tiempo alcanza mayor duración en sus manos.

Hemos creído indispensable dar á conocer estos rasgos que caracteriza al escritor antes de dar á nuestros lectores una pálida idea del libro.

El objeto que se ha propuesto el Sr. Escosura al escribir la

(1) Carta escrita por Goethe desde Roma á la gran duquesa Luisa de Weimar.

plean para recoger el Cascalho (cascajo), arena que envuelve al oro y los diamantes. En Vassoieras, han abierto un pozo en medio del Jequitinhonha derivando sus aguas por medio de una presa y dejando así en seco el Cascalho, del cual han sacado muchos millones de diamantes. Por lo demás varían mucho las manipulaciones. Generalmente lavan dos veces la arena, y el segundo lavado les rinde todavía un producto precioso. El lavado del Mato es uno de los más ricos del distrito, y su explotación consiste en lavar las tierras del antiguo cauce del Jequitinhonha que ha sido derivado hace más de un siglo. En Guinda está separada la capa de arena preciosa por tierra vegetal, que suele recubrir una capa de roca que es muchas veces preciso hacer saltar para dejar á descubierto el Cascalho. En Bromalinho no se puede llegar á este sin atravesar, además de la capa de tierra vegetal, otra muy gruesa de arcilla. Estas dos últimas lavras están situadas en los campos á dos leguas O. E. de la ciudad. Los campos son llanuras áridas casi cubiertas de un ligero musgo, en las cuales no se puede trabajar sino durante la estación de las lluvias. En el resto del año la falta de agua impide continuar las labores.

Los medios empleados para la extracción de los diamantes no han cambiado en nada desde los primeros ensayos de explotación. Como el precio de la mano de obra absorbe casi todos los beneficios, los propietarios de las lavras no tienen esperanza de hacer fortuna á no ser que encuentren diamantes de mucho valor. Sin embargo, la octava de 32 diamantes vale en Tejucco 400,000 reals (cerca de 4,800 rs.) Yo he visto pagar 7,000 rs. por un solo diamante. Las compras se hacen de la manera siguiente. Se presenta un negro con diamantes; los examina el mercader sin pesarlos; ofrece una cantidad, y si es aceptada, entrega el negro los diamantes y en otro caso ofrece á otros mercaderes el fruto de sus trabajos. Muchas veces un diamante, estimado en 4,000 rs. por un negociante es pagado por otro en 6,000.

Los brasileños no comprenden que los diamantes se vendan al peso, y persisten en su costumbre de venderlos á ojo, privando así al comercio de la necesaria regularidad y exactitud.

Ya dijimos que en la investigación de los diamantes entra por mucho la fortuna. Sin embargo, los hombres que se ocupan en esta clase de industria tienen pretensiones de conocer, por indicios seguros, la mayor ó menor riqueza del cascalho. Generalmente es de buen agüero la presencia de la pirita de hierro en fragmentos, y la de cierta especie de pedernal en forma de *habas negras*, amarillas ó oscuras. Varía mucho la formación de los terrenos que contienen los diamantes y los demás accidentes que los indican, y yo mismo he recogido más de veinte piedras diferentes cuya abundancia en el cascalho era considerada como una especie de riqueza. Entre estas la *fava-preta* (haba negra), se reputaba como inseparable compañera del diamante, con especialidad en las orillas del Jequitinhonha.

El lavado del cascalho exige una serie de operaciones que conviene explicar. La primera consiste en esponerlo á una corriente fuerte de agua, la cual precipita la arena sobre un tamiz de hierro, que, movido por un esclavo, detiene los guijarros gruesos dando paso á la arena y á los diamantes. La segunda operación es más complicada. Colócase la arena limpia de los guijarros en una especie de cuadro de madera cerrado por tres lados. En el que queda abierto se coloca un negro con un gran cucharón de madera, llamado *batea*, y riega continuamente el cascalho.

El chorro, que cae con fuerza, arrastra los guijarros pequeños, y, después de una hora de trabajo, solo queda una corta cantidad de cascalho que es apenas la vigésima parte de la que llenaba los cuadros. La tercera y última operación consiste en el lavado á la *batea* de la arena preciosa. Colócase ocho negros en el agua y toma cada uno en su cucharón cuatro ó cinco libras de cascajo, que agita imprimiéndole un movimiento circular. Renovando á cada instante el agua del lavado, aparta todos los guijarros sin valor hasta que aparece el diamante que se distingue por su perfecta cristalización. Confieso, sin embargo, que más de una vez me presentaron los negros su cucharón con varios diamantes y no pude distinguirlos por más que hice en medio de la arena con que estaban mezclados; menester es, que sean muy gruesos para que se les pueda distinguir durante la segunda operación. Generalmente no se distinguen hasta la tercera. Recuerdo haber asistido á una operación de lavado que duró dos horas, y en la cual se emplearon ocho negros. Esta operación produjo siete diamantes de valor de 800 reales y una cantidad de oro estimada en 100 rs. Pero el cascajo era pobre y el propietario no quedó satisfecho del resultado. A todas las operaciones asisten vigilantes, si bien los negros son tratados con menos severidad que en los tiempos en que explotaba el gobierno las minas, lo cual no obsta para que sean menos frecuentes los robos.

No es solamente en el albeo del Jequitinhonha donde se encuentran el oro y los diamantes, pues recientes descubrimientos prueban que las montañas que se extienden desde este río hasta el San Francisco, encierran también venas muy fecundas. El Coethé, uno de los afluentes del San Francisco, tiene fama hace mucho tiempo de ser el más rico; pero las fiebres pestilentes que allí se padecen, han hecho desistir de su propósito á los que empezaron á explorar su cauce. El teatro de las más importantes explotaciones es la cadena de montañas llamada *Serra-do-Gran Mogol* (sierra del gran Mogol), que dista unas cincuenta leguas de Diamantina. Sin que me arredrasen las fatigas, compañeras inseparables de una escursión en el Brasil, resolví dirigirme á la *Serra*, aunque retardase algunos días mi proyectado viaje sobre el Jequitinhonha hasta Bahía. Tenía yo deseo de ver la explotación de los diamantes bajo sus dos aspectos, el de los ríos y el de las montañas. La principal dificultad era encontrar un guía, pues la escursión era peligrosa por tener que atravesar un país desierto hasta llegar á un sitio aislado también de toda comunicación. Se había ofrecido un mulato á acompañarme, pero después de pensarlo algunos días, desistí de su propósito y tuve que amenazarle con un arresto de tres meses para que no me abandonara. En lo sucesivo me felicité cordialmente por mi elección.

Sali de Diamantina el 10 de enero de 1853, costándome no poca pena el separarme de aquellos amables habitantes que tan cuidadosamente me habían atendido durante mi permanencia en aquella ciudad. Sin detenerme en Modania, pueblecito de buena apariencia y de 200 casas, atravesé el Rio-manso y llegué al Arroyal, aldea que lleva el nombre del río. Construida sobre los dos brazos del Rio-manso, sobre una isla bastante fértil, tiene 600 habitantes y dos iglesias, siendo notable la salubridad de sus alrededores, no obstante la elevación de su temperatura. Pedí hospitalidad á un antiguo coronel, que me dio algunas noticias curiosas sobre el estado de la provincia. Un misionero acababa de ejercer allí una gran influencia con sus sermones. Mi patron atribuía á las palabras de este la tranquilidad que reinaba en esta parte de la provincia, cuya población no se ha insurreccionado nunca contra el gobierno. El misionero había impuesto á los fieles la obligación de que, al ir á la iglesia, llevasen sobre su cabeza piedras desti-

nadas á la reparación del templo, que estaban amontonadas esperando la mano del arquitecto.

Los resultados morales de la misión habían sido satisfactorios. Mas de cien bodas se llevaron á cabo por las exhortaciones del predicador, y hasta las mujeres de mala vida se distinguieron por su celo religioso. Era tal el ansia de los oyentes, que acudían de diez leguas á la redonda abandonando sus trabajos y ocupaciones, que había que ir con 7 ó 8 horas de anticipación para poder encontrar un sitio en el templo. Muchas familias pasaban fuera de sus casas semanas enteras para cumplir los ejercicios de piedad impuestos por el misionero. Si se multiplicasen estas piadosas tentativas, producirían un efecto saludable en las costumbres. Cuando llegué yo, hacia seis meses que había salido de Rio-manso el último misionero.

El camino largo y monótono que conduce al *arroial* del Gran-Mogol, prepara al viajero para las más tristes impresiones. Tardé siete días en llegar á Diamantina desde el *arroial*. Después de pasar el Rio-manso, se sube á una de esas vastas mesetas, que los brasileños llaman *chapadas*, y que se extienden en terrenos áridos y secos. Algunas grandes quintas, pequeños pueblecillos, alzan la cabeza en sitios favorables á la agricultura. Jequitinhonha dista 30 leguas de Diamantina. El curso del río en este punto es muy rápido; pero junto á Jequitinhonha se hace cada vez más lento. El camino no es interesante hasta Jarambirason, á donde se llega atravesando un rústico puente echado en medio de las rocas de un aspecto extraño y salvaje. Allí cesa toda vegetación y el país es cada vez más áspero y solitario. Una elevada colina separa al viajero del *arroial* del Gran Mogol. Después de atravesarla, recorriendo un camino detestable, se encuentra un cuartel ocupado por las tropas encargadas de la vigilancia del distrito, entrándose después en el *arroial* que es una calle larga, compuesta de casas mal edificadas y pobres. Al contemplar el sitio agreste en cuyo centro se levanta la miserable aldea del Gran-Mogol, sobrecoje el ánimo del viajero un sentimiento profundo de tristeza. Solo la codiciosa esperanza de adquirir rápidamente una gran fortuna, es capaz de decidir al hombre á enterrarse vivo en aquellas soledades donde reinan los instintos menos generosos de la humanidad y los más sombríos aspectos de la naturaleza.

La cadena de montañas que se conoce con el nombre de *Gran-Mogol*, fue explorada por primera vez en 1813. En el curso de los años siguientes envió allí el gobierno algunos empleados con encargo de dirigir los trabajos, y la explotación de los diamantes produjo á la corona inmensos beneficios. Pero la revolución que puso término al reinado de don Pedro, privó al gobierno del monopolio de los diamantes, y suspendidos todos los trabajos, las poblaciones inmediatas se lanzaron ansiosas sobre el teatro de una explotación que las halagaba con pingües beneficios. Fundóse así el *arroial* del Gran-Mogol por los años de 1833 y 1834. Cuando visité aquel distrito, contaba ya más de 200 casas, y se había dado principio á la construcción de una iglesia. La población se compone en su mayor parte de aventureros y especuladores atrevidos que han acudido de todos los puntos del Brasil con la esperanza de hacer fortuna. Entretanto, pasan una vida miserable, porque las riquezas, á tanta costa adquiridas, son de todo punto inútiles en unos parajes donde solo pueden conseguirse, en cambio de los diamantes, los objetos más groseros de primera necesidad. Imposible es allí procurarse ninguna clase de goce, pues la falta absoluta de comunicaciones y los riesgos inmensos del camino, arredran á las carabanas de emprender el viaje de Diamantina á *La Serra*.

Claro es que las relaciones sociales no han de ofrecer mucho atractivo en el seno de aquella extraña población. Los hombres viven, en lo general, con sus queridas que ocultan cuidadosamente á los estranjeros, y, como carecen de todo género de instrucción, se adormecen en el tedio de una existencia monótona.

En el Arroyal no hay más que un tema de conservación, que es el precio de los diamantes hallados durante la semana. Las casas son tan tristes por dentro como por fuera; apenas hay dos ó tres que tengan más de un piso; la mayor parte de ellas carecen de vidrieras y no son más que unas simples chozas. No es de extrañar puesto que para construir las paredes hay que traer la tierra de una legua de distancia. Así es que no se ven más que dos ó tres jardines donde se ha podido conseguir una vegetación imperfecta cubriendo las rocas de tierra afanosamente recogida. Pero volvamos al principal objeto de este artículo.

El Riberon, torrente pequeño á cuyas orillas se extiende la población desde el pie de la montaña hasta el Itacambirason, acarrea una aroma muy fina que se recoge cuidadosamente. Claro es que en diez años que hace que se trabaja, se han hecho muy escasos los diamantes que contenía este torrente, y ha sido preciso buscar otros terrenos vírgenes de exploración. Recorriendo los alrededores del *Arroyal* encontré Acostes que es un terreno principiado á trabajar hace tres años y cuyos diamantes han producido ya más de 3,000,000 de reales. Este terreno da ocupación á más de doscientos esclavos que dependen de diferentes propietarios. El primer año no eran más que dos ayudados por treinta esclavos; pero aumentada la concurrencia por la codicia de tan ricos productos, fué preciso subdividir el terreno, lo cual se hizo con relación al número de esclavos de cada dueño sin ningún privilegio de antigüedad en favor de los primeros.

El cauce del Coitês ha producido ya una gran cantidad de diamantes no inferiores en pureza á los del Jequitinhonha; solo que la capa de arena que encierra los diamantes está mucho más profunda que la de aquel río. Así que, después de la primera capa de tierra vegetal hay que atravesar un terreno arenoso, en seguida otra capa gruesa formada por rocas de greda arenisca de formación secundaria, hasta llegar á el cascajo que se encuentra á 50 pies por bajo del nivel del suelo. Si fuese posible atravesar esta capa de cascajo hasta lo interior de la montaña, quedarían ampliamente recompensados los esfuerzos de los trabajadores; pero hasta aquí han sido infructuosas las tentativas. Las rocas cuya base se había conmovido removiendo los terrenos sin precaución, se han hundido en muchos parajes aplastando á gran número de negros, y ha sido preciso reducir los trabajos al cauce mismo del Coitês. Desgraciadamente las labores comienzan á estenderse demasiado en sus orillas, haciéndose cada día menores los beneficios, hasta el punto de que los mineros empiezan ya á abandonar sus empresas.

Los más emprendedores habían salido para la mina de Aroueras. Tuve la fortuna de encontrar un doctor inglés, Mr. Deller, que acababa de llegar de esta mina, situada á 150 leguas casi al norte en la cadena de montañas del gran Mogol, quien me informó de los importantes descubrimientos hechos en aquel terreno, digno de llamar la atención de los europeos. Allí se ha encontrado, acaso por primera vez, el diamante en un filon regular, y sería de desear que un mineralogista distinguido explotase esas minas donde el diamante no ha llegado á su completa formación puesto que no se presenta bajo la forma cúbica. Además de las minas de Aroueras, existen en la misma cordillera las

de Suroué, Souvidor y Morro do Chapes, dependientes todas de la provincia de Bahía. Suroué ha producido no solo diamantes, sino también fragmentos de oro cristalizado, de bastante peso y casi puro. Encuéntrese al pie de la montaña en un terreno de aluvión, según dicen, en gran abundancia. Los diamantes, aunque quebradizos, son más brillantes que los de Aroueras y tienen formas más regulares. En cuanto á Morro do Chapes, explotado hace muchos años, sus diamantes son muy finos, pero muy escasos. Todo conduce, pues, á demostrar que la cadena de montañas que se extiende desde Jequitinhonha hasta San Francisco, contiene mucho oro y diamantes. Tan inesperados descubrimientos han inspirado grandes esperanzas á los habitantes de aquellas montañas, y principalmente á los de Serra del Gran Mogol que esperan todos descubrir nuevos filones; pero inmensos peligros rodean aquellos caminos donde se arrojan con tanta ansia los especuladores. En el Aroneras han bajado de repente los diamantes desde 2,500 rs. la octava á menos de 1,200 rs. La abundancia habría podido compensar la baja de los precios, siendo todavía considerables los beneficios, si la distancia de 100 leguas á que se halla el centro de población más inmediato no encareciese de un modo extraordinario los artículos de consumo. El *alquiére* de maíz que cuesta generalmente 20,000 reis (unos 23 rs.), se vende en Aroneras á 32 rs., y el de arroz á 900 rs. No encontrándose pasto para las mulas en las inmediaciones de las minas, hay que enviarlas á pacer á 13 ó 14 leguas de distancia. El estado moral de los habitantes es el mismo que en todos los parajes donde se aglomeran aventureros de varias clases. En seis meses, en una población de menos de 200 almas, ha habido 20 asesinatos con sus correspondientes robos.

Volví al Arroyal del Gran Mogol muy desengañado del nuevo aspecto que el Brasil presentaba á mi vista, y oí á todos los habitantes quejarse de la disminución de los diamantes. A fuerza de lavar y relavar aquellas tierras han llegado á dejarlas completamente estériles, y el país quedará abandonado antes de pocos años por los que han ido allá en busca de riquezas.

Asistí un domingo á la venta de los diamantes. Los negros traen las piedras que han hallado durante la semana y van de un negociante á otro esperando encontrar un precio ventajoso; pero este comercio se halla paralizado por la disminución progresiva de los diamantes. Las minas de estos forman uno de los ramos más importantes de la riqueza del Brasil, y conveniría mucho que el gobierno adoptase alguna medida de utilidad pública, que permitiéndole establecer un impuesto moderado sobre el producto de las minas, remediase los muchos inconvenientes de la situación actual. O se establece el monopolio y conserva el gobierno todos los derechos de que hoy está privado, en cuyo caso tendrá que perseguir tarde ó temprano á los propietarios actuales de las minas que le pertenecieron; —ó ha cesado el monopolio de hecho y de derecho, y en este caso, la propiedad de las minas pertenece al Estado, y á él le toca hacer las concesiones de terrenos, conceder privilegios y fijar condiciones á los particulares. Continuar por más tiempo en la vana pretensión de restablecer el monopolio de los diamantes y rechazar toda demanda de concesión por temor de consagrar legalmente el abandono de derechos irrevocablemente perdidos, es querer privarse voluntariamente de los recursos naturales que ofrece un suelo privilegiado. ¿Quién es el que disponiendo de capitales algo considerables quiera esponerlos hoy en la explotación de los diamantes? Si emprende grandes trabajos y llega á encontrar un cascajo productivo, acudirá á reclamar parte en los beneficios una muchedumbre que le obligará á ceder con el puñal al pecho, puesto que sería inútil dirigirse al gobierno que no reconocería sus derechos. En el estado actual de la legislación brasileña, no se lanzan en la peligrosa investigación de los diamantes sino los pequeños capitalistas que, limitándose á explorar parcialmente el alveo del río, se abstienen de emprender esos grandes trabajos que exigiría la derivación del Jequitinhonha ó del Arasuahy, y que dejando en seco su cauce ofrecerían beneficios inmensos á los especuladores. Para explotarlos con fruto, bastaría arriesgar capitales mucho menos considerables que los sacrificados por las compañías inglesas en el trabajo de las minas de oro.

Esta opinión puede justificarse fácilmente por cálculos. El precio de un negro procedente de Africa por Bahía, vaia desde 6,000 á 10,000 reales. En el Gran Mogol se calcula el producto neto de un esclavo en 2,200 rs. anuales; de modo que en menos de tres años de trabajo queda reembolsado el precio de compra; este cálculo puede aplicarse igualmente á Diamantina. Por regla general, valuando en diez años la duración media del trabajo de un negro, fácil es calcular los beneficios del propietario de muchos esclavos. Estos beneficios se duplican reemplazando los brazos por máquinas, ya por la mayor extensión de los trabajos, ya por la disminución proporcional de los gastos. Si el gobierno hubiese resuelto ejecutar el proyecto presentado al Congreso vendiendo concesiones de terrenos en el distrito diamantino, y si europeos inteligentes se aprovecharan de esta coyuntura para explotar el suelo abandonado á las inhábiles manos de los Brasileños, estoy convencido de que los capitales anticipados para semejante empresa se quintuplicarían en menos de dos años. En tal caso los trabajos de los europeos servirían de modelo á los habitantes, y el país ganaría á un mismo tiempo en bienestar y en riquezas. La presencia de geólogos instruidos daría también ocasión á nuevos descubrimientos en aquellas montañas tan dignas de observación y en su mayor parte inexploradas. Desgraciadamente el Brasil, ya lo hemos dicho, admite á los estranjeros con repugnancia, y ofrece toda clase de obstáculos á las empresas nuevas y provechosas. Estos obstáculos nacen de los particulares y de la falta de protección del gobierno. Abandoné sin pena el *arroial* del gran Mogol. Mi viaje por lo interior del Brasil llegaba á su término. Me prometía pasar desde el *arroial* á Tocayos. Pero no conseguí mi propósito sino á costa de grandes penalidades y trabajos. Y sin embargo, la distancia entre estos dos pueblos no llega á treinta leguas; pero habiéndome extraviado muchas veces por la torpeza del guía, tardé tres días en llegar á la habitación del teniente coronel D. José Huerta, en donde esperaba hallar hospitalidad por recomendación de un comerciante amigo suyo. En efecto, me aguardaba hacia algunos días, y me recibió con la más amable cordialidad. Al apearme del caballo, olvidé mi penosa caminata al través de selvas vírgenes y de interminables llanuras, y di por terminada aquella larga y molesta escursión que me había revelado todas las riquezas y miserias del Brasil, comprendidas en la provincia de Minas Geraes. Restábame visitar las costas una vez conocido el interior del país. Para esto, no tenía más que bajar el Jequitinhonha hasta Belmonte y embarcarme para Bahía. En todas las obras publicadas sobre el Brasil, se habla de Tocayos como de una población de dos mil almas; pero informándome del presidente de la provincia sobre los recursos que podría hallar en Tocayos para embarcarme, supe con asombro que nunca había oído nombrar semejante pueblo. Sospeché que habría algún error; pero á mi llegada encontré que la población de dos mil almas constaba solo de dos ó tres *fazendas* ó caseríos que comprendían unas doscientas almas. En una legua á la redonda no encontré una choza siquiera ni rastro alguno de habi-

tantes ni comercio, los cuales no existen hasta llegar á Callao, aldea construida á unas tres leguas de la confluencia del Arasuahy con el Jequitinonha. Aquí se nota ya cierta actividad mercantil. De Callao salen muchas canoas para el Salto, y vuelven cargadas de sal, aceite, vinos y algunas telas groseras para el consumo del país. Estas canoas tienen que hacer un trayecto largo y peligroso, y no hace mucho que pereció una de ellas con tres marineros que la tripulaban. Por lo demás, hay poco movimiento comercial en aquel punto; veinte canoas que tardan seis días en bajar el río y diez y ocho ó veinte en subirlo están empleadas en esta navegación. El precio de una canoa con tres bateleros varia desde cuarenta á cincuenta pesos; calculándose en dos toneladas el que puede llevar cada una al subir el río, se comprende que todos los artículos expedidos por mar desde Bahía á Belmonte y desde este á Callao por el Salto, están recargados con un fuerte precio de transporte, lo cual hace que no haya ventaja en expedirlos por esta vía al interior de la provincia, puesto que el cargamento consiste generalmente en sal. En cambio, la cría de los ganados, en terrenos húmedos y frecuentemente inundados por el Jequitinonha, ofrece algunas ventajas. Cebados fácilmente, se envían al Araviel del gran Mogol, y se venden á cuarenta pesos en lo general, y raras veces á veinte; suma considerable para aquellas provincias, donde tanto escasea el dinero y en que el comercio está reducido á cambios.

Envié al ayuntamiento de Minasnovas una orden del presidente Bernardo de la Vieja para que se me facilitase una canoa con tres marineros, lo cual se ejecutó fielmente, dejándome solo el cuidado de proveerme de algunos comestibles para un viaje en que se me aseguró no encontraría habitación alguna. Hechos estos preparativos y habiendo descansado algunos días, me despedí de mi patron y entré en la canoa, que hallé preparada con unas pieles de buey formando una especie de tienda de campaña. El barco tendria treinta pies de largo por dos y medio de ancho, y era dirigido por un remero de pie, á quien ayudaban otros dos sentados y cantando alegremente.

El curso del Jequitinonha no ofrece ninguna particularidad notable, pues sus orillas son bastante monótonas, y la montaña está á bastante distancia del río. De vez en cuando hay rápidas corrientes que serian peligrosas si las aguas no fuesen tan profundas. También suelen divisarse algunos campos de arroz y maíz, pero no se descubre ni una sola cabaña, porque las habitaciones están ocultas bajo el follaje. Las aguas arrastran árboles enteros, que resistiendo á la corriente y atravesándose en las rocas esparcidas en el cauce del río, forman obstáculos peligrosos para la navegación. Las orillas del Jequitinonha están además apesadas de insectos, y con especialidad de mosquitos que, zumbando en el aire, suelen oscurecerlo, formando nubes amenazadoras acompañadas de un ruido extraordinario que deshojan en breves instantes cuantos árboles encuentran á su paso. Los habitantes se preservan de esta plaga dejando un vasto espacio sin cultivar en redor de sus habitaciones. Estos insectos, que se multiplican hasta lo infinito, destruyen con frecuencia cosechas enteras.

Antes de llegar al Salto hay que atravesar las mas rápidas y peligrosas corrientes del río. La que lleva el nombre de *Panella Cachoiera*, es tan temible que mis bateleros vacilaron mucho en atravesarla de noche. Pero al fin lo hicimos afortunadamente sin peligro, y llegamos á la *Cachoiera del Inferno*. En aquel punto se prolongan corrientes en un espacio de mas de 500 varas; las rocas interceptan en muchos sitios el curso del río y esponen á cada instante á las barquillas á zozobrar, dificultando extraordinariamente las maniobras. Esta dificultad es mayor por la excesiva longitud de las canoas. La cascada que forma la *Cachoiera* es de 3 ó 4 pies de elevacion por 30 ó 40 de anchura, y es tan fuerte el sacudimiento que imprime á la canoa que casi la llena de agua. Los limitados recursos del Brasil impiden al gobierno emprender los trabajos necesarios para facilitar el paso del río en este punto durante todo el año, y sin embargo, es mayor el peligro que ofrece la *Cachoiera del Inferno* que el de las ponderadas cataratas del Dilo.

Dos horas despues llegaba á Salto que dista de Tocayos setenta y dos leguas. Las autoridades de Salto, creyéndome encargado de una exploracion oficial, me recibieron con gran pompa y me condujeron con ceremonia á mi alojamiento. Pero yo solo deseaba llegar cuanto antes á Bahía y se me ofreció que podría salir al día siguiente. El *Salto grande* debe este nombre á las muchas cascadas que hay en este punto del río, y que no ceden en magnificencia á las del Niagara. Aprovechando mi permanencia en el Salto, pasé á visitar una aldea llamada *Botoeudos* (tribu india) cuyo jefe conocido con el nombre de *Piteany* (el grande), me recibió en su cabaña cubierta de hojas de cocotero. Estos indios tienen fama de grandes tiradores de arco; y deseando yo ponerlos á prueba, se prestaron gustosos á satisfacer mi capricho, matando del primer flechazo un pájaro á 50 pasos de distancia y haciendo caer á los pies del tirador otra flecha que se habia perdido de vista. Conseguí me cediesen algunos arcos y flechas, dándoles en cambio tela ordinaria para un vestido, algunos anzuelos y cuchillos, á que añadió alguna carne y harina que comieron con gran apetito. Las mujeres habian ido á cojer frutas silvestres y no tuve tiempo de esperarlas.

La curiosa obra sobre el Brasil, escrita por el principe Maximiliano de Nauvill, trae muchos pormenores sobre los Botocudos y todas esas razas de indios que se conocen en el Brasil con el nombre de *Mansos*, con el cual se proponen los habitantes caracterizar la apatía é inercia medio salvaje de aquellas tribus, sin advertir que el ejemplo de la poblacion brasileña no es el mas á propósito para aficionarlas á la cultura.

Sali del Salto el 4 de febrero por la noche, y llegué á Belmonte á las 20 horas de navegacion. Desde el Salto cambia el río de nombre, tomando el de *Río Grande de Belmonte*. Sus dos orillas están cubiertas de espesos bosques donde crece en gran abundancia el *Jaquaranda*, conocido en Europa con el nombre de palo-santo. Pero aquellos magníficos bosques no tardarán en desaparecer por la negligencia del gobierno que permite á los habitantes devastarlos y quemarlos á su arbitrio. Desde el Salto á Belmonte no se encuentran mas habitaciones que unas pobres cabañas construidas para alojar interinamente á los trabajadores que se dedican á la explotacion del palo-santo. Belmonte está situado á la orilla derecha del río, á dos leguas de su desembocadura en el mar, en el punto en que forma una especie de barra que suele ser difícil atravesar. El pueblo consta de unas sesenta casas de aspecto miserable, construidas de madera y cubiertas de hojas de palmera. Las inundaciones del río, que han arrastrado mas de una vez aquellas ligeras cabañas, no permiten emprender construcciones mas sólidas sobre aquel suelo arenoso y movedizo.

El comercio de Belmonte consiste en jaquaranda y otras maderas preciosas, y en nueces de coco que se espiden para Bahía. Calculando el valor de una nuez de coco en 20 reis (7 maravedis), produce un cocotero 45 rs. al año. El jaquaranda cuesta de 30 á 40,000 reis (300 á 360 rs.), la docena de tablores redondos, cuadrados ó ovalados, de 7 á 8 pies de largo y 6 á 10 pulgadas de grueso. El flete hasta Bahía es de 200 á 280 rs., vendiéndose á 800 ó 1,200 rs., segun su calidad.

Hoy la extraccion del jaquaranda es mas costosa, pues todos los árboles que estaban en las orillas han sido cortados y hay que penetrar en lo interior de sus bosques, lo cual cuadruplica los gastos por la mayor distancia al punto de embarque y la necesidad de cortar muchos árboles hasta internarse en los parajes de explotacion.

Los retornos consisten en vinos, carnes saladas, aguardientes, telas y sal. Expedidas en lo alto del río, las mercancías que salen de Bahía llegan hasta Minas Novas y el Arroial del Gran Mogol. Este comercio ocupa unos 15 barcos que miden 30 ó 40 toneladas. A mi llegada á Belmonte no encontré ninguna de estas barcas en el puerto y tuve que esperar una ocasion para ir á Canasvieras y facilitar así mi embarque á Bahía.

Habia pasado tres días en Belmonte y dejé sin disgusto este triste pueblo, felizmente algunas horas antes que tuviese lugar una inundacion del río que se llevó la casa en que yo habia estado alojado. Despues de una penosa navegacion nos vimos detenidos por las arenas y tuvimos que atravesarlas pie á tierra embarcándonos de nuevo en Río-Salto que comunica con Río-Pardo hasta Canasvieras. Vientos contrarios y la salida de madre del río me detuvieron muchos días en esta miserable aldea compuesta de 200 casas de madera. El comercio de Canasvieras consiste en harinas y arroz que se esportan para Bahía con algunos cargamentos de palo santo. Hacia tres años que el río se habia llevado 80 casas, y durante mi permanencia se llevó tambien mas de veinte. Estas desgracias las soportan los habitantes con una resignacion admirable. Desde el momento en que una casa está amenazada por las aguas se ponen sus vecinos á demolerla, tarea muy fácil atendida la ligereza de las construcciones, y las aguas solo arrastran las maderas de desecho.

Calmóse el temporal y pude proseguir mi viaje. Embarquéme en Río-Patye para evitar la barra de Río-Pardo. Al desembocar en el mar comenzó á vacilar la tripulacion, y solo á fuerza de ruegos, tumulto, gritos y oraciones á todos los santos, se consiguió que el capitán cobrase bríos y se decidiese á lanzar atrevidamente su barca en la barra. Pero el viento nos favoreció con sus brisas, empujándonos á la mar que nos acogió propicia. A los pocos minutos y á despecho de la torpeza y pusilaminidad de los marineros, muy satisfechos en su interior de su arrojo, saludó la magnífica bahía que ofrece uno de los mas bellos panoramas del Brasil.

F. DE PAULA DE FEDERICO.

GEOGRAFIA

histórico-militar de España y Portugal, escrita por el coronel D. José Gomez de Arceche.

La revista bibliográfica de la *Asamblea* ha anunciado ya esta obra: hoy circulan los prospectos de su publicacion, y por tanto creemos llegado el momento de anticipar tambien á sus lectores mi juicio critico de ella: ya que hace tiempo conocemos este trabajo, que la modestia del autor habia dedicado á la amistad autografiando solamente algunos ejemplares, para los que le habiamos animado á llevarlo á cabo.

Confesamos ante todo que hemos tomado tambien parte en las instigaciones que le han decidido al fin á publicarla, y que si la fé con que hemos apreciado su interés y su mérito tranquiliza nuestra conciencia por lo que para ello teniamos de incompetentes y lo que ahora debemos tener de imparciales, no negaremos que nuestra pluma tendrá que contenerse mas de una vez por temor de aparecer favorablemente apasionada, y hasta por respetos á la susceptibilidad de nuestro aprecabilísimo amigo.

Es, sin embargo, una verdad que no necesita comentarios, que el estudio de la geografía en nuestras escuelas militares carecia de un autor que lo circunscribiese á la especialidad de sus aplicaciones. Las obras elementales escritas para la primera enseñanza, sirven de base para los conocimientos geográficos que á cada carrera le es necesario poseer, y lo mismo el militar que el estadista, que el hombre de ciencia, tienen que limitarse á aprender en estos libros no mas que una simple noticia de la geografía física y política de la tierra, que nada enseña para su determinado objeto, y que apenas puede servirle de guia para los estudios superiores.

En vano es, por lo que se refiere á nuestra profesion y nuestro territorio, que busquemos en otros libros donde aprender lo que tanto importa, no tan solo para las elevadas aplicaciones del arte de la guerra, sino para lo que es indispensable á sus mas simples detalles.

Teófilo Lavallé, cuya geografía militar sirve de testo actualmente en nuestra escuela de E. M. y en la de Saint-Cyr, del vecino imperio, sigue ciertamente un orden especial, y su obra se halla tratada de un modo suficiente para dar una idea general del globo, objeto á que sin duda la destinó. Pero por lo mismo que dió tal estension á sus observaciones, hizo una geografía tan sucinta y compendiosa, que aun tratando de la Francia con mayor estension que de los demás países, como era natural en quien se dirigia á escolares franceses, ha desarrollado su pensamiento en un solo volumen de 500 páginas. Su laconismo en la parte española, á pesar de ser un país limitrofe é intimamente enlazado con el suyo, quedará probado solo con presentar la descripcion del Llobregat, cuyo curso es de tanto interés militarmente considerado. «El Llobregat, dice, río considerable que desciende de los Pirineos, atraviesa un valle muy montuoso, cuyos contrafuertes estrechan su curso, pasa por Molins de Rey (batalla de 1808 ganada por Saint-Cyr á los españoles), y concluye al S. de Barcelona.» Ni una palabra mas para el conocimiento de esta cuenca importantísima y tan conocida por antiguas y modernas luchas.

El coronel alemán Rudtorffer ha escrito tambien posteriormente una geografía de Europa; pero es igualmente muy sucinta respecto á España. Tras una revista general sobre la geografía del país, se ocupa de su cultura, constitucion, administracion y estado de las fuerzas militares, cometiendo muchos errores en todas sus partes.

Antes que estos, Bory de Saint Vincent, edecan del duque de Dalmacia en la guerra de la independencia, habia escrito una obra muy apreciable, y con la exactitud del hombre instruido que visita una gran parte del territorio, describe el nuestro en el orden físico mas natural; pero con decir que el título de su obra es el de *Guía del viajero en España*, se comprende que no llevó por objeto una descripcion puramente militar. Preseindamos ahora de la prevencion y la acrimonia con que trata á los españoles, entonces sus enemigos irreconciliables.

Mas encaminado á aquel fin, debió ser el estudio de nuestra peninsula por Laborde, cuyos itinerarios y descripciones geográficas son bien conocidas; pero tanto estas como los tratados generales de Balbi, Maltebrun y otros puramente españoles, como Antillon, Verdejo, etc., ya hemos dicho que no conducen á nuestro propósito.

No habia obra alguna que tratase de la geografía de España bajo el punto de vista puramente militar, con la estension

que requiere su particular estructura, con el apoyo de la historia de nuestro país tan fecunda en hechos de armas, tan estudiada prácticamente por propios y extraños en frecuentes y empeñadas guerras.

La geografía histórico-militar del coronel Arceche, viene á remediar esta sensible falta. Escrita bajo un plan sencillísimo, sujeto á la division en zonas estratégicas que siempre determinan las regiones hidrográficas del país, lo encontramos descrito ámplia y elegantemente en los mas pequeños accidentes que interesan al hombre de guerra, quien encuentra en las apreciaciones del autor el fruto de un estudio concienzudo, y el apoyo y la ilustracion de numerosos ejemplos sacados de la historia de la localidad misma. Hacer en la geografía el estudio de la historia de una época dada es frecuente teniendo á la vista un pequeño mapa del teatro de los acontecimientos; pero aprender en la historia la geografía del país, es enlazar la teoría á la práctica, es la demostracion del teorema que no nos deja duda de la verdad. Hasta qué punto es apreciable bajo este concepto el trabajo que analizamos, lo dirá mejor que nosotros uno de sus trozos; precisamente el que se refiere á la cuenca del río Llobregat, cuya descripcion por otro autor hemos copiado.

«Cuenca del Llobregat, con las del Tordera, Besós y Francolí.—Así como en la cuenca general del Ebro se comprenden las parciales de otros rios con curso independiente del de aquel, así la cuenca del Llobregat tiene á E. y O. otras secundarias que, hallándose embebidas en la de este río, pueden, sin embargo, considerarse aisladamente por sus condiciones especiales y curso de sus aguas, por lo que seguiremos en esta region el orden mismo que en la general de la vertiente oriental, consiguiendo así completa armonia y facilidad en el estudio.

«Forman la cuenca del Llobregat, los montes que se ha dicho limitan por el S. la del Ter desde la Sierra de Cadí al cabo de Baguer, y los de aquella misma sierra que prolongándose al O. hasta el estrecho llamado de los Tres Pons por el que corre encerrado el Segre, continúa señalando los límites superiores de las vertientes orientales de este río con el nombre de Sierra de Compte hasta la de Prades, donde se divide en varios ramales que se dilatan al E. hasta Llobregat, al S. hasta el Méditerranee y al O. á la orilla izquierda del Ebro, desde la confluencia del Segre hasta su desembocadura en el mar. El estribo que separa la cuenca del Llobregat de la del Ter, tiene sus vertientes occidentales sumamente estensas y accidentadas, formando algunas de sus ramificaciones dos de esas regiones independientes que nos hemos propuesto describir separadamente, las del Tordera y del Besós.

«El Monseny, que es el monte mas considerable del estribo mencionado y cuya altura es de 1,700 metros en el Matagalls, punto el mas elevado de su cresta, que se dilata de N. á S., esparce hácia todos lados ramales abruptos extendiéndose los meridionales á la parte oriental hasta el cabo de Baguer, y por la occidental hasta la montaña de Montjuich, en Barcelona, en los que tienen su origen el Tordera y el Besós, separados por otro ramal, que despues de seguir la direccion al S. hasta el coll y desfiladero de Trenta Pasos que comunica las dos cuencas, se esparce paralelamente á la costa entre la desembocadura de ambos rios con el nombre de Sierra de Nuestra Señora de Corredó.»

Continua el autor ocupándose de las cuencas secundarias del Tordera y el Besós, de sus valles, desfiladeros y principales comunicaciones, estableciendo una comparacion razonada entre las carreteras de Hostalrich y de la costa, que le hacen recordar oportunamente la prudente marcha del mariscal Saint-Cir en 1808, para acudir en auxilio de Barcelona, y despues de extenderse sobre la importancia de esta plaza y particularidades de la costa, prosigue en estos términos:

«El Llobregat nace junto á Castellar de Nuch en una granja, llamada el Hospitalet, al pié de la Sierra de Cadí, entre el Coll de Jou y el de Toras, porque comunican las dos regiones del Segre y Llobregat. Este río cruza la provincia toda de Barcelona de N. E. á S. E. pasando por la Poble de Lilet, Baells, Pedret, Oriols, Gironella, Puigregit, Balsemeny, Sellent, Cabrianas, Navarrels, Vilomara, Castellbell, Monistrol, Martorell y Molins de Rey, pueblos en que hay puentes que facilitan su paso; siendo el mas espacioso y mas notable el del último, así por su construccion y tránsito, como por los sucesos que ha presenciado.

«En su curso superior, el Llobregat corre encajonado y escaso de aguas entre ásperas montañas que van separando los varios afluentes que descienden de los dos estribos principales que forman la cuenca, de los que ofrecen un gran interés militar, el Cardener que pasa por Cardona (4,660 habitantes) y Manresa (15,264 habitantes) y del que un sub-afluente, el Río Negro, baña antes á Solsona (2,671 habitantes); y la Noya que, naciendo como el Cardener, en la divisoria con el Segre, baja á unirse al Llobregat junto á Martorell (4,136 habitantes) despues de haber pasado por Igualada (14,000 habitantes), Capellades (3,066 habitantes) y San Sadurn (2,772 habitantes).

«Separa estos dos afluentes el estribo principal cuyas vertientes occidentales determinan los del Segre y Ebro en su orilla izquierda, estribo que desde el estrecho de los Tres Pons, va formando un arco de círculo en cuya concavidad nacen y corren al Segre los rios Llobregat y Sió, desprendiéndose de él por la parte opuesta un ramal en cuya estremidad se encuentra la montaña y monasterio de Monserrat, *fragosa altura y venerado santuario que fortalecidos y convertidos en almacén, ha servido para desde ellos alimentar los españoles la guerra*, segun expresion del Sr. Alcalá Galiano.»

Y despues de copiar, ilustrándolo, un extenso párrafo que el mariscal Suchet dedica en sus memorias á esta gran fortaleza natural del Principado, añade:

«La posicion de Monserrat es, efectivamente, la mas favorable para la defensa de Cataluña, no siendo plaza fuerte, por su situacion central y como punto de union de toda la region superior del Principado por el alto Llobregat que puede comunicar facilmente con el Segre y Ter; punto del que pudiera lanzarse una fuerza sobre los caminos de Aragon y Valencia, retirándose á él con seguridad así como á sus espaldas, peligrosas de visitar sin la espugnacion de la montaña.»

«La línea del Llobregat se halla apoyada en las fortalezas de Cardona y Barcelona: la primera en la region superior y en la inferior la segunda; aquella, aunque pequeña, fuerte y cubriendo las avenidas del Pirineo por la Cerdeña y Barcelona, deteniendo al enemigo en cualquiera número que venga, al pié de sus muros.

«Existian tambien antes la plaza de Berga y el Castillo de Solsona, que mas avanzadas hácia Francia con las que y en combinacion con las anteriormente mencionadas, quedaba cubierto todo el Llobregat; pero la primera fué demolida en 1811 para no llamar la atencion hácia la alta montaña; y si bien como la otra, se ha visto fortificada en la guerra civil, hoy se hallan ambas casi completamente abandonadas á pesar de su situacion militar.

«Nada demuestra mejor la importancia de esta línea que la circunstancia de haber sido teatro de operaciones en todas las

guerras cuya acción haya llegado al Principado. El servir de paso preciso para continuar desde Barcelona la invasión de la Península por el litoral del Mediterráneo ó hacia el interior, dá motivo al interés que inspiran la línea en general y el Puente de Molins de Rey en que se separan los caminos que siguen ambas direcciones. Molins de Rey, donde los españoles tuvieron un campo atrincherado durante mucho tiempo en la guerra de la independencia, fué objeto de repetidos ataques de una parte y otra de los beligerantes, como no podía menos de suceder, ocupando, como ocupa, una posición media entre el Mediterráneo y Monserrat, poseyendo un puente sólido en el curso de un río invadible ya, y siendo, por fin, punto de unión de dos comunicaciones importantes. Los franceses ocuparon varias veces el pueblo y el puente, pero no lograron tener espedito y asegurado completamente su paso, hasta que apoderándose el ejército de Aragón de la plaza de Tarragona y después de Monserrat, fué dueño del Llobregat y pudo establecer sólidamente sus comunicaciones.

»Condiciones semejantes á las que presenta la línea del Llobregat hacia las vertientes occidentales de la cuenca, ofrece, respecto á las orientales, esto es, contra un enemigo procedente del interior de la Península. Ejemplo de ello tenemos en la campaña de 1711, en que el general Staremberg, apoyado en las plazas de Tarragona y Cardona en sus alas, y por su centro en Monserrat, contuvo al insigne Vendome que dirigía los ejércitos de Felipe V en las orillas del río Prats del Rey, cuyo tránsito fué objeto de una lucha constante de tres meses. Vendome hizo sitiar á Cardona, «y él, que según el caballero de Bellerive, ayudante suyo y testigo narrador de aquella campaña, no había atacado plaza que no tomara ni dado batalla ó combate en que no venciera, tuvo que sufrir el que se levantara aquel asedio, abandonando una empresa de tanta importancia que hubiera decidido de la suerte de Cataluña y obligado á Staremberg á acogerse á la plaza de Barcelona.» Aquel descalabro que le costó mucha gente y la necesidad de acudir á Cardona para librar á los sitiadores del aprieto en que los tenían los somatenes, le decidió á levantar el campo en diciembre perdidas las esperanzas de forzar una línea que defendían localidades tan formidables.

»Hemos dicho que en el puente de Molins del Rey se separan los dos caminos principales del litoral y del interior; el primero para Tarragona y Tortosa, y el segundo para Cervera y Lérida. Aquel gana las cumbres de los últimos raudales que terminando inmediatamente en el Mediterráneo, limitan las vertientes al Llobregat en el Coll de Ordall, y el de Lérida sube pasado Martorell por una de las ramificaciones meridionales de Monserrat hasta el alto del Bruch, donde se separa la carretera de Manresa, y desde allí desciende á Igualada (14,000 habitantes) para ganar en Hostalet, poco antes de Cervera, la divisoria entre el Llobregat y el Segre. Para ir á Tarragona había antes, y aun existe, un camino que desde Martorell remontaba el Noya hasta San Sadurní, para unirse, después de recorrer escabrosos desfiladeros, al otro que pasa por el Ordal y desde Villafranca seguir juntos á Vendrell, Altollala y Tarragona.

»Los caminos de Manresa á los principales puntos de la montaña, como Cardona, Solsona, Berga y los del Segre, son difícilísimos é intransitables con artillería, escepto el primero, habiéndose conducido por Cervera y con improbo trabajo, la que existe en las fortalezas y la que ha servido para los sitios que han sufrido las mismas. Las orillas del Cardener que corre lamiendo las faldas del empinado monte en que se asienta el castillo de Cardona y las de los próximos donde se produce la sal gema que tanto renombre dá á aquella población, son estrechamente ásperas, así que generalmente se prefería el tránsito desde Cervera antes de la construcción del nuevo camino. Desde Cardona hay dos caminos á Solsona, y se debe seguir el llamado del Milagro para evitar el desfiladero de Clariana.

»Las comunicaciones de ambos puntos y de Berga con la Seo de Urgel y Puigcerdá son muy conocidas, pero no por eso dejan de ser difícilísimas, pues los estribos que separan los dos cuencas, aun cuando por allí tanguen el nombre de Bajos Pirineos, sumamente escarpados, y los que los mas notables son, el Coll de Morués (de los Piteus) y el de Jou, muy difíciles por la clase del camino y naturaleza del terreno en que se hallan, así como por la circunstancia de tenerse que observar los otros varios que hay á sus flancos ó en puntos mas elevados de la misma sierra.

»Existen caminos de Manresa y Berga á Vich y Ripoll, comunicando con la cuenca del Llobregat la del Ter; pero aun cuando desde hace poco son carreteros, son sin embargo de tránsito muy penoso por el terreno que cruzan.

»La sierra de Prades, extremo meridional del estribo que arrancando del Pirineo con el nombre de sierra de Cadi, va separando las aguas del Segre de las del Llobregat, se espasce, según ya hemos dicho, en varias ramificaciones. Una de ellas se dirige al E. formando las vertientes al Noya y al Llobregat, hasta la desembocadura de este último, y es la que cruzan los dos caminos de Tarragona que se unen en Villafranca, siendo el Coll de Ordal el punto mas interesante en el tránsito delmas próximo á la costa. Otra ramificación va al S. y termina ya en el Ebro junto á Tortosa, pero subdividiéndose en su curso en varios ramales que descienden al mar, de los que el mas occidental, que está cruzado por la carretera de Valencia en el Coll de Balaguer, forma el extremo setentrional del golfo de San Jorge.»

Aun continuaríamos transcribiendo, arrastrados por el interés que encontramos en todos los párrafos y el deseo de dar á conocer la obra por la obra misma; pero si pocos nos hemos propuesto ser en los elogios, breves tenemos que ser también en los ya estensos límites de este artículo. Añadiremos, sin embargo, para mejor apreciar el conjunto, las siguientes palabras en que el autor compendia el orden que ha seguido en su trabajo.

«Así que he dado principio por una descripción general de la Península, y un resumen histórico de su división territorial y de las invasiones de que ha sido objeto desde los primeros tiempos, designando su marcha irregular ó metódica, militarmente consideradas, para señalar con fundamento las líneas generales mas importantes de cubrir en la defensa del país. Dividido este en grandes regiones hidrográficas, he ido examinando después, en todos sus detalles, cada una de las que separadamente las constituyen; deduciendo de sus condiciones físicas, estado defensivo y recursos que puedan proporcionar, las propiedades militares consiguientes á ellas, corroboradas con la historia razonada de las campañas mas instructivas de que hayan sido teatro. Finalmente, termino mi trabajo con un análisis de nuestro estado militar y de las necesidades que está llamado á atender.»

Creemos haber dicho lo bastante para reseñar la geografía histórico-militar del coronel Arceche. Si su originalidad forma la base de su mérito, su objeto es sobrado fundamento para considerarla de reconocida importancia. Será útil, sin duda, á los militares de todas las clases, porque los menos instruidos encontrarán en ella una agradable enseñanza, y los mas ilustrados un resumen filosófico de cuanto puede recordarles las

condiciones físicas de nuestro suelo en su íntimo enlace con los principios fundamentales del arte, de cuya aplicación dá diferentes ejemplos la probada erudición del autor. Esperamos por ello con confianza que en nuestros establecimientos de instrucción, será acogida como necesaria para la educación profesional, porque á pesar del concepto elevado con que indispensablemente se tratan cuestiones que abrazan lo que hay de mas sublime en la ciencia de la guerra, encierra en pocas páginas un conocimiento exacto de la geografía militar del país, no enseñada especialmente hasta ahora, é inducen á la juventud á mirar sobre este punto de vista los accidentes del terreno, buscando en él la razón de los acontecimientos que se le citan, y aprendiendo por ellos á estimar su valor en los combates y su importancia bajo los diferentes aspectos en que lo tendrán que considerar en su difícil y penosa carrera (a). Lo mismo sucederá al oficial subalterno que no haya tenido lugar de recoger por sí mismo la multitud de datos que esta obra le ofrece, ya de suyo muy difíciles de recopilar, y á las altas clases de la milicia, estamos seguros, ayudará eficazmente, como hemos dicho, cuando sean llamadas á resolver las graves cuestiones que competen al mando superior, y tienen siempre por consecuencia precisa la mas importante de todas las consecuencias, la defensa nacional.

Punto es este sobre el cual pudiéramos estendernos, ya que en él no se fija comunmente la atención, y tan poco se estime por los extraños á la profesión. La indiferencia tan trascendental con que se suele mirar entre nosotros la apertura de una vía de comunicación opuesta á las razones estratégicas, los que se apresuran á pedir la demolición de una fortaleza que no ha de levantarse jamás ó los que repugnan emplear en el material de guerra sumas de alguna consideración, bien merecerían que les recomendásemos la lectura de esta obra, que sencilla pero elocuentemente les conduciría paso á paso al conocimiento de sus errores.

Pero no nos separemos de nuestro libro. El lector á quien haya interesado, siquiera por su propósito, y nos haya seguido hasta aquí, habrá encontrado al menos que nuestro objeto no ha sido otro que hacer un examen sintético de esta producción. Mucho mas difusos hubiéramos tenido que ser entrando ordenadamente en el análisis de cada uno de sus detalles. Acerca de estos, solo recordaremos las dificultades con que el autor habrá tenido que luchar para la composición de su obra. Sin huellas que seguir, sin datos ordenados que consultar, en un país donde no se ha fijado todavía definitivamente el sistema orográfico, que constituye su singular estructura, donde ni los laudables esfuerzos de Lopez, Bauza, Tofiño y otros españoles, ni los mejores antecedentes de que luego pudieron disponer Capitaine, Dufour, Donnet, Stokdale, Faden y otros extranjeros, han conseguido darnos una representación gráfica regularmente aproximada de la Península, penoso si no casi imposible debe haber sido el hacer una descripción rigurosamente exacta de los lugares, á no haberlos reconocido todos como Polibio.

Mucho debe haber ayudado para desempeñar en esta parte tan árdua tarea, la consulta de los numerosos datos que tiene reunidos con afán prolijo el coronel D. Francisco Coello, autor del mapa de España y sus posesiones de ultramar, que por desgracia se halla todavía en publicación. Por lo demás, creemos que nadie dudará de la competencia del coronel Arceche para tratar esta clase de materias. Para los que le conocen, nada tenemos que decir; para los que ignoran sus antecedentes, añadiremos lo que saben los demás, sin que nuestro propio afecto añada lo que bien quisiera acerca de sus apreciabilísimas dotes.

Considerado como oficial de artillería, distinguido como jefe que llegó á ser en el cuerpo de E. M. del ejército, y muy estimado como oficial del ministerio de la Guerra, su reputación y la nobleza de su carácter hacen inútiles las alabanzas personales, que por otra parte ha llegado á desvirtuar la mas absurda prodigalidad. Le felicitamos, sí, públicamente por el resultado que ha obtenido de sus trabajos, y le agradecemos el que habiendo aprovechado con tanta utilidad los ratos que ha podido dedicar al estudio, ya empleado, ya en el descanso que le proporcione su actual situación, no nos haya privado de su óptimo fruto, haciendo este sacrificio á la amistad y al ejército tan señalado servicio.

ALEJANDRO PLANELL.

CAUSAS DE LA ESPULSION DE LOS MORISCOS,

POR D. FLORENCIO JANER.

I.

Lastimoso era el estado que presentaba la Europa en la segunda mitad del siglo XVI. Los horrores de la guerra, hemos dicho en otra parte (1), cubrían de desgraciados, tristes y sangrientos sucesos el suelo de casi todas sus naciones. España y Portugal, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Suecia, Dinamarca y otros países pagaban largo tributo á aquel monstruo feroz que se alimenta de carne humana. Batallaban hacia medio siglo las casas de Austria y de Francia para conquistar la preeminencia en Europa, y con su reñida competencia envolvían en desastrosa lid á las demás naciones del continente. La política de los reyes, no menos que sus miras particulares de engrandecimiento y poderío, eran motivos suficientes á falta de cualquier otro, para llevar el espanto y esterminio á las regiones ricas y florecientes, sembrar la discordia en su seno y desgajarlas en partes mas ó menos grandes para unir las al sólo del competidor mas afamado ó mas atrevido. No faltaban tampoco malhadadas causas de luchas intestinas, y aun de guerras generales, promovidas por magnates, ya vengativos, ya ambiciosos; en fin, por hombres, y como tales, sujetos á toda clase de pasiones (2).

Entre las últimas, entre las luchas intestinas, la de los moriscos de Granada había sido de fatales consecuencias para nuestra patria. La juventud, las armas y el dinero de España salían á torrentes para mantener arbolados en lejanos países los pendones castellanos; pero entretanto cundía en lo interior la miseria, menguaba la libertad del pensamiento, y se obstruía el camino que debía conducir á la fusión de las dos razas moradoras del suelo de la antigua Iberia. Desde la rebelión de los moriscos granadinos y la reducción de las Alpujarras, era aun mas imposible toda avenencia entre los sectarios del Islam y los fieles adoradores de Jesucristo.

Los moros que emigraban de Granada durante la guerra de los tres años (3); los que eran expulsados de diversos pueblos, en donde entraba victorioso el magnánimo D. Juan de Austria, amparábanse fugitivos y se ocultaban en los reinos de Aragón, de Valencia y Cataluña, causando no poco desasosiego entre sus hermanos. Repitiéronse en aquellos reinos los robos de moriscos salteadores, que podían darse la mano con los sublevados de Murcia, y los graves escándalos de destrozar y enlodar

(a) Tenemos motivos para presumir que esta obra será declarada de texto para la escuela especial del cuerpo de E. M. del ejército.

- (1) Escritos históricos del autor.
- (2) Historia del combate naval de Lepanto, por D. Florencio Janer.
- (3) 1569 á 1571.

las imágenes santas, derrumbar por despeñaderos las cruces de piedra de veredas, caminos y cementerios, martirizando sin piedad á los eclesiásticos que caían en sus manos, al propio tiempo que internaban en despoblado, robaban y asesinaban á todo viandante.

En valde se congregaba de nuevo la junta de Valencia en el año mismo del levantamiento (1); en valde recorrían los caminos partidas de cuadrilleros para asegurar el tránsito y retraer á los moriscos de sus criminales intentos: el desaliento y la confusión reinaban entre los españoles, que no veían en los cristianos nuevos vecinos pacíficos y correligionarios de buena fé, sino desalmados enemigos y desvergonzados apóstatas.

Menester era, pues, que el negocio de su predicación y reforma escitase todo el celo apostólico de que necesitaba, para encaminarlo al logro apetecido con esquisito tacto, sin ofender á una raza altanera, pronta á empuñar las armas y entusiasmada con la rebelión abierta de las Alpujarras. D. Juan de Ribera, que conocía el peligro de medidas violentas, no tardaba en renovar los esfuerzos de la predicación, tan pronto como ocupaba el arzobispado de Valencia en 1569, y publicando unas instrucciones para los curas de las poblaciones moriscas y para los predicadores que debían visitarlas, mandaba que explicasen el catecismo todos los domingos á sus feligreses los cristianos nuevos, y consignaba mas adelante (2) una pensión perpétua sobre el arzobispado, en favor de los segundos, de dos mil doscientos cuarenta y ocho ducados anuales. En Cataluña y en Aragón se predicaba é instruía igualmente á los moriscos, no descansando el clero en tan sagrada tarea, y dando pruebas de verdadero celo apostólico, entre otros eclesiásticos, el obispo de Sidonia y el P. Vargas, varones de esclarecidas virtudes. El gobierno de Felipe II, en fin, velaba también desde la corte, reprimiendo los desmanes de los salteadores, publicando pragmáticas que, al par que castigaban los excesos, debían facilitar la unión y trato de ambas razas, y recomendando á las autoridades la cordura para con los nuevos conversos. Atemorizado el gobierno con la insurrección de las Alpujarras, pugnaba, aunque tarde, para ganar el afecto de los moriscos en el resto de España.

Mas nada se adelantaba; porque fiados los conversos en la facilidad de salvarse en bajeles turcos y berberiscos que cruzaban las aguas de Valencia, atraían con el cebo del conocimiento práctico del país á los piratas, á quienes ayudaban en sus correrías, y con quienes eludían la persecución de soldados y alguaciles, internándose en alta mar para desembarcar de nuevo al día siguiente. Llegó, por último, á hacerse precisa la publicación de un bando, en que, amenazando con galeras perpétuas, se prohibía á los moriscos acercarse á las costas, ni aun para cultivar las tierras, á no ser que obtuviesen especial permiso (3), pudiendo castigarse la contravención hasta con pena de muerte, siendo mayores de diez y ocho años los delincuentes. Al propio tiempo se ordenaba á los señores de vasallos se opusieran á la emigración de los nuevos cristianos, so pena de una multa de tres mil florines de oro (4).

Ni se lograba tampoco así contener el trato de los moriscos valencianos y catalanes con los bajeles de Africa y con las escuadras del turco, ni mucho menos se corregían los del reino de Aragón, siendo tan contrarios á la paz y á los deseos de nuestros reyes los propósitos de los *tornadizos* que en él moraban, que extendieron la red de una conspiración funesta por muchas poblaciones, creando título de rey y señalando día para un alzamiento. Pero la conspiración era descubierta en 1551 en Zaragoza, y su caudillo Jaime Izquierdo, que tomara título de soberano, fué ajusticiado, junto con su lugarteniente Francisco Rascon y otros moriscos principales (5). Un renegado que había venido de Africa, llamado Faraut, dirigía el complot y le alentaba con promesas de auxilios tunecinos y africanos. Semejante ocasión podía dar motivo á disponer la expulsión general de los moriscos, que aconsejaban muchos españoles; mas servía solo para acrecentar el antagonismo de las razas. Los oficiales de justicia perseguían á los apóstatas con mas ahínco, y hasta en los autos de fé aparecían de vez en cuando cristianos nuevos convictos de herejía (6). Sin embargo, lamentables eran los resultados de tales castigos, pues, según escribe un historiador de la expulsión, «siempre que en España se hacía justicia de algunos de estos demonios por negocios de la fé, daban los moriscos aviso á los de Berbería para que se hiciese otro tanto de los cristianos cautivos (7).»

Continúa é interminable era la serie de alborotos, de excesos y de venganzas que promovían entre sí cristianos nuevos y viejos, sin otro fruto que enardecer los ánimos, derramar sangre inocente y exasperar á los gobernantes. Los moriscos de Valencia habían entregado sus armas en 1563; pero á los de Aragón no pudieron arrancárselas hasta el año de 1593, como ya hemos dicho, en que se efectuó sin dificultad alguna (8). No hay lengua que pueda encarecer, dice un escritor coetáneo, los daños y las muertes que en este largo intervalo hicieron en los católicos aragoneses esta abominable gente, en odio y detestación de nuestra religión, por caminos y lugares encubiertos, poniendo diversas veces en condición al reino para perderse (9). Todo eran riñas, robos, muertes, desacatos al Santísimo Sacramento. Los cristianos de unas villas acometían á los moriscos de otras, trabando encarnizadas peleas en medio de los campos, degollando los vencedores á los vencidos sin la menor conmiseración, y saqueando después sus moradas. Nacían de aquí sangrientos y terribles odios; levantábanse bandos y persecuciones (10); no había vida cierta ni camino seguro (11), y si á tales inquietudes se agregan las conmociones populares de Aragón con motivo de la prisión de Antonio Pérez, y las intrigas de Francia, muy triste sería la pintura que podría hacerse del estado social de los aragoneses en aquella época. Las quejas de algunas personas ilustradas elevadas á los primeros ministros del reino pedían remedio contra estos males; pero en la corte, ora fuese que no los sufrieran personalmente, ora que no hallasen medio de aminorarlos, contentábanse con promover juntas de teólogos y con escitar de nuevo el celo de los prelados y la vigilancia y energía de los vireyes.

El carácter austero y la severidad de Felipe II redundaban en favor de los moriscos, porque no daba oídos á las instigaciones de algunos personajes que señalaban la expulsión ge-

(1) Asistieron á ella, entre varios teólogos, el conde de Benavente y el arzobispo D. Fernando de Loazes.

(2) En 1576.

(3) Pragmática del año 1582.

(4) Pragmática del año 1586.

(5) Véase las Ilustraciones.

(6) Véase la COLECCION DIPLOMATICA.

(7) Memorable expulsión y justísimo destierro de los moriscos de España, por Fr. Márcos de Guadalajara.

(8) Véase la Ilustración correspondiente. — Ya se les quisieron quitar las armas en 1559; pero los señores y los moriscos sus vasallos apelaron del edicto de la Inquisición al Consejo Supremo, y alcanzaron próroga hasta el año 1593.

(9) Memorable expulsión, por Fr. Márcos de Guadalajara.

(10) Memorable expulsión, por Fr. Márcos de Guadalajara.

(11) Los libros que hablan de la expulsión de los moriscos dan en varias noticias sobre algunos de estos bandos.

neral como único remedio eficaz para los males que ofrecía al país aquella desventurada raza (1). Acababa el monarca de tocar los tristes resultados de una emigración por las funestas consecuencias de la despoblación del reino granadino, y prefería continuar por la senda de la conciliación, procurando de nuevo la enseñanza de los conversos. Una junta reunida en Madrid y otra en Valencia (2) dictaban medidas prudentes que se encaminaban á obtener la fusión entre ambos pueblos. Dispúsose, con muy caritativas intenciones, que se diese sepultura eclesiástica á los moriscos ó cristianos nuevos; pero tanto se entristecieron los cristianos viejos y tanto se escandalizaron los nuevos, que fué preciso desistir de ello. Interpretábase siniestramente todas las medidas que se ponían en planta; ninguna era obedecida, y resultaban de aquí nuevos y cotidianos conflictos. Lo que el código de las Partidas sentaba como ley en medio de la barbarie del siglo XIII, vendando á los obispos el predicar á los moriscos las cosas sagradas de la religión (3), lo vemos con sorpresa seguido y recomendado en el siglo XVI, primero por el obispo de Calahorra (4), y después por el arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquia D. Juan Ribera (5). «No visteis las mujeres moriscas, decía este en las instrucciones dadas á los predicadores, porque son celosos sus maridos; no les habéis en contra de Mahoma, porque solo lograréis irritarles y alejarles de vosotros; no les espliqueis, en fin, los misterios ni los dogmas de nuestra fé, porque son ignorantes y no pueden comprenderlos, ni se debe entrar en disputas con ellos.»

¿Cuáles eran, pues, las armas evangélicas; es decir, la edificación, la caridad, la clemencia, la humildad y la persuasión que se recomendaban á los predicadores? La tierna solitud y amor del arzobispo Talavera no brillaron de nuevo para los moriscos en la cátedra santa: la hidalguía, la virtud y la discreción del conde de Tendilla no volvieron tampoco á ser dotes de los gobernantes españoles respecto de aquella misera grey. Y si bien eran muchos los que predicaban el cambio de religión á los moriscos, se asemejaron muy pocos á los Talaveras y Guevaras, animando sus sermones mas bien el rigorismo amenazador que la tolerancia, la piedad y la mansedumbre. Hasta el P. Vargas, ilustrado reformador de los nuevos conversos, arrebatado con indignación profética en un sermón que predicaba en Riela el día 14 de abril de 1578, mientras nacía Felipe III en el alcázar de Madrid, exclamaba desde el púlpito: «Pues que os negais absolutamente á venir á Cristo, sabed que hoy ha nacido en España el que ha de arrojarnos del reino (6).»

Como medio eficaz para lograr la instrucción de los moriscos, imponía D. Juan de Ribera multas á los ignorantes, mientras D. Feliciano de Figueroa repartía premios entre los virtuosos y aplicados. Pero cansado aquel de no obtener otros frutos, llegaba á ordenar á los sacerdotes que no diesen la absolución á los moriscos á no confesarse del crimen de apostasia (7), y escribía al rey que era ya imposible obtener mejores resultados de la raza morisca. Jaime Bleda, celoso dominico, llegó á sentar en sus escritos, no solo que era pecado exponerles al Santísimo Sacramento, sino permitirles asistir á la celebración del sacrificio de la misa (8), siguiéndole en esta opinión otros escritores de aquellos tiempos (9).

En tal estado de postración y desengaño por parte de los predicadores; embotadas ya sus armas contra la ignorancia ó la malicia de los nuevos conversos, debía hacerse el ministerio de la enseñanza cada día mas pesado para los que entendían en tan meritoria obra, y mas insoportable para los neófitos, que no prestaban atento oído á las amonestaciones de aquellos. Llegaron á ser forzosas las amenazas, conminando á los moriscos valencianos con internarlos en el reino (10); pero nada se lograba, porque el ganado cerriil de los nuevos conversos no se manejaba con esmero de pastor, sino con la punta de las picas de los castellanos (11). Acudióse, por último, para recabar de los moriscos claramente su fé ó su apostasia, á la publicación de edictos de gracia, en que se les decía: «Vosotros no creéis en nuestra religión, sois infieles, y estando bautizados, la Inquisición y el brazo secular pueden castigaros como apóstatas; pero confesad en el tribunal de la penitencia vuestra apostasia, enmendaos y seréis perdonados.» Mas los nuevos conversos esquivaban, no sin malicia, el lazo, confesando su infidelidad á la religión que les había sido impuesta forzosamente, y era ilusión el perdón que los pontífices ofrecían á instancias de nuestros inquisidores y de nuestros monarcas. (12)

Moria al fin Felipe II sin ver aquietados los ánimos ni mejorada la condición de sus vasallos moriscos; y su hijo Felipe III, en el mismo año en que se celebraron las bodas reales en Valencia con doña Margarita de Austria, hija del archiduque Carlos y de Maria de Baviera, exhortaba á los obispos á que con solicitud y desvelo entendiesen en desengañar y reformar á los cristianos nuevos, mandando publicar otro edicto de gracia, (13) en que se concedía perdón general á todos los moriscos que abrazasen la fé católica, abjurasen los errores de Mahoma y pidiesen absolución de sus pecados. El patriarca arzobispo de Valencia, el obispo de Tortosa, D. Pedro Manrique, y D. Feliciano de Figueroa, obispo de Segorbe, reanimaban el espíritu de los rectores de las poblaciones moriscas, y enviaban predicadores á recorrerlas. Nada empero se adelantaba, (14) y aunque, reunidas nuevas juntas de teólogos en

Valencia, trataban diversos puntos relativos á la reforma, encaminándose á dilucidar: 1.º, si los moriscos eran notoriamente herejes apóstatas; 3.º, si, vista la obstinación de todos en su falsa y abominable secta, sería mejor no obligarles á oír misa ni á recibir los santos sacramentos, para evitar sacrilegios; 4.º, si convendría expulsar de los pueblos sus maestros ó alfaques; y 5.º, finalmente, si podría permitirse que expusieran las dudas que pudiesen tener sobre los dogmas de nuestra fé; solo se acordaba elevar los pareceres diversos á S. M., para que determinase lo mas conveniente, pidiendo á Su Santidad la concesión de un nuevo edicto de gracia, señalando otro término á los conversos para que se enmendaran, arrepiñieran y adoctrinaran en la religión cristiana.

Inútiles, pues, habían sido hasta allí cuantos ensayos de reformas se practicaron en Aragón y en Valencia. «Los moros, que á todo estaban atentos, dice un escritor coetáneo (1), comenzaron á recelarse y andar ansiosos por saber el fin de tantas juntas, y siempre sospecharon que en ellas se trataba de sus cabellos. Para acabarse de certificar, metíanse disimuladamente por los corrillos, y como lo que sacaban eran novelas de vulgo, andaban varios en darles crédito: mas al fin, confirmando en sus sospechas, empezaron á darse avisos y á tratar entre sí de cómo podrían salir de una de tantas apreturas y cuidados, concretándose de prevenir al tiempo y ganar de mano; y para esto enviaron á pedir favor de armadas á los enemigos de la religión católica y de España, como se les probó y fueron convencidos; y á la manera que un río con represa, quitado el impedimento, sale con furia y arrebatado cuanto se le pone delante, así los moriscos, llevados de la furia infernal, creyendo ya de veras que las juntas de los obispos eran para martirizarlos con sermones y atormentarlos con la misa y confesión, hicieron cuadrillas, y acudiendo á los caminos, mataron cuantos toparon, cubriéndose la tierra de muchos llantos y temores.»

(Se continuará.)

FLORENCIO JANER.

POESÍAS DE D. MANUEL CAÑETE,

de la Real Academia española (a).

Empieza este volumen de poesías con una dedicatoria en prosa al señor marqués del Saltillo, de quien, segun en ella se dice, recibió el autor «hace tres años un favor, sin tener que pasar por el sonrojo de solicitarlo;» y concluye con una epístola en tercetos al señor marqués de Molins, ministro que fué en varias ocasiones, pero que hoy dista mucho de serlo. El autor, por lo visto, no es de los que olvidan antiguos favores ni de los que vuelven la espalda á los caídos, lo cual prueba, cuando menos, que en su pecho late un corazón honrado y que tiene un alma noble. No diré yo que esto baste para hacer un poeta, pero creo que sin esto nadie podrá serlo, en la buena acepción de esta palabra. La pureza del alma es la verdadera luz que ilumina las obras de la inteligencia. De una fuente corrompida no pueden brotar aguas limpias, así como de un corazón dañado no pueden exalarse buenos sentimientos; y desde Quintiliano acá se está repitiendo que de nada sirven en literatura las bellas formas sino son la natural vestidura de los bellos sentimientos. El poeta á quien no se pueda llamar, como al orador, *vir bonus dicendi peritus*, siempre será un mal poeta, por mas que haga magníficos versos.

Hasta aquí, el juicio que me propongo hacer de los de mi amigo querido y antiguo compañero en el ejercicio de la crítica literaria D. Manuel Cañete, es para mí sumamente fácil y no necesito apoyarlo con pruebas. Que sus versos respiran los mas honrados sentimientos, las ideas mas generosas, cosa es que salta á la vista; basta para convencerse de ello abrir su libro por cualquier parte. Su amor al bien, su aversión al mal se elevan en él hasta la exaltación, hasta el entusiasmo, y son, puede decirse así, las verdaderas musas que inspiran sus cantos. Naturaleza eminentemente apasionada, todas sus sensaciones, las impresiones todas que recibe del mundo exterior, llevan en su expresión el sello de una vehemencia característica. Lo mismo cuando escribe en prosa que cuando escribe en verso, tal es el distintivo esencial de todas las producciones del Sr. Cañete. Distintivo en verdad; por cuanto uno de los caracteres hoy mas marcados de la literatura moderna en nuestro país y creo que en todos, es la poca profundidad de las convicciones, la relajación del sentimiento moral, la indiferencia; en una palabra, el escepticismo. No lo digo en son de anatema contra el siglo, ni vengo con este motivo á añadir un capítulo á las lamentaciones vulgares de tantos Jeremías como pululan hoy por el mundo, de la propia manera y con las propias declamaciones con que han pululado siempre: nada menos que eso. La literatura moderna es lo que debe ser, lo que no puede menos de ser, dado el giro que han tomado en el mundo las ideas, de cincuenta años á esta parte, dados los grandes y nuevos espectáculos que en este período de tiempo nos ha ofrecido Europa. Hay más:—dadas todas estas cosas, sorprende y aun maravilla que haya todavía escritores animados de convicciones firmes y capaces de entusiasmo: almas muy privilegiadas, muy hermosas, no me atrevo á decir muy candidas, deben tener los que hoy se entusiasman por algo. Limitándonos al círculo comparativamente reducido de nuestra propia nación y de los tiempos inmediatos al nuestro, se comprende el entusiasmo patriótico de los poetas del 2 de mayo; el entusiasmo político de los patriotas del año 12; el entusiasmo literario de los reformadores románticos del año 30: hoy sería, me parece, mucho menos explicable ese hermoso sentimiento, aplicado á los mismos ó á otros órdenes de ideas cualesquiera, no solo á causa de los desengaños recibidos, sino por efecto de la superioridad con que se ha demostrado que todas esas cosas fueron buenas y fueron malas, fueron convenientes y fueron nocivas, nos dieron honra y no nos la dieron, etc., etc. Ciertamente, en esta extraña subversión de todas las nociones hasta ahora admitidas de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, de lo bello y de lo feo, en esta carencia lamentable de un criterio común de verdad, el criterio particular de cada uno puede formarse una opinión fija sobre todas las grandes cuestiones que traen divididas las inteligencias; pero que esa opinión se adopte con fé robusta y se defienda con entusiasmo es cosa que, lo repito, me parece hoy muy meritoria, muy escepcional y por lo mismo, muy difícil de comprender. Para que lo sea todavía mas, nunca la desconfianza pública ha sido mayor ni ha estado tampoco mas justificada que hoy, justo es decirlo, con respecto á las convicciones exaltadas. En la imposibilidad de distinguir las verdaderas de las falsas, y escarmentada por tantos crueles chascos como se ha llevado en este punto, la opi-

nion pública ha dado en la flor de no creer en ninguna, y lo que es peor, en atribuir una intención oculta, generalmente dañada, á la manifestación de todas:—otro motivo poderoso que contribuye hoy naturalmente á comprimir toda expansión, todo entusiasmo. Basta que un hombre exprese hoy con mas calor de lo acostumbrado, porque su temperamento ó una convicción muy arraigada le impelan á ello, sentimientos monárquicos, verbí gracia, para que en todo se crea, menos en la sinceridad de su monarquismo: gracias sino se le tilda de disfrazado demagogo. Para no arredrarse ante la perspectiva de tan injustos, aunque disculpables juicios, se necesita estar dotado de un carácter muy entero y tener un temple de alma muy vigoroso, dotes raras en todos países y tiempos. Que en todos ha habido mucho de lo malo y triste que aquí lamento, ¿quién puede dudarlo? Juvenal y Horacio nos dan testimonio de lo poco que valían algunos hombres en la antigua Roma: el Dante nos da una idea horrible de los italianos del siglo XIII; y lo que Quevedo y Jovellanos y otros muchos antes que ellos clamaban contra los españoles de todas épocas, nos prueban que no debían valer mucho mas que nosotros. Y sin embargo, todavía se me figura que habia de haber una diferencia esencial entre aquellos tiempos y los presentes, diferencia que consiste en la mayor impresión que produciría entonces en los ánimos el espectáculo de las degradaciones morales y de todo linaje de corrupción. Mayor debia ser también entonces que ahora la esperanza de obtener con la censura de lo malo su enmienda ó su castigo; y hé aquí porqué juzgo hoy mas meritorio que nunca el solo empeño de intentarlo, por cuanto mas valor se necesita para acometer una empresa cuanto mas árdua es esta y mas estériles pueden considerarse los esfuerzos que á ella se consagran. Es un hecho patente cuanto doloroso, que hoy el espectáculo de la degradación moral causa poca indignación y apenas excita sorpresa: acciones reputadas en todo tiempo las mas criminales y las mas viles, hoy quedan impunes, cuando no obtienen magnífica recompensa. Se dirá que esto mismo se ha visto en otras épocas y que la historia está llena de conculcadores de todas las leyes divinas y humanas, á quienes la fortuna próspera los ha empujado á la cumbre de las grandezas en esta vida, lo cual es una gran verdad; pero con la diferencia de que si en lo antiguo se aceptaban como un hecho triste tales perversiones de la ley natural, que tiene por dogma el castigo del mal y el premio del bien, ni se aplaudían tan generalmente como ahora, ni aun se miraban con indiferencia. La reprobación de los mas era su inmediato castigo. Hoy esa reprobación existe también, pero se me figura que ya no es la de los mas, sino la de los menos, en el círculo de los que bullen y figuran: por eso es tan estéril en sus efectos. El que se decide á manifestarla pierde lastimosamente su tiempo: á los que simpatizan con sus ideas, nada les va á enseñar, y solo podrá á lo sumo proporcionarles un placer literario, si las expresa en bello lenguaje;—los que deberían aprovecharse de sus lecciones, le dirán con desdoro (si es que se toman el trabajo de leerle, lo cual es muy dudoso): «¿Qué vienes aquí á predicar, infeliz, si mejor que tú sabemos nosotros lo que conviene para medrar y lucir?... Tu elocuente indignación y la de unos cuantos hombres tan atrasados como tú se nos importa poco: la mayoría nos aplaude ó se calla, y ya sabes que el que calla otorga. Déjanos, pues, disfrutar en paz lo que hemos adquirido por medios que si algun día pudieran ser malos, hoy deben ser buenos supuesto que ni la ley los castiga, ni la opinión los vituperá.» Parece que está lógica inexorable sería capaz de enfriar el entusiasmo en el pecho de un Tirteo.

Hay hombres, sin embargo, en quienes no lo enfria, y el Sr. Cañete es uno de ellos. Yo no sé si él espera algún resultado moral de sus versos, pero la verdad es que los dispara á quemarropa como balas rasas sobre la falange rubicunda y ahita de sus adversarios políticos. Políticas son, en efecto, las mas importantes composiciones suyas que tengo á la vista: la sátira política me parece el género en que mas brilla el poeta y á que mas decididamente le llama la indole fogosa de su inspiración. Como buen tirador, apunta á sus enemigos al estómago: á la cuenta calcula que es su único órgano sensible, ó que con el ejercicio ha adquirido en ellos tal desarrollo, que no les queda otro, como sucedía á aquel andaluz que de puro valiente, era todo corazón. Estimulando á un amigo á que no desmaye en su lucha contra los malos instintos victoriosos de la época presente, prorrope en esta peroración magífica (página 242).

¡Ojalá muchos
al vano aplauso, honrosas amarguras;
y á la rabia de medro antepusiesen
el bien de la nación! Cuando resulta
mas ventaja real de hacer la corte
que de cumplir con el deber, ¿quién duda
del fin aciago á que camina el pueblo
donde tan grave mal se perpetúa?
Ponedle díque los que habéis por dicha
fé y experiencia; y si procaz insulta
la fracasada adulación cobarde
tan noble empeño, despreciad su furia:
harto al desprecio condenarse debe
á quien sin patria y sin honor procura,
hablando de moral y de justicia,
hollarlas ambas y saciar su gula.

La censura muy enérgica pero muy justa de lo que el poeta llama con razon *la nunca vista moral* que hoy impera, llena las mas elocuentes páginas del libro de poesías recién publicado por el Sr. Cañete. Léanlas los que todavía conservan viva la afección á lo que antiguamente se llamaba el lenguaje de los dioses: yo creo que encontrarán en los versos del señor Cañete (aun prescindiendo del placer ó del disgusto que puedan causarles las ideas políticas que valerosamente defiende en ellos) dotes de dicción y galas poéticas, bastantes para dar por bien empleada su lectura. Decía yo antes que mi tarea de crítico era fácil mientras me limitaba á consignar cuál es el carácter general de las composiciones del autor, y á hacer en cierta manera el análisis de su individualidad moral; descender ahora al examen literario de esas composiciones, es ya empresa mas árdua, para mí mas aun que para otros. Se trata de un amigo muy íntimo, lo cual es ya un motivo de dificultad; se trata, sobre todo, de un escritor excelente en el arte de juzgar las obras de los demas, y no me parece cosa de juego habérmelas con tan buen maestro. Dar *al maestro cuchillada*, como dice el refrán, me sería difícil; y aun cuando no me lo fuera, ni querría dársela ni se la daría. Preferiría callar. Por fortuna la crítica no significa esclusivamente el rebusco minucioso de los lunares; es también la apreciación razonada de las bellezas: mi pluma puede hoy hacer oficio de juez imparcial, y satisfacer á la amistad sin faltar á los deberes que aquel y esta me imponen de consuno.

Tal vez por efecto de la costumbre de analizar concienzudamente las obras ajenas, el Sr. Cañete, severísimo con las propias, lleva la corrección á un extremo nada comun entre nuestros escritores en verso, no solo de hoy, sino de dos siglos á esta parte. Con muy contadas excepciones, de las cuales Moratin es la mas insigne, la incorrección me parece uno de los rasgos comunes á nuestros versificadores desde media-

(1) COLECCION DIPLOMATICA.
(2) La Junta de Madrid inauguró sus sesiones en 17 de junio de 1557, componiéndola el cardenal D. Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, inquisidor general; D. Simon Frigola, vicecanciller de Aragón; D. Diego de Bobadilla y Cabrera, conde de Chinchón; el maestro Fray Diego de Chaves, confesor del rey; D. Francisco de Ribera, obispo de Segovia; el licenciado D. Juan de Zúñiga; D. Gerónimo Corella, caballero del hábito de Santiago, y Mateo Velazquez, secretario. La Junta de Valencia se reunió el 13 de octubre del mismo año, asistiendo el patriarca arzobispo de aquella ciudad, el inquisidor D. Pedro de Zárate, de la Real Audiencia; el doctor Vicente Vidal; el doctor Miguel Marquet, provisor del obispado de Tortosa; el maestro Fr. Justiniano Antist, religioso dominico; Fr. Francisco de Molina, de San Francisco; el maestro Fr. Gregorio Satorres, de San Agustín, y el P. Gerónimo Domenech, de la Compañía de Jesús.
(3) «... sea segunt dice el Evangelio non han de poner las piedras preciosas ante los puerocos, que quier tanto decir como enseñar las nobles poridades de la nuestra fé á los hereges.»
(4) Véase la COLECCION DIPLOMATICA.
(5) *Décadas*, por Gaspar Escolano.
(6) Este hecho singular le mencionan varios de los historiadores particulares de la expulsión.
(7) *Décadas*, etc., por Gaspar Escolano.
(8) *Iacobus Bleda, in defensor. f. d. Tractat 3, confect. 6.*
(9) *Expulsion justificada de los moriscos españoles*, por Pedro Aznar de Cardona.
(10) *Décadas*, por Gaspar Escolano.
(11) COLECCION DIPLOMATICA.
(12) Búlas del 6 de setiembre de 1567; del 7 de agosto de 1574; del 28 de febrero de 1597.
(13) COLECCION DIPLOMATICA.
(14) *Instancias para la expulsión de los moriscos*, por Juan de Ribera.
Expulsion de los moriscos de España, por Gaspar de Aguilar.
Liga deshecha por la expulsión de los moriscos, por Juan Mendez de Vasconcellos.

(1) Fr. Márcos de Guadalajara, en su *memorable expulsion*.
(a) Las poesías de D. Manuel Cañete se venden en Madrid á 16 rs. en las librerías de la *Publicidad*, Pasaje de Matheu; *Moro*, Puerta del Sol; *Cuesta*, calle de Carretas; *Bailly-Bailliere*, calle del Principe, y *Duran*, calle de la Victoria. Tanto los particulares como los libreros de España y América, que quieran hacer pedidos de esta obra, pueden dirigirse á la ya citada librería de la *Publicidad*, Pasaje de Matheu.

dos del siglo XVII. A mas de correcto, es tambien muy puro el autor en su lenguaje poético, y descuella particularmente en el mérito de adecuar la entonacion al asunto, ó sea la forma al pensamiento: asi vemos que arrebatado y fogoso en las composiciones de índole política ó en las sátiras de costumbres, es grave y apacible en las epistolares morales, sencillo y gracioso en las poesías líricas, ya de amores, ya de otros asuntos amenos. Compárese la epístola de que está sacado el trozo que cité antes, con las preciosas coplas de pié quebrado, dedicadas á la señorita de Perez Hernandez, que se leen en la pág. 151: cuesta trabajo creer á primera vista que una y otra obra han salido de la misma pluma.

Despiertan las castas flores
al soplo bañado en hielo
de la aurora;
y el ángel de los amores
desde el claro azul del cielo
perlas llora.
Leves auras las conducen
en átomos transformadas
fecundantes,
y diáfanas relucen
en las hojas salpicadas
cual brillantes.

Pero solo á primera vista esta linda composicion (en la que podriamos creer estar oyendo al poeta mas puramente bucólico de la Arcadia) parece de distinta mano que la terrible filípica titulada *Risas en las Cortes*, por ejemplo, ó que las epistolares á D. Antonio Rodriguez Ogea, y al marqués de Molins, obras maestras en su género; pronto la naturaleza vehemente del poeta despunta en las valientes figuras con que termina la composicion:

Esmalte de los pensiles
astro del verde plantío
(no lo dudes,
niña de frescos abriles),
esas gotas de rocío
son virtudes.
Ellas vuelven á las flores
que insecto vil marchitaba
con su escoria,
vida, matices y olores;
y cuando la vida acaba
luz y gloria.

Esta es una de las ocasiones en que se ve confirmada la verdad del conocido aforismo de Boileau:

«Chassez le naturel, il revient au galop.»

El soneto, una de las mas difíciles formas de nuestra métrica, es tambien una de las que el autor cultiva con particular predileccion y mayor acierto, seducido tal vez por esa misma dificultad. En literatura, las dificultades de ejecucion, cuando no son exageradas ó puerilmente discurridas, como los acrósticos y las supresiones forzadas de tal ó cual letra, solo asustan á los débiles: por lo comun son una fuente rica de inspiraciones felices; y se comprende que asi sea, pues la atencion suma á que obligan y el trabajo asiduo que imponen, son circunstancias favorables para la produccion. No diré que sean los mejores, pero si los que mas me gustan, los sonetos á D. Manuel Tamayo y Baus, con ocasion del triunfo que alcanzó su bello drama *La locura de amor*, el que consagra al insigne médico sevillano D. Manuel de Hoyos-Limon, el dedicado al Sr. Caracul, y este otro á D. José Gutierrez de Agüera y Manjon, que no titubeo en calificar de excelente:

Hoy que me hiere el bárbaro acicate
de agudo padecer, y el claro día
que en las playas goce de Andalucía
noche se torna que mi gozo abate;
hoy que mi pecho apresurado late
viendo en sombras nacer torpe falsia,
y que aumenta el rigor de mi agonía
voluble proceder en duro embate;—
mas y mas echa el corazon de menos
las dulces horas en tu hogar pasadas;
mas precia tu virtud, tu fe de amigo.
Y al verte ansiar el lauro de los buenos,
exclamo entre estas negras oleadas:
¡oh sincera amistad, yo te bendigo!

Este soneto lleva la fecha de noviembre de 1858, época en que todos los amigos del poeta le veíamos con dolor entre la vida y la muerte, sobrellevando empero con admirable entereza crueles padecimientos físicos y morales, y encontrando en medio de ellos algun consuelo en el cultivo de su amada poesía, amiga fiel que si suele volvernos la espalda en la prosperidad (á menos de que no seamos nosotros los que se la volvemos á ella), nunca nos abandona en la desgracia. Con razon pudo decir el autor en una de las notas de su libro (pág. 289): *Yo que solo hago versos cuando necesito desahogar en ellos mi alma*:—todos sus versos en afecto llevan el sello de haber sido inspirados por un sentimiento verdadero,—y de ningún modo, como tantos otros, por *ejercitar la musa*, que es la expresion consagrada. Esta flaqueza es mas comun de lo que parece: hay muchos que se creen en la obligacion de decir en verso cosas que mejor pudieran decirse en prosa, solo porque son ó porque las gentes han dado en llamarlos poetas. Juzgo que hacen mal, y que ellos y la literatura ganarian mucho si siguiesen al pié de la letra el ejemplo de Alejandro Dumas, que con ser todo un poeta, me dijo en una ocasion: «Yo no hago versos mas que para mi uso particular,» queriéndome dar á entender, no que los recataba de las miradas del público, sino que los componia únicamente cuando su corazon le obligaba á ello. La verdad es que no hay versos buenos mas que los que se hacen asi.

El mismo atractivo de la dificultad vencida aficiona sin duda al Sr. Cañete á los tercetos, género de composicion en que muy pocos le aventajan. Páreceme estar oyendo á Rioja en estos de la bellissima epístola á D. Antonio Rodriguez Ogea:

El nûmen de las selvas encantado
estos valles pacíficos preside,
de su rara belleza enamorado;
y del parage ignoto en que reside,
con sus gigantes robles y laureles
á todo agitador el paso impide.
Ya del invierno precursores fieles,
rudos vientos los árboles desnudan;
ya rebosa el panal en rubias mieles,
y al otoño benéfico saludan
con el granado fruto los castaños
y las encinas que se ser no mudan.
Y este sabio concierto de los años
no ha de enseñar al hombre, á quien seducen
de anhelo codicioso los engaños,
Que sin tiempo y sazón nada producen
los mas fecundos árboles, que mienten
los fuegos fátuos que á tus ojos lucen!
¡Ay de los tristes que en vivir consienten
amarrados al banco del deseo
cuya esterilidad nunca presienten!
¡Ay del error abominable y feo
que insulta la razon y ávido aspira
á dominar, impenitente reo!

Ingeniosas y de esquisito gusto me parecen algunas de las combinaciones métricas que ensaya el Sr. Cañete, confirmando el conocido dicho de Moratin: «aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira castellana.» Citaré entre otras las elegantes estrofas de versos de siete sílabas, combinados con un endecasílabo y un pentasílabo, que dedica al elegantísimo poeta D. Ramon Campoamor, gran ideador tambien de felices combinaciones métricas; y las otras estrofas de pié quebrado, escritas para un album (pág. 130), que no recuerdo haber visto usadas por poeta alguno y que juzgo de primoroso efecto. No quisiera multiplicar las citas, ni alargar demasiado este artículo, pero estoy seguro de que el lector verá con gusto, aunque no sea mas que por la excelencia del asunto, estas tres estrofas de la bellissima composicion dedicada al popular escritor FERNAN CABALLERO, cuyo solo nombre despierta en cuantos conocen algunas de sus obras las mas dulces simpatias:

Oculto á la sombra de altivos pinares
allá donde Betis se lanza en el mar;
con lágrimas tiernas regando sus lares,
si agena desdicha, si estraños pesares
no logra endulzar;
el ángel que cubre su sexo y su nombre
cual flor que ignorada perfuma el vergel,
el ángel que ilustra la ciencia del hombre,
y esquivo sincero brillante renombre,
mandano laurel,
del siglo soberbio que ansioso pretende
sagradas doctrinas, audaz, destruir,—
los nobles impulsos, aun vivos, defiende,
y en fuego divino su espíritu enciende,
y enseña á morir.

Basta ya. Que yo escriba con placer merecidos elogios de un amigo, que si vale mucho como poeta, vale todavia mas como hombre, no es razon para que con placer tambien lea el público estos desaliñados conceptos míos. He creído un deber de conciencia literaria llamar la atencion de los aficionados á la poesia, sobre la coleccion que de las suyas acaba de dar á luz el Sr. Cañete; pero no debo olvidar el *esto brevis* de Horacio, tanto mas cuanto no á todos agradan los juicios criticos. Resumo, pues, en dos palabras el mio sobre el libro que me he propuesto examinar, diciendo que lo creo doblemente digno de ser leído, porque hay en él mucho que aprender en materia de buen gusto, y sobre todo porque revela en su autor un alma noble y un corazon muy honrado.

EUGENIO DE OCHOA.

LA VOLUNTAD DE DIOS,

CUENTO

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

A P. y á Y.

(Conclusion.)

XII.

Llevé á la jóven á mi gabinete.
Noté en ella confianza, no sé si resultado de su inocencia, ó del buen concepto que habia formado de mí.
Pero estaba abatida, avergonzada.
Se sentó junto á la chimenea y la vi estremecerse.
—¡Oh! ¡y qué horrible compromiso! dijo: ¿qué hacer, Dios mio, en esta situacion?
—¡Qué! yo voy al momento á su casa de Vd.
—¡Y para qué, amigo mio?
—Para pedir formalmente á sus padres de Vd. su mano.
—Pero ¿qué razon daremos á mi fuga?
—El amor.
—Pero eso no es verdad.
—Supongámoslo.
—Mis padres saben que yo no veia á nadie, que no hablaba á nadie.

—¿No tiene Vd. doncella?
—Sí señor.
—Pues nos hemos salvado: nos amábamos.... por el correo y mediante la doncella.
—Pero Vd. nunca me ha escrito, ni yo he escrito á Vd.
—Va Vd. á escribirme.
Y sin dejarla volver de su sorpresa, la acerqué un velador con papel y tintero.
—Pero esto es grave, dijo la niña.
—Mas grave es la situacion en que nos encontramos: y para salir de ella, necesito una carta de Vd., una especie de documento que me acredite cerca de sus padres: escriba Vd.

La jóven dudó aun, pero tomó al fin la pluma y me miró como esperando á que la dictase.
—Esteban... dije dictando.
—¡Ah! se llama Vd. Esteban! dijo la niña.
—Y Vd. cómo se llama?
—Es verdad: nos habiamos olvidado de decirnos nuestros nombres: yo me llamo Elisa.
—¡Elisa! aquel nombre me causó una impresion terrible y miré sorprendido á la jóven.
—¿No le gusta á Vd. mi nombre? me dijo ella.
—Por el contrario, hija mia, es muy bonito: pero escribamos, continuemos. «Esteban de mi alma...»
—¡Ah! se demasiado, caballero: yo no escribo eso.
—Recuerde Vd. que está escribiendo á un hombre á quien ama; que le escribe para fugarle con él, con intencion, por supuesto, y seguridad de ser su esposa.... la carta debe rebozar amor: es necesario justificar su fuga de Vd. «Esteban de mi alma...»
—Esteban... de... mi alma... dijo la niña respondiendo á mi palabra.

Aquel «Esteban de mi alma» pronunciado por aquellos labios tan puros, por aquella mujer tan niña, me quemó el pensamiento y se me escapó un suspiro.
—Esteban de mi alma... repitió la jóven, viendo que yo no seguia dictando.
—Si, si, eso es, dije volviendo en mí: «Esteban de mi alma: la tirania de mis padres... ha llegado ya... á hacerse insoportable... y, sobre todo, peligrosa.»

La jóven escribia sin replicar, y yo, que leia lo que escribia, la dictaba una nueva frase cuando habia escrito la anterior. Tenia la letra mas bonita del mundo é incurria con frecuencia en errores ortográficos.
—Espero, me dijo.
Yo me habia distraído de nuevo.

—¡Ah! si, dije, y consulté lo escrito: «Se empeñan en que me case... con un hombre á quien no conozco... y á quien detesto... porque... te amo á ti... estoy decidida... huyo, y me entrego á tu lealtad.» Punto y á parte. Veamos ahora: ¿se ha escapado Vd. de su casa?
—No señor, dijo Elisa, poniéndose sumamente encendida: de la iglesia mientras confesaba mamá.

—¿De qué iglesia?
—De la iglesia del Cármen.
—Bien, basta: continuemos ahora. Punto y á parte. «Mañana voy con mamá á la iglesia del Cármen. Mientras mamá

confiesa yo huiré: espérame en la calle del Cármen con un carruaje, y huiémos. Dado este paso, mis padres tendrán que consentir en nuestro casamiento.—Tuya, tuya, con toda mi alma.» Ahora, señorita, firme Vd.

Elisa firmó: el apellido que escribió tras su nombre, me dió la razon del porqué me habia yo estremecido al saber que se llamaba Elisa. Yo sabia que D. Eleuterio tenia una Elisa por hija, pero no podia creer que la Elisa de mi aventura fuera la hija de D. Eleuterio, del hombre del eterno *«si Dios quiere.»*

El apellido que Elisa habia escrito al firmar, me lo habia dicho.

Sin embargo, alentando aun una esperanza dudosa, la pregunté el nombre de su padre.

—D. Eleuterio, me dijo.
La pregunté aun las señas de su casa.

Al dárme las, ya no pude dudar.

Elisa, era la Elisa hija del amigo de mi difunto padre: de D. Eleuterio.

Era para volverse loco.

Sali de mi casa, entré en el carruaje en que habiamos ido á ella Elisa y yo, y me trasladé á casa de D. Eleuterio, con la carta que acababa de escribir Elisa en el bolsillo y resuelto á arrostrar la situacion por completo.

—¡Oh! la casualidad hace diabluras.

Hé aqui que yo me veia obligado á tomar por suegro á mi mosquito.

XIII.

Llegué y llamé con repugnancia y aun con miedo, á la puerta de D. Eleuterio.

Inmediatamente fui recibido.

Sorprendiome el aspecto de tranquilidad, de alegría, con me recibí aquel buen hombre.

—¡Ah! ¿Vd. por aquí...? me dijo, bueno, bien, hombre... me alegro... almorzaremos justos, si Dios quiere.

—No vengo á almorzar, D. Eleuterio, le respondí: es muy grave el asunto que me trae.

—Pues hable Vd. hable Vd. que si Dios quiere todo se arreglará ¡qué frio, señor, que frio... siéntese Vd. aqui en esta butaca, al lado de la chimenea ¡si quisiera Dios que empezase pronto el buen tiempo!

—¿Está en casa mi señora doña Práxedes? le dije.

—No señor: ha ido con la niña á la iglesia: ya se vé: es tan cristiana... y luego hay que educar bien á las jóvenes: ya se sabe: todos los meses al tribunal de la penitencia... y á pesar del frio... Dios quiera que no las de una pulmonía.

—Pues yo quisiera que doña Práxedes estuviese aqui.

—¿Para qué, hombre, para qué? ya vendrá si Dios quiere.

—La necesito para que me ayude en un empeño mio para con Vd.

—Vd. no necesita que nadie le ayude para conmigo, señor Don Esteban, y si estuviese aqui Práxedes, ella le diria á Vd. cuánto le queremos cuánto: como que, si Dios quiere, espero que nuestra amistad ha de cambiarse en otra cosa mejor...!

—Sé que Vd. ha dispuesto de la mano de su hija, le dije, y esto me contraria: porque, para decirlo de una vez: yo amo á Elisa y ella me ama á mí.

—¡Calla! ¡hombre! ¡pues esto es muy bueno!... ¡y muy gracioso!... ¡calla! ¡con que tiene Vd. celos del hombre que si Dios quiere, será mi yerno!

—Cierzo que sí.

—¿Pero cómo se aman Vds., señor, como se aman Vd., si la niña no sale sin su madre, y Vd. no la conoce?

—La escribo y me escribe: la doncella...

—¡Ah! ¡ya! pues mire Vd. cuando Dios quiere, no hay recurso: se cumple su voluntad: en nuestra manera de educar á la niña nos habiamos olvidado de suprimir en la casa el individuo doncella: ¡ya se vé! por eso se oponia de tal modo la chiquilla á nuestros proyectos! ¡como que estaba enamorada!... ¡pero señor, si no se le conocia!... pues bien, asunto concluido: Vd. será mi yerno, Don Esteban, y Elisa se casará con el hombre con quien no queria casarse: digo, si Dios quiere.

—No entiendo á Vd. Don Eleuterio: ¿va Elisa á tener dos maridos?

—Si señor: en uno: es decir... voy á esplicarme: Elisa se casará con quien nosotros queriamos y no queria ella, por una parte, y por otra con el hombre á quien ella queria y nosotros queremos tambien: siempre contando con la voluntad de Dios.

—Pues lo entiendo menos.

—Yo habia pensado en Vd., Don Esteban; solo que no le habia querido decir nada, hasta preparar el terreno: tampoco habia querido decir á la niña el nombre de la persona con quien queriamos que se casase: Vds. sin decirnos nada se entendian tambien: con que, vea Vd.... vea Vd. como, cuando Dios quiere, todo viene á pedir de boca.

Si yo no hubiera estado plenamente convencido de que la fatalidad no existe; de que la lógica necesaria de los sucesos se confunde locamente con la fatalidad, que es la negacion de la libertad; si yo no hubiera estado en el pleno goce de mi libre albedrio, me hubiera creído predestinado por la voluntad de Dios para ser esposo de Elisa, yerno de Don Eleuterio, padre de los nietos de doña Práxedes.

Porque aquellas coincidencias, eran bastantes para hacer vacilar la fé mas firme del filósofo mas profundo: yo habia creído que la mujer que habia soñado era un imposible, y sin embargo, creia haberla encontrado en Elisa: Elisa, que por lo que de su alma me habia dejado ver, tenia tambien en su imaginacion de niña un ser ideal á quien amaba con ese dulce y purísimo misterio de las vírgenes, parecia estar contenta de que yo la hubiese salvado de la muerte: D. Eleuterio y doña Práxedes, habian deseado que yo fuese marido de su hija, y sin decirme una palabra, ni revelar á Elisa mi nombre, se habian empeñado en arrancarla á ciegas su consentimiento, empeño que habia sido la causa de la exaltacion romancesca de Elisa, de su fuga, de su llegada al canal á tiempo que yo iba á encontrar en mi pistola un billete gratis para mi viaje al otro mundo.

Y yo, en casa ya de su padre, sentia aun sobre mi corazon el delicioso peso de aquel divino pié.

Y no podia olvidar tampoco aquella pierna de hada, de huri, que habia visto sin quererlo, y sin que su jóven propietaria se hubiese apercebido de que yo la habia visto.

Y no podia tampoco olvidarme de aquella arañita acuática, de aquel negro y feo remador, de aquellas dos pequellas existencias que hubieran seguido tegiendo la una, remando el otro, sin el incidente que nos habia detenido en nuestro camino respectivo, haciendo que nos encontrásemos á Elisa y á mí.

Si ella hubiera tomado carrera para arrojarse al canal un poco mas arriba, ó yo me hubiera tendido un poco mas abajo, Elisa y yo hubiéramos muerto casi al mismo tiempo, como casi al mismo tiempo, ella y yo aniquilamos á la araña y al remador.

Confieso que á pesar de mi fé en la libertad de accion del hombre, la estraña armonia, el paralelismo, la semejanza que existia entre todas aquellas casualidades me inquietaban, me hacian creer que habia algo de sueño, algo de fantástico, ya que no algo á priori, en todo aquello.

XIV.

Tiraron con fuerza de la campanilla de la puerta.
—Es mi mujer, dijo Don Eleuterio: la conozco en el modo de llamar: ¡cuanto se va a alegrar, si Dios quiere!
Don Eleuterio hacia intervenir la voluntad de Dios hasta en la alegría de su mujer.
Yo sabía, sin que de ello me quedase la menor duda, que Dios no quería que doña Práxedes estuviese alegre.
—Va Vd. á ser el primer hombre extraño á quien la chiquita me en casa: y á quien, si Dios quiere, seguirá viendo.
Pero doña Práxedes entra sola.
Porque no podía entrar acompañada.
Doña Práxedes era una muger esférica, una bola grande sobre la cual había una bola pequeña, llena de protuberancias monstruosas la primera: careciendo casi de protuberancias la segunda.
Doña Práxedes era chata.
Tenía la frente deprimida y las cejas casi planas, y en cuanto á la barba se perdía en su pecho.
D. Eleuterio era asimismo un hombre obeso, rubicundo, con dos pequeños ojillos grises que siempre se estaban riendo candorosamente, y unas narices gordas y rojas, con ese rojo peculiar de la remolacha.
Parecía imposible que de aquellos dos apelmazamientos de materia animada, hubiese provenido una criatura tan esbelta, tan espiritual, tan bonita y tan hermosa á un tiempo como Elisa.
Elisa, sin duda, se parecía lo menos á su sesta abuela.
Era decididamente un salto atrás, y un salto muy largo, porque indudablemente era necesario suponer muchas generaciones para llegar á la suposición de la esbeltez en cualquiera de los ascendientes de Elisa por ambas líneas.

XV.

Doña Práxedes, á pesar de su obesidad y de su linfa, era terriblemente colérica.
Me lo demostraron á primera vista la palidez verdosa que cubría su semblante, y el relumbrar del fuego sombrío que ardía allí en la profundidad de sus pequeños ojos pardos.
Al ver que su marido no estaba solo, doña Práxedes cogió al vuelo una palabra, mejor dicho, un torrente de palabras que yo había visto próximas á salir de su boca.
—¡Ah! ¡no estás solo, Eleuterio! ¡no estás solo! dijo jadeando, señal inequívoca de que la cólera la había hecho subir las escaleras mas de prisa de lo que la permitía su obesidad.
—En cambio tu vendrás también acompañada, dijo D. Eleuterio.
Yo me preparé para la tormenta que pronto me vería obligado á provocar.
—Pues no señor, venga sola, aunque no quisiera venir: vengo sola... porque... porque Elisa no viene conmigo.
—¿Cómo! ¡pues qué...! ¿dónde has dejado á Elisa? ¡tu que jamás te has separado de ella! dijo todo disgustado D. Eleuterio.
Doña Práxedes me miró, miró á su marido, y viéndose precisada á contestar, dijo:
—La he dejado...
—¿Dónde, muger? dijo impaciente D. Eleuterio, viendo que su cónyuge no concluía.
—Si... pues... la he dejado... este es un horrible compromiso... una cosa que no he podido evitar.
—Veremos si Dios quiere que te espliques, muger: nosotros no tenemos conocimientos bastante íntimos para que Elisa se haya podido quedar en ninguna parte.
—Mas tarde te diré...
—¿Pero, señor, qué misterio es este? dijo D. Eleuterio: está de Dios que hayan de suceder hoy cosas extraordinarias.
—¿Pues qué! dijo doña Práxedes: ¿suceden en casa también cosas extraordinarias?
—Y tanto: como que D. Esteban ha venido á pedirnos la mano de la niña.
—Tu habrás dicho lo que pensábamos acerca de él á D. Esteban, dijo doña Práxedes.
—Yo no sabía nada, dije: pero Elisa y yo nos amábamos; en prueba de ello...
Llegaba el momento decisivo: saqué mi cartera y de ella la carta que Elisa había escrito en mi casa.
—En prueba de ello, señora, lea Vd. esta carta de su hija.
Al leer la carta doña Práxedes lanzó una exclamación de dolor y sorpresa y después otra de alegría.
Porque al fin sabía donde estaba su hija.
Sabía que su hija estaba en poder de quien iba á ser su marido.
—¿Pero por qué han hecho Vds. esto? dijo doña Práxedes dirigiéndome la pregunta entre colérica y sorprendida: ¿qué motivo tenían Vds.?
—Vds. tienen la culpa: Elisa se creía próxima á ser sacrificada.
—¿Pero querrá Dios que yo sepa de qué se trata? dijo don Eleuterio.
—Toma, hombre, toma, dijo doña Práxedes dándole la carta; toma y mira de lo que sirven la prevision, y la educacion, y los sistemas; cuando Dios quiere...
A doña Práxedes se le había pegado la muletilla de su marido.
Yo temí que se le hubiese pegado también á Elisa.
Me propuse desarmarla en cuanto fuera mía.
—¿Y que yo haya estado tonteando de tal modo durante diez y seis años! dijo doña Práxedes: porque desde el día de su nacimiento se ha sugetado á Elisa á nuestro sistema, D. Esteban.
—Cuando Dios quiere, muger, dijo D. Eleuterio que había leído la carta, no hay sistema que valga: ¿pero qué importa? ¿no es él quien tiene que casarse con ella? Yo levanto mano. ¿Dejar á su madre! ¡irse con un hombre! ¡si este hombre no fuera D. Esteban! ¡que se cumpla la voluntad de Dios!
—Si, si, cácese Vd. cuanto antes, exclamó doña Práxedes, y á su casa, á su casa: no quiero responder ni indirectamente de una hija que me ha engañado sosteniendo correspondencias secretas con un hombre; que ha querido mas á ese hombre que á su madre, á quien ha dejado en la iglesia mientras confesaba tranquilamente; y yo hecha una azacana, primero por todos los rincones de la iglesia, después por esas calles de Dios, con los ojos de á palmo, sin atreverme á preguntar á nadie, y sin atreverme á venir á casa, mientras la inocente, la pobrecita, estaba con su amante! cuando Dios quiere que una muger sea mala...!
—Señora, exclamé, no pudiendo ya tragar mas si-Dios-quiere, decir que Dios quiere que una criatura obre mal es decir una blasfemia.
—Mas blasfemia es cubrir de luto el corazón de unos padres tan buenos... porque somos muy buenos... si señor... mejores de lo que ella merece; y si no fuera por lo que el mundo diría si no se casase con Vd. ya enseñaría yo á esa chiquita si se puede jugar conmigo. ¿Qué vergüenza!
—No grites muger, no grites: ¿qué necesidad hay de que se

enteren los criados? todo se arreglará, si Dios quiere: caballero, añadió don Eleuterio, con la dignidad severa y justa de un padre que se cree ofendido; voy á decir á Vd. una soláe irrevocable palabra: Vd. será mi yerno, pero no será mi amigo: yo soy un hombre muy sencillo; pero, si Dios quiere, espero probar á Vd. que hay cosas que yo no perdono nunca. Hágame Vd. el favor de acompañar á mi muger á su casa, de entregarla mi hija, y téngalo Vd. todo dispuesto para dentro de ocho días: yo por mi parte habré hecho lo que me toca hacer... y como dice esta: á su casa... á su casa...
Yo no podía contestar una palabra.
Don Eleuterio y doña Práxedes tenían razon.
Las apariencias me condenaban.
Yo no podía decir á aquellas buenas gentes ni entonces, ni nunca: vuestra conducta, vuestra ceguedad respecto al carácter de vuestra hija la han llevado al borde de la tumba.
Yo la he salvado casualmente.
Yo acabo de salvarla, salvando su honra y la vuestra y sacrificándola mi libertad.
La casualidad lo ha hecho.
No podeis insultarme; debeis respetarme y admirarme, porque al casarme con vuestra hija soy un modelo de caridad.
Si yo hubiese dicho esto, aquellos buenos y honrados padres hubieran creído ver á su hija muerta, hubieran sentido un horrible remordimiento.
Y aunque la creencia de la fuga de Elisa conmigo les causase pena, el remordimiento es la pena mayor que puede sentir un ser inteligente y libre, que tiene la conciencia de la responsabilidad en sus acciones.
Tuve, pues, paciencia: me despedí de don Eleuterio sin darle la mano y salí acompañado de doña Práxedes, que iba toda escitada, toda conmovida, y entramos en el carruaje que me esperaba á la puerta.
Doña Práxedes durante el camino guardó un silencio hostil.
Cuando paró el carruaje delante de mi casa me dijo:
—Suba Vd. y que baje esa señorita.
—¿Qué, no sube Vd., señora?
—No; no señor: no quiero que las personas que han visto á la hija vean á la madre.
—Supongo que Vd. escusará toda violencia...
—Descuide Vd, don Esteban, descuide Vd.: desde ahora mi hija es para mi una persona extraña.

XVI.

Subí y me encontré á Elisa profundamente pensativa.
Al sentirme levantó la cabeza y me miró de una manera que yo no pude explicarme.
Me pareció, sin embargo, que había algo de alegría en su mirada.
Me costó mucho trabajo convencerla para que bajase á reunirse con su madre.
Elisa prefería un depósito legal.
La hice comprender al fin, que un escándalo debía evitarse siempre, y bajó.
Al entrar Elisa en el carruaje, ni su madre la dijo una palabra, ni ella dirigió la palabra á su madre.
El carruaje partió y yo me quedé con una viva ansiedad.

XVII.

Empecé á prepararlo todo para mi casamiento.
No tuve necesidad de mudarme.
Mariquita se prestó á cedermela el mobiliario completo de la casa, y á ser nuestra ama de gobierno.
Renové el mueblage de las habitaciones principales y creé lo que no había.
Un gabinete de tocador y otro de costura para Elisa.
Yo era rico, tenía buen gusto, y las habitaciones particulares de Elisa, eran no solo sencillas y elegantes, sino bellísimas.
D. Eleuterio y yo nos vimos dos veces en la calle: hablamos paseando.
Ni el tenaz viejo había querido que yo entrase en su casa, ni él había permitido entrar en la mía.
Me dijo cuanto daba en dote á su hija, el estado de sus negocios; cuanto un hombre de bien dice al hombre que ha de ser su yerno.
Yo le escuchaba y callaba por no contrariarle.
Aquella conversacion financiera me repugnaba.
Yo me casaba con Elisa por caridad, porque la casualidad me había puesto en aquel caso...
El estado de la fortuna de D. Eleuterio me importaba muy poco.
Tuve, sin embargo, que prestarme á todas las formalidades que creía indispensables D. Eleuterio.
A los ocho días de mi conocimiento con Elisa fui á su casa, ya en carruaje propio, con frac negro y corbata blanca.
Encontré á D. Eleuterio metido en una enorme levita negra, y á doña Práxedes envuelta en una pieza entera de terciopelo, y con brillantes en todas partes.
Elisa tenía un vestido de moaré azul de cielo con tornasol de plata, un velo, un prendido de rosas blancas y pulseras, pendientes, y collar de perlas negras.
Aquel aderezo le había yo encontrado por una casualidad en una testamentaria y me había costado un dineral.
Si yo hubiera ajustado la cuenta de lo que me costaba mi encuentro con Elisa, hubiera hallado por resultado, la pérdida de mi libertad y la inversion infructífera de veinte y cinco mil duros.
Pero yo no estaba para ajustar cuentas.
Me parecía todo un sueño.
Las luces del salon de D. Eleuterio, iluminado como un monumento de semana santa; los relumbrones de los muebles dorados; una docena de mugeres abigarradas; otros tantos hombres vestidos de negro; el cura, que estaba junto á la novia, como el verdugo junto al patíbulo, todo daba vueltas á mi alrededor, todo relumbraba, todo bullía, todo subía y bajaba á mis ojos.
Solo un objeto estaba ante mí inmóvil, ardiente, hermoso, arrojando de sí una magia embriagadora, un perfume divino, una vida nueva.
Aquel objeto era Elisa.
Cuando volví en mí, cuando desperté de mi sueño, de mi fascinacion, encontré á Elisa dormida, descuidada, sonriendo á su sueño.
La luz de la lámpara, opaca y metancólica, penetraba velada en el dormitorio, produciendo en él una luz ténue, vaga, fantástica.
Las anchas y largas trenzas de Elisa, cubrían á medias sus hombros.
Era asunto concluido.
Yo había perdido mi libertad, no podía disponer de mi vida: aquel dulce ser que dormía tranquilamente á mi lado me amaba.
Yo no era feliz enteramente y la desgracia á medias es infinitamente mas dolorosa que la desgracia por completo.

XVIII.

Han pasado ocho dias.

¿Será la embriaguez que siento, que me aturde, que me hace estar inquieto cuando no la tengo á mi lado, efecto de ese materialismo grosero que coloca á un hombre en una situación escepcional durante ese periodo que llaman luna de miel?
Yo llevo á Elisa á todas partes, yo la luzco, yo gozo con el efecto que produce en los demas su juvenil hermosura.
Me he convertido en un niño.
Se me ha pegado la juventud de Elisa.
¿Pero durará esto?

XIX.

Ha pasado un mes.
Mi fascinacion no cesa.
Empiezo á creer que Elisa es mi ángel sueño.
Ella parece llena de una felicidad que la enlanguidece, que aumenta su hermosura, que la hace cada día que pasa mas ideal.
Esperemos á que pasen seis meses.

XX.

Yo estoy loco: pero mi locura es definitiva.
Elisa es mi destino.
Es decir, que por ella, creo ya en en el destino, en la predestinacion.
Sin embargo, aun no he abdicado completamente mi libertad.
Lo que me sucede no me prueba nada en contrario de lo que siempre he creído.
Yo soy dueño ahora como antes de hacer aquello que quiera.
Yo no puedo creer en la intervencion directa é inmediata durante la vida de la voluntad de Dios en las acciones de los hombres.
Me he casado con Elisa porque he querido.
Mi union con ella parece hacerme feliz.
Casualidad: simpatías.
Pero aun queda un vacío en mi alma, un vacío cuya causa es para mí incomprensible.
Esperemos.

XXI.

¡Oh! he acabado de enloquecer ó estoy en el pleno uso de mi razon.
Esta mañana Elisa, sonrojada, mas hermosa que nunca, se ha acercado á mí y ha murmurado en mi oído una palabra que ha penetrado en mi alma envuelta en un suspiro ardiente.
¿No adivináis esa palabra?
Necesito salir para tomar el aire, para respirar, para digerir esa palabra ardiente que ha dilatado mi alma.
Acaba de salir el sol.
Es una hermosa mañana de verano.
Sin saber cómo, adelantando distraído, me he encontrado junto al canal en el mismo sitio en que me encontré hace seis meses, en una fria mañana de invierno.
Entonces deseaba tranquilamente la muerte.
Hoy deseo de una manera inquieta la vida.
Porque... porque dentro de poco Elisa, la virgen de mi alma, mi primer amor, mi único amor, mi vida, será madre.
¿Esto es singular!
¿Quién me ha traído aquí?
Esta es la misma pequeña hondonada donde yo me detuve hace seis meses: donde yo estendi mi capa sobre el cesped mojado por la lluvia, y que ahora deja ver sobre sus violetas las gotas del rocío.
Aquí encendí, tomándole por medida de mi vida, el que creía mi último cigarro.
Aquí me encontré ella.
Aun me parece ver á la araña tegiendo su tela: al remador describiendo sobre el agua sus círculos intermitentes.
¡Ah! otro remador y otra araña!
La una teje entre los juncos su tela.
El otro entra y sale, bajo la tela de la araña.
¡Ah! ¡todo renace!
Los árboles están verdes; el agua del canal azul; el cielo diáfano.
Los ruiseñores cantan.
Todo vive, todo murmura, todo alienta al rededor mio.
Todo parece joven y bello.
Mi pecho respira con una deliciosa facilidad esta brisa perfumada con los mil olores del campo.
La muerte no es ya para mí mas que una idea, un fin necesario, pero terrible.
Mi vista se fija en el punto en que se abrió paso entre las aguas mi revolver, al arrojarle yo por embarazoso, por inútil.
Esa arma con la que en un momento de insoportable hastío, quise poner fin á una vida sin goces, sin agitacion, sin esperanza, inmóvil, como las aguas muertas de un pantano, está ahí, sin duda, entre el fango del canal.

XXII.

Es extraño que yo, sin voluntad, sin premeditacion, me encuentre en este sitio.
Si se hubiera buscado expreso no le hubiera encontrado.
Yo había dicho á Dios:
—Voy á despojarme de mi vida, por mi voluntad.
Tú no puedes permitir un crimen.
Si yo me mato, no habrá tenido parte en ello tu voluntad, Señor, sino la voluntad mía.
Yo estaba loco.
Este lugar á donde Dios la había enviado predestinada á salvarme;
Ese canal al cual impedi se arrojase;
Ese banco donde estuve sentado con ella...

¡Oh! ¡sí! ¡sí!... yo estaba loco: Dios ha querido que yo viva, y me ha enviado un ángel de luz.
Dios ha querido que yo doble ante él humilde y agradecido y lleno de felicidad mis rodillas, en el mismo lugar donde había intentado levantarme contra él, soberbio y blasfemo.

Y con el alma llena del amor de los cielos, del amor de la tierra, me arrodillé y confesé á Dios, con los ojos llenos de lágrimas alzados á la inmensidad.

XXIII.

Posdata definitiva.

Esta noche bautizamos á mi hijo.
Don Eleuterio y doña Práxedes, no han podido resistir mas y han venido á abrazar á Elisa, á abrazarme á mí.
Los eternos si-Dios-quiere de D. Eleuterio, no me fastidian ya.
Por el contrario, los creo un justísimo homenaje de humildad de la criatura al Criador.
Creo en la libertad del hombre y en la intervencion directa é inmediata de la Providencia en los sucesos humanos.

Creo que el vulgo sencillo dice una sublime verdad cuando dice:
NO SE MUEVE LA HOJA EN EL ARBOL SIN LA VOLUNTAD DE DIOS.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

¡AMARGURAS Y ESPERANZAS!

Desgarrado el corazón
Vagaba sin ilusión
Por los campos de la vida,
Sin fé en su gala sentida,
Sin perfume en su emoción.

Que aquel Eden refulgente
Que en sus delirios ardiente
Loca la mente admiró,
Negro duelo lo tornó
En un páramo inclemente.

Y cuanto el pecho sentía,
Y cuanto el pecho anhelaba,
Al tormento que lo hería
Todo marchito se hundía
En las sombras de la nada.

Desencanto aterrador
Que daba muerte á mi alma;
Muerte de intenso dolor
Que arrebató en su furor
De mi existencia la calma.

¡Ay! qué un día, ciego amante,
También soñé delirante
En la plácida alegría
Y en la mágica armonía
De un lazo de amor fragante!

Y soñé que la hermosura
De aroma cándida y pura,
Era abrasador volcán
De inestinguible ternura,
Y de inestinguible afán.

Y soñé que de su acento
Se exalaba un juramento,
Noble, agosto, celestial,
Esplendoroso cimiento
De una ventura eternal.

Y soñé en su abnegación,
Y me inspiré en su fragancia,
Y me embriagué en su emoción,
Y dudé de su inconsciencia,
Y dudé de su traición.

Pero al brillar anhelante
El dardo agudo irritante
De la amargura cruel,
De su rigor lo punzante,
De su veneno la hiel;

Y al comprender que en el mundo
¡Obra escelsa del Criador!
Tiene holocausto profundo,
Ora el deleite infecundo,
Ora el vicio corruptor,

Huí la vista espantado
De tanto honor vulnerado,
De tanta vana ilusión,
Tanto herido corazón,
Tanto seno desgarrado.

Que en esta edad de cinismo,
De venal positivismo,
Y de inhumano interés,
Flamante romanticismo
Con espectros á sus piés,

Corrompe el oro y fascina,
Relaja el fausto y conmueve,
Vicia la corte y domina,
Y todo en ella es aleva,
Y todo en ella es ruina.

Y tanta intriga falaz,
Y tanto misterio insano,
Y tanto anhelo voraz,
Y tanto goce fugaz,
Y tanto delirio vano,

Son una prueba alarmante
Que no hay ventura fragante
Ni ventura realidad,
Mas sí que hay un mal triunfante,
Baldón de la sociedad,

Que trastorna la creencia,
Que marchita la esperanza,
Que nubla la inteligencia,
Que desgarró la existencia
Y en el abismo la lanza.

¿Y á dónde triste acudir
Para poder soportar
Con el peso del vivir,
Tanto dolor que sufrir,
Tanto placer que llorar?

¿Y en dónde existe un consuelo
Que al par que inspire y encante
Dulce y tierno en su desvelo,
Derrame su luz constante
En las tinieblas del suelo?

En los hombres hay pobreza,
En sus blasones, quebrantos,
En sus talentos, rarezas,
En sus virtudes, flaquezas,
Y en sus ambiciones, llantos.

Solo tú, Dios, en la altura
Exento de humana escoria,
A tanta frágil criatura
Darás eterna ventura
En lo eterno de la gloria.

Ella es la dulce esperanza,
Ella es el blando delirio,
Y es la fúlgida bonanza
Dó el débil mortal alcanza
La palma de su martirio.

Que los sueños de la vida
Los sueños de un loco son,
En cuya senda florida
Vaga doliente y perdida
La suerte del corazón!

¡Miserable humanidad,
Que se goza en destruir

Con devorante ansiedad,
De la flor de su existir
La grandiosa magestad!

MANUEL EULAZ.

Documentos sobre los sucesos de Italia.

La *Gaceta Piemontesa* del 12 ha publicado en francés el texto del convenio relativo al armisticio, cuyo original está concebido en estos términos:

«Artículo 1.º Se efectuará suspensión de armas entre los ejércitos aliados de S. M. el rey de Cerdeña y de S. M. el emperador de los franceses por una parte, y los ejércitos de S. M. el emperador de Austria por la otra.

Art. 2.º Esta suspensión de armas durará desde esta fecha hasta el 15 de agosto, sin previa declaración. Por consiguiente se renovarán las hostilidades, si hay lugar á ellas, el 16 á las doce del día.

Art. 3.º Tan pronto como las estipulaciones de esta suspensión de armas estén concluidas y firmadas, cesarán las hostilidades en toda la extensión del teatro de la guerra, así por mar como por tierra.

Art. 4.º Observarán estrictamente los ejércitos respectivos las líneas de demarcación siguientes, señaladas para el tiempo que dure dicha suspensión. El espacio que separa á las dos líneas se declara neutral, de forma que no podrán ocuparlas las tropas de ambos ejércitos. Las poblaciones en que toque el límite estarán en su conjunto á disposición de las tropas que las ocupen.

Las fronteras del Tirol, la extensión del Stelvio y del Tonale constituyen límite común para los ejércitos beligerantes.

La línea divisoria franco-sarda desde la frontera del Tirol, pasando por Bagolino, Lavenone e Idro; atraviesa la cumbre que separa el valle de Dagagna del de Toscolano, y termina en Maderno en la orilla occidental del lago de Garda.

Las tropas piemontesas acantonadas en Rocca d'Anfo guardarán las posiciones que ocupan actualmente.

Entre la orilla oriental del lago de Garda y el Adige habrá una línea divisoria trazada al Sur de Lazisa, desde Vallona por Salsina hasta Pastrengo, que indicará el límite de las posiciones franco-sardas.

Desde Pastrengo seguirá la línea de demarcación franco-sarda el camino que conduce á Somma-Campagna, y desde allí pasará por Pozzo-Moreto, Prabiano, Quaderini y Massimbone hasta Goito.

El límite austriaco comprenderá desde la frontera del Tirol, cerca de Ponte del Caffaro hasta Rocca d'Anfo, en donde las tropas conservarán las posiciones que ocupan en la actualidad entre estos dos puntos; destacándose en seguida desde la punta N. E. del lago de Idro, seguirá la línea de demarcación austriaca la frontera del Tirol y el arroyo denominado Toscolano hasta el pueblo del mismo nombre, situada á orillas del lago de Garda.

El camino que conduce de Lazisa á Ponton servirá de límite á las tropas austriacas entre la orilla oriental del lago de Garda y el Adige.

Los buques de la escuadrilla austriaca del lago de Garda recorrerán libremente el espacio que media entre Riva y Peschiera, si bien en la parte meridional de dicho lago, hacia Maderno y Lazisa, no podrán rebasar de Peschiera, y en esta parte de travesía evitarán el separarse de la parte oriental.

Apoyándose en el Adige, en Bussolengo, la línea divisoria austriaca se dirigirá hacia Mántua por Dorsoduono, Izolalta, Nogarode, Bagnole, Canedole y Draso.

Villafranca, con el terreno comprendido entre las dos líneas de demarcación, queda declarada neutral.

Desde Goito pasará la línea divisoria franco-sarda sobre la orilla derecha del Mincio por Rivalta; Caste-Lucchio, Gadbiano, Sezane, y tocará el Pó en Scorzarolo. El límite austriaco se dirigirá desde Mántua hacia Curtatone y Montanara, á lo largo de Valli, en Borgoforte.

En este punto forma el Pó límite natural entre los ejércitos beligerantes hasta Ficarolo, y desde aquí hasta su embocadura en Porto di Giro.

Mas allá del Pó se halla trazado naturalmente el límite por las costas austriacas del Adriático, comprendiendo las islas hasta el extremo meridional de la Dalmacia.

Art. 5.º Los ferro-carriles de Verona á Peschiera y Mántua, podrán servir durante la suspensión de armas para el abastecimiento de estas dos últimas plazas fuertes, á condición que el de la segunda terminará pasados dos días.

Art. 6.º Las obras de ataque y defensa de Peschiera permanecerán durante dicha suspensión en el estado en que actualmente se encuentran.

Art. 7.º Los buques mercantes sin distinción de bandera podrán circular libremente en el Adriático.

Así lo acordamos, salvo ratificación, entre los que suscribimos, encargados con plenos poderes de nuestros soberanos respectivos, el teniente general Della Roca, primer ayudante de campo de S. M. el rey de Cerdeña, jefe de estado mayor del ejército sardo; el mariscal Vaillant, mayor general del ejército francés, el general de división Martimprey, ayudante mayor del mismo ejército, y el general de artillería baron de Hess, jefe de estado mayor del ejército austriaco, y el conde Mendorf-Ponilly, general de división del mismo ejército.—Siguen las firmas.»

Posteriormente se recibió el siguiente parte telegráfico:

«PARIS 11, á las diez del día.—Ayer, después de una larguísima conferencia entre los emperadores de Francia y Austria, se firmó en Villafranca un tratado definitivo de paz bajo las bases siguientes: El emperador de Austria cede sus derechos sobre la Lombardia al emperador de Francia, y éste á su vez los trasmite al rey de Cerdeña. Se formará una confederación italiana bajo la presidencia honoraria del Papa. De esta confederación formará también parte el Veneto, que subsistirá, sin embargo, bajo el dominio de Austria.»

Hé aquí la proclama que con motivo de la paz dirigió Napoleón al ejército de Italia:

«Soldados: Las bases de la paz se han ajustado con el emperador de Austria. El objeto principal de la guerra está conseguido. La Italia, por la primera vez va á ser una nación. Una confederación de todos los Estados de Italia, bajo la presidencia honoraria del Santo Padre, reunirá en un solo cuerpo los miembros de una misma familia. Es cierto que el reino Veneto queda bajo el cetro de Austria; sin embargo, él será una provincia italiana que formará parte de la confederación. La reunión de la Lombardia al Piemonte nos crea de este lado de los Alpes un aliado poderoso que nos deberá su independencia. Los gobiernos que han permanecido alejados del movimiento, y los que son llamados á sus posiciones, comprenderán la necesidad de saludables reformas. Una amnistía general borrará las huellas de las discordias civiles. La Italia, en adelante, dueña de sus destinos, solo podrá culpársele á sí misma si no progresa en el porvenir por la senda del orden y de la libertad. Bien pronto volveréis á Francia; la patria reconocida acogerá con entusiasmo á sus soldados que han elevado á tanta altura la gloria de nuestras armas en Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignano y Solferino; que en dos meses han libertado al Piemonte y á la Lombardia, y no se han detenido sino porque la lucha iba á tomar proporciones que no estaban en relación con los intereses que la Francia tenía en esta guerra formidable.

Estad, pues, orgullosos de vuestro éxito, orgullosos de los resultados obtenidos, orgullosos, sobre todo, de ser hijos predilectos de esta Francia, que será siempre la gran nación, mientras tenga un corazón para comprender las causas nobles y hombres como vosotros para defenderlas.—Cuartel general de Valeggio 12 de julio de 1859.—Napoleón.»

Damos íntegra á continuación el orden del día que dirigió el emperador de Austria á sus tropas con motivo de la celebración de la paz.

«Sostenido por mi buen derecho, he entrado en lucha por respeto á los tratados, y contando con la adhesión de mis pueblos, el valor de mi ejército y los confederados naturales de Austria.

He encontrado á mis pueblos dispuestos á todos los sacrificios, sangrientas batallas han mostrado una vez al mundo el valor heroico y el desprecio á la muerte de mi valiente ejército, que no obstante la inferioridad en el número y después de haber visto perecer millares de oficiales y soldados, espera con ánimo y resolución la continuación de la lucha.

Privado del socorro de mis confederados, cedo á las circunstancias desfavorables de la política, que me dictan por primer deber el no derramar sin éxito la sangre de mis soldados, y de no exigir inútiles sacrificios á mis pueblos. Hago la paz, basándola en la conservación de la línea del Mincio.

Doy las gracias á mi ejército con todo mi corazón; ha probado de nuevo que puedo contar con él para otros futuros combates.

Verona 12 de julio de 1859.—Firmado.—Francisco José.—M. P.»

Hé aquí también el manifiesto que dirige á sus pueblos el emperador de Austria y que ha publicado la *Gaceta de Viena* recibida últimamente:

«Cuando se ha agotado la medida de las concesiones compatibles con la dignidad de la Corona, como con el honor y la dignidad del país; cuando todas las tentativas para llegar á un arreglo pacífico han sido vanas, no hay lugar á escoger entre dos alternativas, y lo inevitable es su deber.

Este deber, me había colocado en la dura necesidad de reclamar de mis pueblos, nuevos y dolorosos sacrificios, para atender á la defensa de sus mas sagrados intereses. Mis fieles pueblos han respondido á este llamamiento; se han reunido valerosamente alrededor de mi trono; han soportado los sacrificios de todos géneros exigidos por las circunstancias, con una abnegación que mereciendo mi reconocimiento, aumenta aun, si es posible, mi vivo afecto hacia ellos, y que debía inspirarme la seguridad de que la justa causa por cuya defensa mi valiente ejército volaba al combate, quedaria victoriosa.

Desgraciadamente el resultado no ha respondido á esta esperanza general, y la suerte de las armas no nos ha sido favorable. El valiente ejército austriaco ha probado todavía esta vez su heroísmo y su tenacidad de una manera tan brillante, que ha merecido la admiración de todo el mundo, hasta de sus enemigos, siendo una gloria para mí ser el jefe de un ejército al que la patria debe dar las gracias por haber levantado tanto el honor de la bandera austriaca y haberla conservado pura.

Otro hecho, no menos indudable, es que nuestros adversarios, á pesar de sus inmensos recursos, preparados de antemano para una guerra con anterioridad proyectada y á precio de enormes sacrificios, no han podido obtener sino algunas ventajas y nunca una victoria decisiva, en tanto que el ejército austriaco, animado aun del mas inquebrantable valor, ocupa una posición, cuya posesión le daba la posibilidad de arrebatarse al enemigo las ventajas que había conseguido.

Pero para conseguir este objeto, se hubieran necesitado, ciertamente, no menos sangrientos sacrificios que aquellos á que habíamos ya sido condenados y que han llenado mi corazón de profundo dolor.

En estas circunstancias era un deber para mí tomar seriamente en cuenta las proposiciones de paz que se me hacían.

Los sacrificios exigidos para la continuación de la guerra hubieran sido tanto mas penosos, cuanto que ya me había visto obligado á pedir á mis fieles súbditos sacrificios considerables de sangre y oro. Sin embargo, hubiera vacilado, después de haber perdido tan amargamente la esperanza legítima de que no quedaria solo en esta lucha, que no había sido emprendido por el solo interés del buen derecho de Austria.

A pesar de la calorosa simpatía que nuestra justa causa ha encontrado en la mayor parte de la Alemania, en los gobiernos y en los pueblos, nuestros confederados mas naturales se han negado obstinadamente á reconocer la alta significación que encerraba la cuestión del día.

El Austria se hubiera visto, pues, obligada á afrontar sola los acontecimientos, cuya sola gravedad podía aumentar por instantes.

A consecuencia de esto, estando á salvo el honor de Austria, á consecuencia del valor heroico desplegado en el campo de batalla, he resuelto obedecer á las consideraciones políticas, hacer un sacrificio para el establecimiento de la paz, y consentir en los preliminares presentados para su conclusión, después de haber adquirido la convicción de que por un convenio directo con el emperador de los franceses, y sin la intervención de un tercero, obtendría en todo caso condiciones menos desfavorables de las que pudiera esperar si tomara parte en las conferencias de los representantes de las tres grandes potencias que no han tomado parte en la lucha.

Desgraciadamente ha sido preciso separar la mayor parte de la Lombardia del resto del imperio.

Pero lo que debe consolarme es haber dado los beneficios de la paz á mis amados pueblos. Esos beneficios son doblemente preciosos, porque, merced á ellos, tendré en adelante ocasión de consagrar toda mi atención y solicitud al éxito de la misión que me he impuesto, á saber: fundar sobre bases sólidas el bienestar y el poder del Austria por el desenvolvimiento razonable de sus fuerzas morales y físicas, así como también por las mejoras de las leyes de administración.

En estos últimos tiempos de pruebas y de sacrificios, mis pueblos me han sostenido fielmente; que me sostengan aun en la obra de la paz que he emprendido, ayudándome á realizar mis buenas intenciones.

He manifestado ya mi reconocimiento á mi valiente ejército en una orden del día especial.

Le renuevo la expresión de mis sentimientos al hablar á mis pueblos, á quienes doy las gracias por haber enviado sus hijos al campo de batalla, por Dios, el emperador y la patria.

Pienso con dolor en los heroicos compañeros de armas que han quedado sobre el campo de batalla para no levantarse mas.

Hé aquí íntegra la proclama dirigida por Víctor Manuel á los pueblos de Lombardia, de la que da un extracto el telégrafo.

«El cielo ha bendecido nuestras armas. Con el poderoso auxilio de nuestro magnánimo y valeroso aliado el emperador Napoleón III, hemos llegado en pocos días, de victoria en victoria, á las orillas del Mincio.

Hoy vuelvo entre vosotros para daros la venturosa nueva de que Dios ha escuchado mis votos. El armisticio, seguido de los preliminares de la paz, ha asegurado á los pueblos de la Lombardia su independencia.

Segun los deseos que habeis manifestado tantas veces, formareis en lo sucesivo con nuestros antiguos Estados, una sola familia libre. Tomaré vuestra suerte bajo mi dirección, y seguro de hallar en vosotros un concurso que necesita el jefe de un Estado para crear una nueva administración, os digo: pueblos de Lombardia, fiad en vuestro rey; él podrá establecer sobre bases sólidas é imperecederas la felicidad de las nuevas comarcas que el cielo ha confiado á su gobierno.»

La Lombardia, que en virtud del tratado de paz de Villafranca queda bajo el dominio del rey de Cerdeña, comprende una superficie de 22,000 kilómetros cuadrados y una población de 1,800,000 almas. Hasta ahora ha estado dividida en nueve provincias ó delegaciones, Milan, Pavia, Lodi, Crema, Cremona, Como, Mántua, Sombrio, Brescia y Bergamo. Las plazas fuertes de Mántua y Peschiera forman parte de la provincia que lleva el nombre de la primera de estas últimas. La fortaleza de Pizzoghettona está comprendida en la provincia de Cremona.

Unida la Lombardia al Piemonte, ocupará este reino la extensión de 99,250 kilómetros cuadrados, con una población de 7,800,000 habitantes. Bajo el aspecto territorial ocupará en Europa el décimo lugar, siguiéndole el reino de los Dos-Sicilias, precediéndole Portugal y Baviera. Bajo el aspecto de población ocupará Cerdeña el noveno lugar, siguiéndole también Nápoles y precediéndole igualmente el Reino-Unido de Suecia y Noruega, la Bélgica y la Baviera.

En Florencia causó viva irritación el anuncio de la paz de Villafranca. Los carteles que la anunciaban fueron arrancados de las esquinas é invadida la imprenta de *El Monitor Toscano*, donde se imprimió. La milicia nacional que se improvisó y acudió espontáneamente, pudo impedir

mayores desórdenes, y la tranquilidad había vuelto á restablecerse el 15, al menos aparentemente.

Son curiosos los siguientes pormenores que publica una correspondencia de París sobre la misión que el emperador de los franceses confió al general Fleury cerca del emperador de Austria.

«Ya sabeis, dice, que entre la diplomacia hay la persuasión de que existen algunas combinaciones secretas entre los dos emperadores. No puedo afirmar ni desmentir esos rumores; pero lo que sí es cierto es que el emperador Napoleón andaba muy preocupado hacia dos días. Recibía numerosos despachos de Alemania, y se conocía bien que alguna idea trabajaba su imaginación.

Entre los que rodean al emperador en el cuartel general se esperaba un movimiento atrevido sobre Verona, cuando una tarde; al levantarse el emperador de la mesa, á cosa de las siete, hizo llamar al general Fleury.

«Querido general, le dijo en presencia del rey de Cerdeña, que parecía un tanto meditabundo, pero que poco despues aprobó con su ademán las palabras del emperador; necesito en estos momentos de un militar diplomático, de una persona que sea dulce, conciliadora y amable, y he pensado en vos. Aquí tenéis una carta que dirijo al emperador de Austria y vais á llevarla á Verona. Leedla y penetraos bien de su espíritu: pido una suspensión de armas y es preciso que el emperador Francisco José la acepte. Cuento con vuestra inteligencia para que desenvolvais las ideas que no están mas que apuntadas en esta carta.»

En seguida le dió algunas explicaciones, que recibieron también la aprobación del rey del Piamonte.

El general tomó un carruaje y partió para Verona acompañado de su ayudante Mr. Verriere. Aunque la distancia no era grande, si lo fueron las dificultades para llegar á los puestos avanzados. El general Fleury no pudo entrar en Verona hasta las diez y media de la noche. El emperador de Austria estaba acostado y dormía profundamente; pero cuando le dijeron al ayudante que estaba de servicio que el general Fleury traía una carta del emperador de los franceses, entraron á despertar al emperador. Visió óse este apresuradamente, y fué introducido el general Fleury á su presencia.

Al leer Francisco José la carta de Na poleon, dió señales su fisonomía de la sorpresa y de la emoción que experimentaba.

«Vuestra comunicación es muy grave, dijo, y tanto, que necesito reflexionar. Permaneced aquí hasta mañana por la mañana, y á las ocho os daré la contestación.»

«Estoy á las órdenes de V. M., replicó el general Fleury, y únicamente le pido permiso para esponerle algunas consideraciones que esplicarán á V. M. el paso dado por el emperador.»

El general Fleury esplicó entonces todas las consideraciones que podían mover al emperador de Austria á aceptar la proposición que se le hacía: la proximidad de los dos ejércitos que iba á hacer inminente un conflicto, la mediación que vendría demasiado tarde, el formidable ataque que se preparaba contra Venecia y otras análogas.

«Las consideraciones que me presentais, repuso Francisco José, son en extremo justas: reflexionaré sobre ellas, y mañana tendreis mi respuesta.»

El emperador hizo desocupar su habitación al escudero mayor para hospedar en ella al general Fleury. A las ocho de la mañana fué introducido este á la presencia del emperador de Austria, con quien tuvo todavía una larga conferencia. Pasó luego Francisco José á una pieza inmediata, y entregó al general su respuesta. Tres horas despues se hallaba el general Fleury al lado del emperador Napoleón.

De resultas de estas comunicaciones tuvo lugar la entrevista del mariscal Vaillant y del general baron de Hess.

Una correspondencia de Turin pone de manifiesto que la agitación de los ánimos en aquella capital, Milan y los ducados, era extraordinaria, si bien no se esperaba que produjese manifestación alguna ruidosa en muestra de descontento. Parece haber habido discusiones entre el emperador, el rey y el conde de Cavour, que pudieron producir grandes complicaciones, pues hasta se anunció la abdicación de Victor Manuel, al mismo tiempo que la dimisión del primer ministro, si bien solo se ha confirmado lo segundo; pero de una manera tan resuelta, que piensa abandonar la corte y retirarse á la vida privada, á pesar de convencerse por las reflexiones de Napoleón, de que no era posible obrar de otro modo, atendiendo al aspecto que iban tomando los acontecimientos. La verdad es que Cavour cae como los gladiadores del antiguo circo romano, entre los aplausos del pueblo piamontés que elogia su dignidad y le sigue con el mas decidido entusiasmo á su voluntario ostracismo. Las legaciones quedan en un estado de efervescencia incalculable lo mismo que Toscana y Módena, especialmente en sus principales poblaciones y no puede adivinarse cuál será la actitud del pueblo en el momento en que las fuerzas piamontesas se retiren.

Panamá.—La siguiente carta honrará á nuestros lectores de los desagradables acontecimientos que han tenido lugar en la capital de aquel Estado.

Panamá, 22 de abril de 1859.

Un incidente insignificante, que no merece referirse, produjo en la noche del 17 de este mes un desorden, que ha tenido y tiene á esta desgraciada población en la consternación mas grande.

Con motivo de la procesion que tuvo lugar en la tarde de dicho día 17, se hallaron reunidas multitud de personas en la calle y playa de las Monjas, y del seno de aquella concurrencia surgió un altercado entre varios jóvenes de las principales familias de esta ciudad y un considerable número de hombres del pueblo. Los jóvenes, abrumados por la superioridad numérica de sus contendores, tuvieron que huir, saliendo muchos de ellos estropeados ó heridos. La jendarmería apareció, y con ella el Sr. Obaldía; y entonces el furor de los amotinados se dirigió contra este magistrado injuriándolo y maltratándolo indeciblemente. El gobernador pidió entonces el auxilio de la fuerza veterana; y los amotinados se dirigieron al barrio exterior, que es su cuartel general, con la intención, según se vió despues, de armarse con fusiles y volver sobre la ciudad. Al llegar el gobernador con la tropa á Puerta de Tierra, se halló con los amotinados, los que hicieron una descarga que privó de la vida al valiente capitán Antonio Navarro. Cargados entonces á la bayoneta, corrieron á refugiarse en algunas casas del Rebollin y de la plaza, y desde ellas estuvieron haciendo fuego toda la noche á la tropa que permaneció estacionada en la cortina que separa los dos barrios, matando con estos tiros á un soldado é hiriendo al alférez Guizado y algunos individuos mas.

Al amanecer, los amotinados se retiraron á la Boca del Rio-Grande, donde parece que permanecen todavía.

El día 18 convocó el señor Obaldía una junta de notables, con el objeto de consultarle sobre las medidas requeridas por la situación. El resultado de tal reunion fué insignificante, pues todo lo que acordó fué que se castigara á los sediciosos, cosa que no era necesario decir. Por añadidura, el gobernador consultó á la reunion sobre si debía revocar el decreto de convocatoria extraordinaria de la Asamblea, y se resolvió que sí; y en consecuencia se ha revocado dicho decreto.

También ha dado un decreto el gobernador prohibiendo que se porten armas, y mandándolas recoger.

Durante el desorden, bajaron á tierra como 300 hombres de los cuatro buques de guerra norte-americanos que están en el puerto. El gobernador, á quien se ofrecieron para el restablecimiento del orden, manifestó que no tenia necesidad de aquel auxilio; pero es indudable que si los efectos del desorden hubieran alcanzado á algun extranjero, aquella fuerza habría obrado por su propia cuenta, y sabe Dios qué complicaciones hubieran sobrevenido.

Se teme la repetición de estos conflictos; y con tal motivo reina una agitación, un desasosiego general, y la emigración para los pueblos interiores ha empezado.

Es preciso que el gobierno general vuelva sus ojos á esta importante sección de la Confederación, no perdiendo de vista que hay un gobierno

poderoso que considerará con derecho á ponernos en orden, si la autoridad nacional no lo hace.

No con indignación, sino con horror profundo, leemos en un periódico las siguientes líneas sobre un hecho inaudito y bárbaro ocurrido en la republica mejicana, cuyo destino parece ser cada vez mas fatal, y lo que todavia seria peor, en el doloroso caso de que se confirmasen tan espantosas noticias, cada vez mas merecido.

Estas noticias son como sigue: «Las tropas del general Marquez se han deshonrado á su entrada en Tacubaya, violando de la manera mas salvaje las leyes de la humanidad y de la guerra.»

Es el hecho, según vemos en el *Escholiate Médico*, que los médicos y cirujanos que estaban tratando á los heridos del hospital, fueron todos fusilados á las pocas horas de aprehendidos; el número de estos desgraciados asciende á 28, y entre ellos figura el doctor Desnall, profesor inglés muy distinguido; fueron asesinadas además otras 66 personas, y no sabemos si habrá cabido igual suerte á los enfermos y heridos, cosa que ya no nos admiraría visto lo primero.»

También dicen que el general Robles, que está en Veracruz y Puebla, ha cogido un convoy con cinco millones de duros, espedito de Méjico á varias casas de comercio de Veracruz, y que se negaba á restituirlos á pesar de las reclamaciones de los representantes extranjeros.

El jefe de la revolucion chilena se ha refugiado en el Perú. El doctor Linares, presidente de Bolivia, prepara para su país instituciones liberales. En Nueva-Granada reina gran calma. El gobierno de Guatemala se ha puesto de acuerdo con el plenipotenciario británico para marcar los límites de las fronteras de la parte inglesa de Honduras.

Para calcular el éxito que pueden prometerse de sus expediciones contra Cuba los filibusteros, basta leer los siguientes párrafos que extractamos de una carta de Washington, escrita el 14 de junio:

«Ningun crédito se da aquí al rumor de que se está organizando un nuevo movimiento contra Cuba, porque demasiado sabido es que todas esas empresas están condenadas á un fracaso tan merecido como deshonroso. La experiencia ha demostrado desde largo tiempo há, que no hay en la isla de Cuba simpatías en favor de semejantes expediciones de los Estados-Unidos. Si alguna vez las hubo, la absurda é inconsiderada política de nuestros mandatarios las ha destruido, desvaneciendo toda esperanza de obtener la simpatía ó cooperación de aquella isla. En los últimos ocho años se ha efectuado en los habitantes de Cuba un notable y positivo cambio de opinion, que parece no haber llamado la atención de aquellos sobre quienes pesa la responsabilidad de administrar nuestro gobierno, y de los miserables y perdidos aventureros que se figuran que una feliz invasión de aquella isla presentaría á sus ávidas miradas, las magníficas visiones de un nuevo El Dorado.»

«Háse despertado allí, dice mas adelante hablando de nuestra patria, un patriótico sentimiento de nacionalidad, que, cruzando el Océano, se ha transmitido á los habitantes de Cuba, como por medio de un telégrafo magnético submarino. También ellos están alentados por la esperanza de mas brillante suerte, y orgullosos de participar, como ramas del mismo árbol, de un patrimonio comun. España ha modificado atinadamente varias de las restricciones que mas fuertemente pesaban sobre la isla, y ha tratado de enlazar con ella relaciones mas intimas y afectuosas de las que antes existían. Los frutos de esta sabia política son el contento y prosperidad visibles del pueblo, que es enemigo jurado de los filibusteros y de los planes revolucionarios. Satisfecho está ese pueblo de un estado cuyo mas importante elemento es la paz, y todas nuestras tentativas para juzgarle por jurados y *habeas corpus*, darán por resultado un deshonroso fracaso.»

El brigadier don José de la Gándara, gobernador nombrado de Fernando Póo y sus dependencias, participa con fecha 15 del corriente, haberse embarcado á bordo de la *Ferrolana*, único buque que no se habia hecho á la vela de los destinados á conducir la expedición de su mando.

Con el brigadier Gándara se embarcaron todos los empleados civiles y militares, cuatro padres misioneros de la Compañía de Jesus, la compañía destinada á la guarnición de Fernando Póo y ocho colonos.

Hé aquí las últimas noticias de la expedición franco-hispana de Cochinchina.

«El enemigo habia fortificado una inmensa estension de terreno para á su abrigo avanzar hasta destruir la flotilla que forma la vanguardia de los aliados. Habia conseguido su objeto á medias, pues dominaba completamente el rio, y todas las noches solia alarmar las embarcaciones enemigas tirando desde la orilla cañonazos, que afortunadamente no producian otro efecto que el tener á la tripulación sobre las armas. La fatiga constante producida por estas veladas continuas, y las expediciones diarias que esta fuerza se veia obligada á hacer para imponer al enemigo y reconocer sus fortificaciones, que de día en día se adelantaban en términos de hallarse á tiro de fusil, hacia necesario un ataque formal para alejar al enemigo y destruir sus fuertes: á este intento se principió por apoderarse del fuerte del Oeste que, reparado convenientemente proporcionó alojamiento á cincuenta hombres. Esto hecho se dieron las órdenes oportunas para que las tropas que guarnecen á Turana se embarcasen y pasaran la bahía, campando á la embocadura del rio. El almirante se trasladó al sitio donde debían tener lugar las operaciones. El 7 de mayo se tomaron algunos fuertes sobre la orilla derecha del rio, no tanto para impedir los tiros enemigos, cuanto porque este ataque podría obligar al enemigo á distraer sus fuerzas de la orilla izquierda, punto que se queria tomar al día siguiente. En efecto, á las seis y veinte minutos de la mañana principiaron los fuertes del E. y del O., la flotilla, tres cañoneras y tres corbetas, un fuego de cañon muy nutrido que duró unos cinco cuartos de hora.

Las tropas de ataque estaban de antemano divididas en tres columnas, denominadas de la derecha, de la izquierda, y del centro ó de reserva. La primera se hallaba á bordo de las corbetas y debia desembarcar sobre la playa y tomar las obras de revés.

La segunda se alojaba en el fuerte del Este, y debia atravesar el rio y atacar por la izquierda las obras enemigas, marchando hasta encontrar la de la derecha.

Por último, la del centro era la reserva, que se alojaba en el fuerte del Oeste, donde asentaba el cuartel general, y que debia acudir á donde fuese necesario.

A una señal convenida cesó el fuego de cañon y las columnas estremas se pusieron en marcha, viendo el almirante que la columna del centro sostenia el fuego de los contrarios sin poder contestar, la mandó adelantarse y tomar de frente las obras: causa de esta diversion peligrosa.

Es imposible formarse una idea de la operacion combinada de las tres columnas sin tener un plano á la vista. En resumen, se tomaron las obras, sin que pudiera seguirse adelante, á causa del cansancio de las tropas, producido por el calor horrible de aquel clima mortífero; se rian las nueve y media, cuando consiguieron nuestras tropas hacer callar el fuego enemigo.

Las pérdidas son de consideracion, pues ha habido hasta ochenta y dos bajas en las tres columnas, siendo la del centro la que mas ha sufrido. Nosotros hemos tenido treinta y dos hombres fuera de combate; cuatro muertos, y entre ellos un capitán y ocho heridos, entre los que se cuentan el capitán de alabarderos de Manila, oficial de órdenes del almirante, herido ligeramente en un pié, otro oficial con tres heridas sumamente graves y otros individuos que posteriormente han muerto de las suyas.

La resistencia tenaz, que han hecho los cochinchinos, nos obliga á modificar algun tanto la opinion acerca de ellos formada: se sostuvieron hasta el último momento detrás de sus parapetos, haciendo fuego y arrojando con su lanza á los primeros que se presentaban al asalto.

El almirante Rigault de Genouilly, acompañado de su estado mayor, estuvo constantemente en los sitios de mas peligro: la impaciencia que le causó la resistencia del enemigo le hacia presentarse de los primeros en todas partes.»

Hace unos días se recibió en Madrid por parte telegráfica la noticia de la muerte del conseqente demócrata D. Sixto Cámara, producida cerca de Olivenza, por la sofocación del calor. Hé aqui los términos en que lo refiere una correspondencia fechada en este punto.

«Son las doce de la noche, y hará como cosa de una hora que he visto el cadáver de Sixto Cámara en el hospital. Acababan de traerle en un carro y ademas un compañero del muerto, que no conozco y ha sido llevado á casa del juez de primera instancia en muy mal estado, y quien ha confirmado ser Sixto el difunto, no obstante la seguridad de muchos en conocerle, y entre ellos algunos oficiales.

En cuanto á los detalles de su muerte no puedo ser mas que testigo de referencia. Parece que Cámara y su compañero, sin perder un momento, sin detenerse en nada, se pusieron en esta frontera en pocas horas.

También es cierto que sus movimientos han sido espiados con la mas esquisita precaucion y se ha dado parte de ellos con una precision admirable, pues sobre muy pocas horas de diferencia se presentó en esta un comisario ó empleado, me parece que de policía, á quien he visto, averiguando la casa ó sitio donde encontraría á los venidos de Lisboa; se cercó con la guardia civil una de las posadas donde estaban, y avió dos Sixto y su compañero, serian mas de las once del día, abandonaron los caballos y consiguieron salir de la casa y de la poblacion por un portillo de la muralla.

Es preciso advertir, que hace cinco días hace un calor intenso, que aun los del país están asustados y dicen no haber tenido ejemplo hace algunos años. En los momentos en que bajaban á Cámara del carro, y aun ahora que es mas de media noche, se respira con dificultad. Estos dos desgraciados se encontraron en el campo con un sol abrasador y huyendo sin saber por donde, pues no conocían el terreno, hasta que abrumados por el cansancio y la sed, Sixto no pudo resistirla y bebió de un charco lodazal donde los puercos y las cabras se habian revolcado y bebido.

Parece que entonces fué instáneamente acometido de un ataque ó congestión al cerebro, consiguiendo á duras penas su compañero llevarle á un cortijo inmediato desde donde vinieron á llamar á un médico que ya llegó tarde.

Muerto Cámara, su compañero fué detenido, ofreciendo también su situación mucho cuidado. Así las cosas, llegó la guardia civil y el comisario que habia venido de Badajoz, de quien dejó hecho referencia, y los dos entraron á la hora que tengo dicho.

Sixto Cámara vestia botas altas de charol, pantalon de lanilla á cuadros oscuros, chaleco de merino color de canario, y camisa blanca de hilo y aun bastante clara, traía toda la barba, y su cabellera mate bastante larga. No he visto el gaban ó livita.

Por los sueltos, el secretario de la redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.

REVISTA MERCANTIL Y ECONOMICA DE AMBOS MUNDOS.

La paz celebrada en Villafranca entre los emperadores de Francia y Austria, ha producido, como era de esperar, honda sensación en todas partes; así que, no obstante la subida que produjo en el curso de los fondos públicos la terminación de la guerra, se nota, si no una baja sensible, por lo menos algun temor nacido del modo de apreciar aquel acontecimiento, por las consecuencias á que algunos suponen que dará lugar; pero estas son congeturas que siempre rodean á estos grandes hechos y que es probable que no produzcan el efecto que muchos creen en los valores que representan el crédito público.

Al anuncio de la paz bajaron repentinamente los fondos en las Bolsas de París y Londres, efecto de la sorpresa y el disgusto que ocasionó por un momento. Hoy, mejor apreciadas sus causas y calmados los ánimos, á la benéfica influencia de la paz los fondos suben, el comercio recobra su animación y las industrias prosperan.

En Londres, á principios de la quincena, los fondos públicos eran muy buscados por la gran confianza que se tenia en la paz. La situación del Banco, á juzgar por las cifras que arroja el último balance, era también muy lisonjera.

En una correspondencia de París leemos que hace ya algunas semanas las impresiones se habian modificado favorablemente, y que las ideas relativas á la reunion de un congreso y á negociaciones diplomáticas ganaban terreno diariamente.

La noticia del armisticio dió nuevo impulso á estas disposiciones, y la renta comenzó una campaña de alza que será notable por mas de un concepto.

Es grande la actividad que hay en el mercado y la rapidez que este despliega en la absorción de títulos: para llenar los pedidos del contado, los agentes han tenido que recurrir mas de una vez al descuento.

¿Dónde ha ido á parar esa masa considerable de títulos que habia hecho surgir el descuento? Evidentemente ha salido de la cartera de los banqueros para entrar en esa otra mucho mas importante que se llama la cartera de todo el mundo.

La renta, que al principio de la semana habia subido á 64, bajo la influencia de la nueva situación política ascendió á 66 y hasta 68 y 70, manteniéndose en este segundo tipo á pesar de las realizaciones á que daba lugar una subida de cerca de 4,50 por 100.

La noticia de la paz de Villafranca paralizó algun tanto este movimiento, pues quizás habia sido ya descontada de antemano.

Nada diremos por hoy del efecto que haya podido producir ni de la influencia que ejercerá en el momento. Quizá no será tan favorable como muchos lo esperan, si hemos de juzgar por las primeras impresiones y por los primeros síntomas de la cotización.

Los agentes de cambio quedan siendo dueños absolutos del mercado: los zurupetos se han dispersado: vamos, pues, á asistir á las operaciones de un mercado restringido, y si los agentes salen de esta prueba sin escitar quejas ni reclamaciones, satisfaciendo los intereses generales, seremos los primeros en pedir para ellos un bill de indemnidad.

Lo natural en un mercado restringido es no solo hacer imposible la negociacion de ciertos asuntos, sino estrechar la corriente de las transacciones ordinarias; en una palabra, verificar las operaciones en la plaza.

Desde el año 1835 hasta el día, las acciones del Banco de Francia han pasado por diferentes vicisitudes en su cotización. Desde 1.930 francos fueron subiendo hasta 3.592 en 1846: descendieron luego á 2.000 en 1849 y comenzaron de nuevo á cobrar favor hasta que en 1856 se hicieron á 3.650 y en 1857 á 4.267. El dividendo mas alto que han recibido es el de 272 francos en 1856, el mas bajo fué de 75 francos y ocurrió en 1848.

En cuanto al tipo del descuento sabido es, que en 1857 llegó desde 5 hasta 10 por 100 á consecuencia de la crisis mercantil, pero duró muy poco esta elevación. En 1853 bajó el tipo á 3 por 100.

En Prusia se conocia con alguna anticipación el proyecto de armisticio, cuyos comisarios han sido el baron de Hess y el general Vaillant. En Berlin se tenia tal confianza en la certeza de la noticia, que los fondos públicos presentaron un alza notable.

La paz ha hecho también subir los fondos en Viena.

Nada de particular ocurre en los mercados americanos. Es probable que las noticias sobre el resultado de la campaña de Italia, ejerzan un alza notable en los fondos públicos.

El número de Bancos de los Estados-Unidos pasa de 1.400, y su capital asciende á mas de 370 millones de dollars, es decir, mas de 7.000 millones de reales. El Estado en que mas bancos hay es en el de Nueva-York, que cuenta 311 millones, con mas de 96 millones de dollars de capital. Siguen despues en importancia los de Massachusetts que son 172 con 58 millones de dollars; en el de Misisipi solo hay uno. En 1856 ascendieron los depósitos á 230 millones de dollars en todos los Bancos y las emisiones á 214 millones. Se hicieron préstamos y descuentos por 684 millones de dollars.

En 22 de junio anterior, según la *Revista comercial* y precio corriente de la Habana, se cotizaban en dicha capital el descuento mercantil de 7 á 9 por 100 con tendencias á mayor tipo. En onzas mejicanas y de las antiguas posesiones españolas de América habia habido algunas transacciones, pagándose á última hora las águilas de 1 1/2 por 100 premio. Por el vapor *Isabel de Charleston* y por el inglés, se habian es-

Portado algunas cantidades, y se creía aumentada la extracción, si lo que no es hoy probable, los cambios no disminuyen de tipo. Escusado es decir que en circunstancias como las que atravesamos, las acciones de empresas anónimas son nulas. Londres 17 1/2 á 18 por 100 premio; París 4 á 4 1/2 á 7 por 100 id.; New-York 5 1/2 á 7 por 100 id.; New-Orleans corto 5 á 5 1/2 id.

El gobierno portugués ha decretado la libre importación de maíz en aquel reino por los puertos mojados y secos hasta 31 de agosto próximo.

La situación del Banco de España es bastante satisfactoria en estos meses: la caja, de 163 millones ha ascendido á 179, mientras la cartera se ha elevado de 339 á 360. Los billetes en circulación en Madrid, se han aumentado en 17 millones, y las cuentas corrientes en 14.

Todas estas cifras indican que ha habido á la vez mayor abundancia en el numerario, y mayor animación en las transacciones.

Es de esperar que haciéndose sentir más los buenos efectos de la paz, veremos todavía mejorarse las condiciones actuales.

ACTIVO.		Rs. vn. Cs.
Caja.....	Metálico..... 151.291,914-34 Valor de las barras de plata y oro en casas de moneda. 11.066,779-94 Efectos á cobrar en este día. 297,408	162.656,102-28
Efectivo en la sucursal de Valencia		6.175,485-23
En poder de los comisionados de las provincias y corresponsales extranjeros.		11.584,581-02
Cartera de Madrid		337.158,036-61
Cartera de la sucursal de Valencia		23.704,694-29
Efectos públicos.		33.334,226
Bienes inmuebles y otras propiedades.		3.697,464-46
Diversos.		578.310,589-89

PASIVO.		Rs. vn. Cs.
Capital del Banco.		120.000,000
Fondo de reserva.		12.000,000
Billetes en circulación en Madrid.		249.653,000
Billetes en circulación en la sucursal de Valencia.		5.529,900
Depósitos en efectivo en el Banco.		20.548,586-14
Depósitos en efectivo en la sucursal de Valencia.		66,660
Cuentas corrientes en Madrid		151.527,709-54
Cuentas corrientes en las sucursales.		1.574,743-54
Dividendos.		9.222,055
Diversos.		8.187,935-67
		578.317,389-89

Varias son las obras que muy pronto se comenzarán en Madrid, favorecidas sin duda por el ensanche de la capital, cuestión que ya toca á su término afortunadamente. Además de las célebres de la Puerta del Sol y otras mil de carácter esencialmente particular que contribuirán á ofrecer la actividad y el desarrollo del trabajo que tan escaso se ha manifestado en estos últimos meses, multitud de construcciones, infinitas industrias hemos de ver, si la paz no se altera, empezarse á desarrollar en la localidad de Madrid. La actividad que han de ofrecer al comercio y á la riqueza pública, es incalculable en estos momentos: el capital ha de favorecer necesariamente el impulso de aquellas obras, y todas las industrias han de participar de las ventajas que nacen de una actividad como la que esperamos tenga lugar muy pronto.

Si extendemos la consideración por todo el país, si tenemos en cuenta lo que supone la construcción de los caminos de hierro y de otras muchas obras en que se ocupa el capital de multitud de empresas industriales, no aventuramos nada en afirmar que logrando, aunque no sea más que la conservación del orden público, España está llamada á ofrecer en muy pocos años el lisonjero aspecto de un país que realice el desenvolvimiento de todos los grandes é importantes intereses sociales.

El secretario de la Redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.

REVISTA DE LA QUINCENA.

En el mismo día en que se publicaba nuestro número anterior, el 8 del corriente, se recibió la inesperada noticia de una suspensión de armas entre las partes beligerantes en Italia, y dos días después la mas inesperada aun de la celebración de un tratado de paz en Villafranca.

En todas las revistas anteriores en que hemos hablado de la guerra de Italia, hemos dicho que esperar que Luis Napoleón diese á Italia la libertad y la independencia, era lo mismo que esperar que iban a nacer peras de un olmo; y aunque no pensábamos que nuestros pronósticos se confirmasen tan pronto, estábamos tan seguros de lo que anunciábamos como lo está todo el mundo de que el olmo no puede dar peras.

La paz de Villafranca, hecha precipitadamente entre los dos emperadores, es una especie de entremes en el gran drama que hace años se viene representando en la escena de Europa. Sus bases son las siguientes: Austria conserva el Veneto y las plazas del cuadrilátero, Verona, Legnano, Peschiera y Mantua, es decir, la Lombardia hasta el Mincio. Con estas posesiones formará parte de una cosíctica que se llamará confederación italiana bajo la presidencia honoraria del Papa: el resto de la Lombardia desde el Mincio al Tesino ha sido cedida por Austria á Luis Napoleón, el cual la regala á Victor Manuel como propina que se dá al mayoral de una diligencia ó al gendarme que nos ha acompañado en el camino. Las propinas de los emperadores son de mas valor que las de los simples mortales, pero no pierden por eso su carácter. En la confederación italiana entrarán todos los Estados de Italia, Nápoles lo mismo que Roma y los ducados de Toscana, Módena y Parma, que según todas las probabilidades (porque el tratado no habla de ellos), volverán á ser regidos por sus respectivos soberanos austriacos, dos de los cuales han combatido al lado de Austria en Solferino.

De suerte que los austriacos siguen dominando la Italia y teniendo: 1.º el veneto; 2.º la Lombardia hasta el Mincio, con las plazas fuertes, base formidable de futuras operaciones y desde la cual puede reconquistar en cuatro días todo lo perdido; 3.º influencia en Parma, Módena y Toscana por sus archiduques; 4.º influencia en Nápoles por su forma de gobierno y sus antiguas relaciones; 5.º influencia en Roma por sus cardenales; 6.º influencia en toda la confederación italiana como miembro preponderante. En esa confederación, si llega á formarse, lo cual es todavía mas dudoso, de siete votos tendrá Austria seis á su favor.

Victor Manuel gana una parte de la Lombardia, ¿pero cómo? ¿Por la voluntad del pueblo lombardo debidamente consultada y legítimamente manifestada? No, sino por cesion graciosa de su aliado el emperador de los franceses, á quien el austriaco habia regalado sus derechos. El sentido comun diria aqui, que no teniendo Austria derecho á la Lombardia no ha podido cederlo á Francia; pero el genio está dispensado de atenerse á las reglas vulgares del sentido comun. «Yo vengo á defender la justicia y el derecho», dijo Luis Napoleón al entrar en Italia. Este derecho se referia sin duda á ese de que iba á hacerle cesion Francisco José. Dicen que Victor Manuel quiso abdicar cuando vió los resultados del armisticio y de la paz; y lo creemos haciendo justicia á sus sentimientos italianos; pero hasta ahora no ha llevado á efecto su resolución. Solo el conde de Cavour su ministro, que si no es un gran progresista es una persona de mucha dignidad y de un corazón leal, ha hecho dimision de su cargo, engrandeciéndose de este modo á los ojos de toda Europa.

En cuanto á los toscanos, modenenses, parmesanos y boloñeses que creyendo en las palabras libertad é independencia italiana, habían tomado las armas para contribuir á la obra comun, recibirán de sus soberanos austriacos una amnistia segun el tratado. SS. AA. RR. é II. por un acto de su infinita clemencia se dignarán perdonarles el delito de haber sido italianos y no austriacos.

El Papa recibe por su parte un destino que es una verdadera ganga, y como decimos en España, un beneficio simple. Se le dan los honores de presidente de una confederación que todavia existe. De manera que entrando desde luego en el goce y disfrute de los susodichos honores, estará al mismo tiempo exento de las molestias del cargo. Es como si se le hubiera nombrado califa de Bagdad honorario. En agradecimiento de esta distincion no cumple Su Santidad con menos que con nombrar á Luis Napoleón presidente *ad honorem* del futuro concilio ecuménico.

¿Y el rey de Nápoles? ¿Qué diremos de ese afortunado rey de Nápoles que se encuentra de la noche á la mañana, sin comerlo ni beberlo, nombrado miembro de la confederación italiana *in fieri*? ¿Qué poco pensaria S. M. en la dicha que se le iba á entrar por las puertas! En España, donde para cada empleo hay tantos pretendientes, no estamos acostumbrados á ver que á uno le dan un destino sin pretenderlo. Para esto es preciso ir á Roma ó á Nápoles.

¿Pero qué circunstancias han determinado esta faz que ha parecido á todo el mundo un poco brusca? Nosotros las habiamos indicado ya, y el mismo Luis Napoleón ha venido á confirmar nuestras palabras.

Cuando un pueblo está mandado por extranjeros y por un sistema dado de gobierno, y se quiere que serija por si solo y por el sistema contrario, ese cambio que se trata de efectuar se llama *revolucion*. Ahora bien, nosotros deciamos: el que en la lucha tenga á su servicio el elemento poderoso de la revolucion, ese resolverá radicalmente las cuestiones pendientes; y de aqui deducimos que no seria el emperador francés el llamado á resolverla, porque el emperador francés no podia contar con auxilios semejante. Querer dar la libertad y la independencia á la Italia sin promover la revolucion, es como querer tomar chocolate sin cacao, canela y azúcar: por consiguiente, Luis Napoleón ni queria ni podia querer de veras la independencia y libertad de Italia. Asi es que cuando vió que para tomar el chocolate de la libertad é independencia italianas, eran necesarios los ingredientes del cacao, canela y azúcar de la revolucion, exclamó: alto ahí, no es eso á lo que yo aspiro; y cuando sus cortesanos han ido á felicitarle por sus victorias, les ha dicho terminantemente: la guerra en el Adige era la guerra en el Rhin, y para sostenerla en ambos terrenos, debia apelar á la revolucion. Por eso he hecho la paz: yo quiero chocolate, pero sin cacao, canela y azúcar. Por lo demas, hemos salvado la Italia.

La Italia hará bien en salvarse á si misma, lo cual confesamos que es muy difícil, y no debe esperar su salvacion de ningun otro. La libertad no se recibe como don, se adquiere y se conquista como derecho; y esto que es una verdad respecto de todas las naciones del mundo, lo es mucho mas respecto de la Italia que por espacio de tantos siglos, ha sido victima de los engaños de supuestos libertadores. «La guerra, dice Luis Napoleón, iba á tomar unas proporciones que no convenian á los intereses de la Francia.» Esto es lo que nosotros previmos que sucederia, y esto es lo que sucederá siempre que un pueblo se fie de libertadores estranos. En el momento en que las cosas tomen un giro que no convenga á los intereses del extranjero erigido en libertador, este se apresurará á dejar en la estacada á sus fieles aliados.

Ahora discuten los políticos si la paz de Villafranca será ó no duradera: y hay muy pocos que la crean tal. «El imperio es la paz», dijo en cierta ocasion el personaje que es hoy ¡triste verdad! la clave de toda la situacion de Europa; pero después se han dicho otras muchas cosas que no se han cumplido, y desde que se pronunciaron aquellas palabras ha habido dos sangrientas guerras. Asi por hoy la cuestion para nosotros no es sino saber qué país será el teatro de la tercera.

Hace pocos días que vimos vender á los ciegos un papel que, segun ellos, contenia noticias de una junta de profetas reunida en Italia. Esta junta de profetas decian que habia profetizado no solamente respecto del país en que se habia reunido, sino tambien con relacion á los sucesos futuros de España. No tenemos á la vista el extracto de las sesiones de ese congreso singular que los ciegos han visto reunido; pero respecto de España no creemos que por ahora la situacion varíe. ¿Quién puede atacarnos? Somos fuertes contra el estrangero, y no hay temor de trastornos en el interior.

Y decimos esto á pesar de que los periódicos ministeriales, y mas aun los de la liga moderada, vienen dando pormenores á cual mas singulares acerca de una tremebunda conspiracion demagógica que debia estallar en Sevilla. Pues señor, este era un capitán general de Sevilla llamado D. Diego de los Rios; y hallándose una noche recogido en su casa por ser ya mas de las doce, se le presentó un paisano desconocido. Este paisano le participó que dentro de dos horas y en la plaza del Duque se iba á proclamar la república por varios otros paisanos y por un sargento de la guarnicion que habia ofrecido llevar su regimiento, sin duda para dar mas brillo al acto. Figúrese cualquiera la sorpresa que experimentaríase el Sr. D. Diego de los Rios, capitán general de Sevilla, al oír la noticia. Debíó estrañar que no estando la ciudad en estado de sitio el paisano le llevase á él esta confidencia y no al gobernador; pero de todos modos envió á llamar al sargento, de quien se trataba. Vino el sargento, y preguntado por el capitán general, no se hizo de rogar para referir de pe á pa todo el complot. Dijo que en efecto él estaba encargado de sacar su regimiento y pronunciarle, y que para eso le habían dado dinero, cuyo dinero consistente en mil reales, puso á disposicion de la autoridad.

Ya ven nuestros lectores como la historia se va complicando, y observarán lo afortunado que es el Sr. D. Diego de los Rios para esto de descubrir conspiraciones, pues no solo acuden los mismos conspiradores á denunciárselas cuando él está muy tranquilo en su casa, sino que á las primeras de cambio, va, y zás, coge en su mano todos los hilos por el intermedio de un sargento.

Pues como íbamos diciendo, el señor capitán general de Sevilla debíó decir para su levita: ¡republicanitos, á mí y á estas horas! Yo les escarmentaré. ¿Y qué hizo? Fué y cogió la tropa que estaba en los cuarteles, y á las dos de la mañana en punto se encaminó con ella por diversos sitios á la plaza del Duque donde debian estar los conspiradores, con el fin piadoso de esterminarlos, declarar la provincia en estado de sitio y todas las demas consecuencias.

Aqui acaba la primera parte de la historia que refieren los periódicos moderados, y vamos á dar la segunda para no tener mucho tiempo en suspenso á nuestros lectores.

Pues señor, habia en Sevilla un gobernador civil que se llamaba el Sr. Jimenez Cuenca, el cual, sabiendo los pasos en que andaba el capitán general, y que su intencion era dejar que la conspiracion anunciada estallase, á fin de tener el placer de castigarla con todos los demas placeres consiguientes, decidió

ganarle por la mano y evitar la alteracion del orden y la efusion de sangre. En vez de dar su consentimiento para el estado de sitio, mientras el Sr. D. Diego de los Rios ejecutaba sus reconocimientos y evoluciones lejos de la plaza del Duque, aguardando el instante de hacer desembarcar por las calles que á ella conducen todas sus tropas, el Sr. Jimenez Cuenca reunió la guardia civil, la ronda de policia y los municipales, y con estas fuerzas ocupó las plazas de San Francisco y del Duque, y procedió á algunas prisiones de personas que juzgó sospechosas. Dierou las dos: el capitán general, á quien dejamos en la primera parte de la historia, encaminándose con las tropas á la plaza del Duque, dió la señal de precipitarse sobre los conjurados y encontró el sitio ocupado por el gobernador y la guardia civil, el cual sin ruido, sin aparato, sin alardes de fuerza, habia mantenido la tranquilidad y entregado á los tribunales ordinarios los que en otro caso habrían ido á un consejo de guerra.

Asi en aquella noche toda Sevilla estuvo enredada de fuerza armada en sus distintos puntos: aqui, los soldados; allí, los municipales; mas allá, la guardia civil; solo á los conspiradores no se les vió en ninguna parte, ni de ellos, se tienen, á lo menos en Madrid, otras noticias fuera de las que ha dado el sargento y el paisano, que se espontanearon ante el Sr. don Diego de los Rios.

Aqui termina la historia: ahora va la moraleja. El Sr. Jimenez Cuenca ha cumplido con su deber evitando días de luto á Sevilla: y si es trasladado á otra parte, nadie podrá quitarle la satisfaccion de haberse sabido conquistar en la ocasion á que nos referimos, el aprecio de los hombres honrados.

En cuanto á la conspiracion en si, nos parece que de las delaciones del paisano y del sargento ha de haber mucho que rebajar.

Tenemos que lamentar la muerte del jóven demócrata don Sixto Cámara, que después de una larga emigracion habia pasado de Portugal á Olivenza. Perseguido por la policia, murió desdichadamente asfixiado por el calor á una legua de aquella poblacion. Se ha tratado en Madrid de hacerle exequias; para ello se ha pedido permiso á la autoridad, y la autoridad lo ha negado. Con este motivo vamos á someter algunas cuestiones de derecho á los señores juriscultos: el que sea jurisculto y quiera evacuar esta consulta grátis, que nos conteste:

- 1.º Para hacer decir una misa por el alma de un cristiano, ¿se necesita el permiso de la autoridad?
- 2.º ¿Se necesita ese permiso para oirla?

Escritas las anteriores líneas, llega á nuestro poder un periódico de la situacion, el cual dice «que el gobierno no se opone á que se le manden decir cuantas misas se quiera por su alma. Supuesto que el valor de las honras fúnebres no se debe apreciar por el lujo ni el aparato; pero si se ha opuesto y opondrá á que se haga de la cuestion de funerales una manifestacion política en perjuicio de nuestra misma religion.»

De otra sensible muerte tenemos que dar noticia, la de la reina Estefania de Portugal, acaecida de resultas de una angina. La reina de Portugal, según los diarios de aquel país, se habia hecho amar por sus virtudes, fruto de la severa educacion que recibió en la corte de sus padres.

Después de hablar de las muertes, este es el lugar de hablar de los incendios. El parque de artilleria de Cartagena ha sido presa de las llamas, habiéndose destruido gran parte del edificio y perdido, segun parece, hasta 40,000 fusiles. Los estragos del edificio son lo mas sensible, porque al fin los fusiles, los íbamos á cambiar por carabinas del último modelo.

Segun un corresponsal del periódico *La Esperanza*, en Orihuela habia estallado un volcan, cuya lava habia destruido la cosecha de algodón y causado muchas victimas: pero después se ha sabido que ni en Orihuela hay volcan ni hay algodón. El que se ha querido divertir con la credulidad de *La Esperanza* ha elegido por cierto un género de broma muy necio, porque ha causado alarma en muchas familias que tenían parientes é intereses en Orihuela. Esta gracia debe contarse entre las del famoso Gedeon. No es la primera vez que á *La Esperanza* le engañan: no hace mucho que con referencia á cierto padre capellan nos dió la noticia de haber sido hecho prisionero y fusilado Garibaldi por los austriacos. Aconsejamos á nuestro colega que ponga en cuarentena las noticias gordas que le comunican sus corresponsales.

El ministro de Gracia y Justicia ha dictado una excelente disposicion mandando formar en su ministerio un centro especial para llevar la estadística criminal, y dando para norma de los trabajos de este centro un bien meditado reglamento. Si llega á ser secundado como merece el pensamiento del Sr. Negrete, la publicacion de todos los datos que se ha de hacer anualmente, indicará desde luego con claridad las reformas que conviene introducir en la legislacion; y se habrá dado un gran paso hácia ellas, porque es un gran paso para hacer lo que debe hacerse al saberlo.

Hallándose la corte en San Ildefonso, donde se preparan grandes festejos, la compañía de zarzuela y otra de verso, á cuyo frente está Ossorio, andan por los sitios reales cantando y declamando á mas y mejor. Además de las diversiones teatrales, tendrán los cortesanos de la Granja banquetes y bailes, los unos en las régias habitaciones, los otros en los jardines, entre arrayanes, murtas y mirtos.

¡O troppo fortunato cortesane!

Entretanto, la Ugalde, cantante famosa de gran mérito, atrae en Madrid al teatro de Jovellanos, y á pesar del calor, una inmensa concurrencia. En las operetas el *Caid* y la *Galateo*, y especialmente en esta última, la Ugalde ha estado admirable.

El Circo de Price se encuentra tambien muy favorecido, merced á los sorprendentes ejercicios gimnásticos que en él se hacen. Los gimnastas de este circo son lo mejor que en su género se ha visto hasta ahora en España, y aun no perdemos la esperanza de ver sobrepujadas las proezas de aquel atleta griego que malaba un toro de una puñada y se le merendaba de una sentada.

En los mismos días en que se celebrarán fiestas en la Granja (el 24, 25 y 26 del corriente), se inauguran en Alicante los magníficos baños de Neptuno y se dan corridas de toros. Una empresa ofrece llevar y traer á los aficionados por 200 reales en tercera clase y 280 en segunda, dándoles además de comer y billetes para los toros y los baños. La oferta no es de despreciar: pero dudamos que se lleve á cabo sin acuerdo con los empresarios del ferro-carril.

NEMESIO FERNANDEZ Y CUESTA.

Editor, F. S. Madirolas.